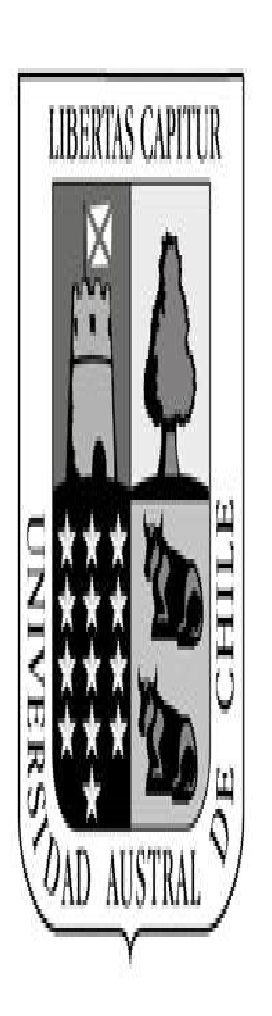
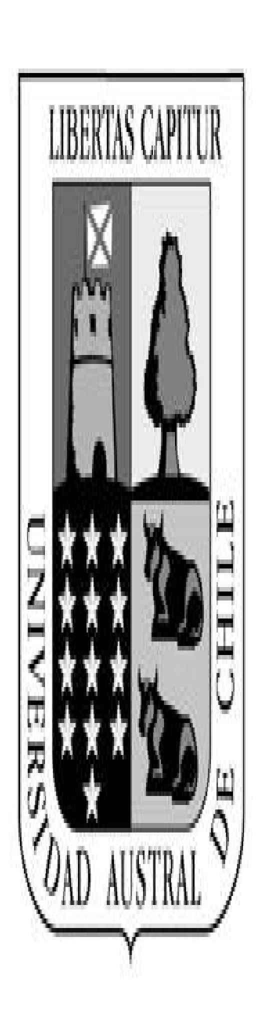


Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

La colección *Patrimonio Institucional* de Ediciones Universidad Austral de Chile, busca recuperar, poner en valor y afecto la herencia intelectual de autoras y autores ligados a nuestra Universidad y cuyas obras, de escasa visibilidad en el presente, fueron y son un aporte insustituible al conocimiento y al acervo cultural del país.



María Elena Hurtado

Jorge Millas:

La Alegría

de Pensar

Una Biografía

Ediciones UACh

Colección Patrimonio Institucional

Esta primera edición en 500 ejemplares de

Jorge Millas: la alegría de pensar

Una Biografía

Se terminó de imprimir en enero de 2018

en los talleres de Andros Impresores.

(2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl

para Ediciones Universidad Austral de Chile.

(56-63) 2444338

www.edicionesuach.cl

Valdivia, Chile.

Dirección editorial

Yanko González Cangas.

Ana Traverso Münnich (s).

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas.

Maquetación

Silvia Valdés Fuentes.

Fotografía de Portada:

Gentileza Archivo El Mercurio.

RPI: 284.150

ISBN: 978-956-390-050-7

A Raúl Hernán, Sebastián, Alejandro, Jago, Raphael, Claudio, Tulsi y Flora.

Contenido

Bibliografía

N. del E.: La presente biografía está basada en fuentes documentales y entrevistas personales. Comentarios, referencias hemerográficas, electrónicas y fuentes vivas se encuentran consignadas con notas al pie de página. Las referencias bibliográficas se señalan en el texto entre paréntesis y corresponden a una selección de fuentes a destacar por la autora.

Introducción

Jorge Millas Jiménez, filósofo, ensayista y maestro, es uno de aquellos creadores y héroes desconocidos para la generación de hoy, que dedicaron su pensamiento y su valiente acción a educar a las nuevas hornadas universitarias, a pensar lo que haría plena la vida de los chilenos y, en los años ochenta, a usar su reputación como intelectual y docente para bregar por el retorno a la democracia.

A pesar del tremendo aporte que hizo, Millas es casi desconocido en Chile, ya que, aunque publicó una decena de libros e innumerables artículos, fue poco leído en su época y tampoco es leído hoy. Salvo por algunos filósofos, pocos han profundizado en su obra.

Pensando sobre qué personaje chileno elegir para escribir una biografía, su nombre apareció en mi pantalla casi por casualidad. Si me fijé en él, fue porque a comienzos de los setenta, mientras ejerció como profesor de Filosofía del Derecho en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, dirigió la tesis de grado de mi difunto primer marido, el abogado Rolando Gaete.

Dos veces vi su figura delgada, ni alta ni baja y de un aspecto que, para mí, una joven estudiante de Periodismo de veintitrés años, me pareció un poco intimidante. La primera vez en el frontis de la Escuela de Derecho ubicada en la calle Pío Nono de Santiago, y la segunda, en la vereda de su casa en Monseñor Edwards con Rutilio Rivera, donde vivió la mayor parte de su vida.

Memorablemente, en una oportunidad, Millas se definió a sí mismo como «irremediablemente filósofo». En otra, remitió a su interrogador a su carnet de identidad y a sus diplomas de títulos y grados de los que, declaró, se escapaban tres datos: «Mi horror al vacío en el mundo humano, mi pasión libertaria y mi condición de filósofo. Todo lo demás es incierto: fui de joven un casi-poeta, un casi-político y un casi-abogado. Mi obra ha sido casi-leída y casi-estudiada. En lo afectivo he sido casi-amado, casi-admirado y casi-tolerado, incluso por mí mismo. En lo intelectual soy un casi-racionalista que se apega a un casi-empirismo, seguro —eso, sí— seguro de que el mundo de las cosas y los hombres es tan complejo que solo puede casi-comprenderse».

E

Cuando empecé a indagar en su vida y en sus escritos, el descubrimiento de que Millas reflexionaba sobre muchos temas tremendamente significativos para el Chile actual, me convenció de que había elegido a un personaje que merecía ser conocido más ampliamente. En una sociedad como la nuestra, en que la gran mayoría no se interesa o no participa en la vida del país, manteniendo una vida rutinaria dominada por los aspectos materiales, vale la pena aceptar la invitación que nos hace Millas a enriquecer nuestra existencia a partir de la reflexión de lo que nos sucede, de actuar en consonancia con nuestros pensamientos y de mantener una actitud crítica frente a nosotros mismos, a los demás y a los hechos del mundo.

Las ideas de Millas que pueden ser un aporte al debate sobre cómo construir un Chile mejor son muchas. En este contexto, el intelectual Carlos Peña, abogado y columnista, destaca el libro de Millas El desafío espiritual de la sociedad de masas (1962) el cual, dice, prefigura la desazón que sienten los nuevos consumidores al percatarse de que haber accedido al consumo no los ha hecho más iguales ni mejores personas.

Figueroa (2011 c) señala como muy contingentes los pensamientos de Millas sobre la educación: «la educación no solo es un trámite que nos capacita para ganarnos la vida, es algo con valor intrínseco que nos habilita como individuos y nos ayuda a desarrollar la mejor versión de nosotros mismos». También destaca la vinculación que hace Millas entre educación y política —sin personas educadas la democracia cojea, pareciera decir— así como también subraya su firme, articulada y apasionada defensa de la democracia como el mejor sistema que han inventado los hombres para dirigir sus sociedades.

La importancia que Millas le dio al diálogo y a la tolerancia merece ser tomada muy en cuenta hoy. Oigámoslo: «cuando recibimos retroalimentación podemos ver que somos capaces de soñar juntos, de asumir responsabilidades, planificar y ejecutar esos sueños». Sus ideas sobre lo que deben ser y cómo hay que organizar las universidades pueden aportar al debate sobre cómo reformar de mejor modo la educación superior en Chile. También hacen eco hoy sus ideas sobre temas como la responsabilidad personal y social de los individuos, la libertad de pensamiento, la ética y las oportunidades que ofrece la sociedad de masas.

Millas creía firmemente en que el conocimiento expande el horizonte de la acción humana y libra a los hombres de vivir como autómatas, «precipitados por

la pendiente del tiempo como la piedra que se despeña cuesta abajo». Desde su perspectiva, la teoría y la práctica son dos lados de una misma moneda: pensar hasta el límite de las cosas no puede ser un ejercicio meramente intelectual, sino que debe traducirse en acciones concretas de las que debemos hacernos plenamente responsables.

Nada mejor que la vida del propio Millas para ilustrar su idea de que hay que obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción. De pensador, escritor y pedagogo, Millas saltó al ruedo para lidiar abierta y apasionadamente contra los atropellos de la dictadura del general Pinochet. Cuando los militares intervinieron las universidades, salió como león a denunciar la «universidad vigilada» o la «universidad cuartel», como también la llamó. Años antes había atraído la crítica al oponerse contracorriente a la reforma universitaria que, a su parecer, dañaba a la universidad al politizarla.

A principios de los ochenta hizo un discurso memorable contra el proyecto de Constitución de Pinochet. Este discurso lo terminó por transformar «en el guía espiritual de la conciencia libertaria», como dijo el recordado filósofo Humberto Giannini. Parece una exageración pensar con Giannini, que el filósofo estaba ayudando «con su palabra nítida, insobornable, a restaurar una experiencia —la de que el poder político debe ser la expresión de una voluntad de bien compartida— que determinó a la larga la caída de la dictadura». Pero una pizca de razón puede haber tenido Giannini.

E

La primera parte de esta biografía habla del hombre, su historia familiar, su forma de ser, a través de lo que se ha escrito sobre él y del recuerdo de numerosas personas que lo conocieron. Después recorre con él sus años de adolescente en el Internado Nacional Barros Arana, INBA, donde despertó su amor por la poesía y la filosofía, y donde estableció amistades para toda la vida con personajes como el poeta Nicanor Parra.

De ahí, el libro repasa su vida laboral, las tesis de sus obras, sus opiniones sobre temas centrales como la religión, la política y la educación, todo ello basado en las obras y artículos del propio Millas y de otros investigadores listados en la bibliografía incluida al final, además de entrevistas que tuve con académicos y filósofos.

Los que lean a Millas podrán, como dijo su alumno y colega Juan Enrique Serra, «elevar el nivel de sus preocupaciones e inquietudes» y encontrar conceptos que les entreguen «una más certera visión del mundo y del curso de la vida humana». Ojalá que esta biografía les despierte el interés de hacerlo.

El gurú hermético

En 1980, mediante una encuesta, Jorge Millas fue elegido por un centenar de personalidades chilenas como el individuo más inteligente del país. El diario El Mercurio les propuso a los encuestados nombrar a cinco hombres o mujeres no fallecidos que les parecieran los más inteligentes. Millas ocupó el primer lugar, con veintitrés preferencias, seguido del abogado y diplomático conservador, Julio Philippi; del ex-Presidente de la República Eduardo Frei Montalva; del abogado, asesor del régimen militar de Augusto Pinochet y fundador del Partido Unión Democrática Independiente (UDI), Jaime Guzmán; y del economista y creador del sistema de pensiones chileno, José Piñera.

Los resultados de la encuesta fueron publicados el 25 de mayo de 1980 en la Revista del Domingo del diario El Mercurio con el título «Escogiendo a los granados», por aquello de La Araucana de Alonso de Ercilla en que consigna: «la gente que produce es tan granada, tan soberbia, gallarda y belicosa».

Su elección como el hombre más inteligente de Chile, se debió en gran parte a la notoriedad que adquirió cuando —quien hasta entonces se había dedicado a enseñar y a escribir— levantó la voz contra los excesos de la dictadura instaurada por el golpe de Estado de 1973 en Chile. Millas era retraído y enemigo de la notoriedad pública, pero su convicción profunda de que la actividad intelectual es inseparable de una praxis de servicio, lo impulsó a convertirse en un articulado y fuerte crítico del acontecer político chileno posgolpe y, especialmente, de lo que llamó «la universidad vigilada». Era un hombre de características muy marcadas, por no decir todo un personaje.

En los años cincuenta sus alumnos de Filosofía en la U. de Chile le tenían una serie de apodos: «el zorro Millas», probablemente por lo astuto que era; «Mahatma Gandhi» por su delgadez, su tez morena y su mirada profunda; «Sócrates» por la sencillez de su trato y su marcada disposición a resolver dilemas, y «una especie de República independiente», por su autoridad intelectual y moral.

También lo llamaron «el lobo estepario», tal vez por su hermetismo y su profundidad, dos características de Harry Haller, el protagonista de la famosa novela homónima del escritor suizo-alemán Hermann Hesse. Su reserva le ganó el nombre de «Heráclito el Oscuro». Su marcada tendencia a guardarse sus

asuntos personales para sí mismo, un rasgo de personalidad poco común entre los latinos, era lo primero que saltaba a la vista al conocerlo. El filósofo Humberto Giannini (1982) dijo de él que «era un ser a tal punto reservado que casi tocaba el misterio…; jamás daba un flanco personal ni osaba tocar el del otro». En símil, el abogado y filósofo, Agustín Squella (2013), señala que Millas tenía «una zona interior que se negaba a mostrar».

Varios de sus conocidos especularon sobre la razón de su hermetismo. Entre otras cosas lo atribuyeron a una excesiva timidez o a que era un arma para proteger su individualidad y su independencia. Lo que Millas sí mostraba abiertamente era su gran sensibilidad hacia el sufrimiento propio y ajeno. Maximiliano Figueroa, autor de un excelente libro sobre Millas (Jorge Millas. El valor de pensar) que recorre los temas y las luchas del filósofo y profesor universitario en sus últimos años, piensa que este era comprensivo, porque rechazaba terminantemente humillar o descalificar a otro. Tenía sus puntos de vista pero comprendía que otros podían llegar a otra posición, «Millas nunca mostró odio por nadie», nos confiesa.[1]

Figueroa elucubra que esa sensibilidad podría deberse a varias cosas: perdió a su madre a los cinco años (quien murió en 1922); en su adolescencia falleció súbitamente su único hermano; estuvo varios años recluido lejos de su familia en el INBA; era ateo y separado, en una sociedad creyente; y también se especula que haya sido homosexual.

Su gran amplitud de mente y el hecho de que no se creyera poseedor de la verdad, deben haber contribuido a su veta comprensiva y poco dogmática. Es significativo que en sus escritos usara con frecuencia términos tales como: probablemente, quizás, es posible, tal vez, consigna Hans Erhmann (1975) en la entrevista que le realizó para revista Ercilla. Millas declaró que la vida lo había llevado a la conclusión «de que el bien más preciado que podemos perseguir es la bondad, más que el saber» (Sierra 1977). No solo tenía a la bondad en un pedestal, sino que la practicaba. «Es difícil describirlo físicamente, porque el hálito de bondad que lo envuelve borra todo lo demás», agrega Malú Sierra.

El filósofo Juan Enrique Serra (2005) está de acuerdo, añadiendo que esto no quitaba que escrutara al otro «con mirada punzante… y al primer encuentro, si no atemorizaba, al menos imponía respeto». Sin embargo, parece haber consenso entre los que lo conocieron de que era amable y extremadamente educado. «Bribón» fue la palabra más fuerte que se le escuchó decir (Squella).

E

Hirsutas cejas casi le tapaban los ojos que, en sus últimos años, sus gruesos anteojos hacían aparecer más grandes e intranquilos, con un dejo de tristeza. Su mirada era penetrante, su rostro insinuaba algo doloroso; su voz era ronca, su hablar, pausado, y su actitud muy cauta y a veces ingenua. Era muy amable, muy educado, pero nunca hacía alarde de su gentileza. Se vestía formalmente, siempre con chaqueta aunque estuviera en el campo o en la playa. Una de sus favoritas era una chaqueta cuadrillé, bajo la que se ponía sweaters escote en «V» de colores sobrios cuando hacía frío.

Así lo recuerda su alumno y colega Juan Enrique Serra: «Evoco su imagen algo desgarbada, por qué no decirlo, un poco descuidada en su apariencia. Daba la impresión de que le importaban otras cosas. Tenía algo de asceta, semejante al retrato de un vegetariano frugal, cetrino, melancólico…».

Era un hombre al que le costaba hablar con soltura de lo cotidiano, no así de ideas y grandes temas. Su poco manejo en las relaciones con los demás se expresaba también en su gran cautela, que lo hacía sopesar bien las situaciones antes de tirarse al ruedo. Esto lo hacía parecer poco espontáneo a veces. Tal vez tomaba esta actitud porque temía cometer alguna injusticia con alguien, es así como la periodista Odette Magnet interpretó la falta de espontaneidad de Millas. En esa entrevista, Magnet (1981) habló también de sus frecuentes vacilaciones, unidas a su dificultad de tomar resoluciones ya que «hacerlo le era doloroso». Se le acusaba, contó, «de querer quedar bien con todos, de 'falta de compromiso', de 'temor a matricularse'», lo que atribuyó a un profundo temor a ser utilizado.

La otra cara de la medalla era su afición a conversar. Dicen que tenía siempre anécdotas cortas y simpáticas y un humor afilado que a veces desembocaba en alguna tomadura de pelo, siempre hecha en tono amable y cálido y acompañada de una sonrisa, «[por lo] que uno quería estar siempre con él» (Oyarzún 1995).

Era el ser más entretenido para sus tres nietos, dos niñas y un varón, descendencia de su hijo adoptivo Miguel Espinoza. A la mayor, Millas le puso «la abeja», la segunda era «la chispa» y el pequeño, «run-run». Verónica Espinoza,[2] alias «la chispa», cuenta que les narraba las aventuras del Quijote para hacerlos dormir y que le encantaba elaborar juegos de ingenio, refranes, contarles cuentos y describirles los procesos de la naturaleza.

Compartía con sus nietos adoptivos en su parcela de Alto Jahuel, al sur de Santiago. Allí, a Millas le gustaba caminar, leer en su biblioteca y escribir a máquina con algunos de los tres nietos en brazos o jugando por ahí. Pasar la Navidad con ellos y después armar los regalos para los niños era un gran panorama para él. La única vez que Verónica recuerda a su abuelo enojado fue cuando no pudo montar la autopista que le había regalado a su hermano.

Disfrutaba la música clásica, la pintura impresionista, el café, el whisky. Comía de todo; entre sus bocadillos favoritos estaban las aceitunas, el mazapán y las mermeladas. Tenía una debilidad especial por su perro Pastor y, cómo no, por los libros. Era ahorrativo. Nunca tomaba un taxi si no estaba apuradísimo y le sacaba lustre al papel en que escribía, en tiempos que el imperativo ecológico del reciclaje aún no hacía su aparición. Escribía sus clases a mano, al reverso de circulares u hojas mimeografiadas, frecuentemente amarillentas por lo viejas. Sus alumnos especulaban de dónde sacaba tal profusión de hojas usadas.

Su biblioteca era extensa. Consigna el abogado y académico Frederic Smith:[3]

Quienes tuvieron el privilegio de conocer su biblioteca todavía intacta, recuerdan la abundancia de obras en francés donde llamaban la atención la cantidad de volúmenes muy a la rústica de las antiguas editoriales Vrin, Alcan y Colin, entre los cuales había varias traducciones de filósofos alemanes. En algún momento estuvieron allí los Études d'Histoire de la Philosophie de Émile Boutrox, Psychologie y Métaphysique de Jules Lachelier, el Traité de Logique de Edmond Goblot —que Millas estimaba insuperable— y diversas obras de filósofos franceses de la primera mitad del siglo veinte.

E

Según José Miguel Vera,[4] lo que se conoce de su vida sentimental es escaso: a los veintiséis años de edad, en 1943, se casó con Silvia Germana Aburto Bustos, Mané. No tuvo hijos y al cabo de dos años se separó. Desaparecido el amor por Mané, su actitud hacia ella fue más bien aversa.

Muchos suponen que Millas fue homosexual, aunque no hay prueba de ello. Un académico, que estuvo muy cerca de él hasta el final, reflexiona: «él era un puritano. Su homosexualidad era una fuente de sufrimiento y simplemente no iba a compartir este hecho con nadie. Jamás escuché del grupo que lo conocía que se hubiera comentado nada al respecto —a lo que añade—; Millas sostenía que la

filosofía servía para controlar los instintos y así debe haber sido para él».

Cuando niño tendía a aislarse de los demás, cosa que cambió cuando entró a la secundaria en el INBA, donde se hizo de un puñado de amistades que le duraríán toda la vida. Fueron sus únicos amigos íntimos, fuera de ellos, nunca nadie le conoció amigos cercanos, solo conocidos. «Nadie puede jactarse de haber sido su confidente», me comentó Smith.

No soportaba a los «pelmazos», como él los llamaba. También tenía una categoría de personas a los que les hacía el quite: «Me dan miedo sobre todo los patriotas y los justicieros, los que aseguran que conocen el bien común y que distinguen perfectamente entre lo bueno y lo malo; los que creen saber de qué lado están los nobles y dónde los perversos», declaró en una entrevista publicada en la revista Huelén en 1983.

Sin embargo, cuando ya tenía fama de hombre excepcional y especial, siempre acogió con amabilidad y simpatía a todos los que, en cafés o restaurantes, deseaban sentarse a su mesa. Tenía «una inconfundible originalidad personal: no se asemejaba a nadie, no tenía dobles, ni había por ahí gentes de su tipo»; dijo de él la filósofa Carla Cordua.

Solo o en compañía, solía tomarse varias tazas grandes de café negro, acompañadas de sus infaltables e inagotables cigarrillos —fumaba un mínimo de cuarenta al día—. No parecía preocuparle que la ceniza del cigarrillo le quemara la ropa, cosa que le sucedía con frecuencia por su descuidado hábito de gesticular con las manos próximas al rostro, mientras fumaba al hablar. Así lo describe Smith en nuestra conversación:

Cuando Millas fumaba parecía que su cigarrillo iba a durar eternamente, tal vez porque lo hacía con elegancia y parsimonia, dejando que la parte ya consumida permaneciera adherida largo rato en estado de pálida ceniza y no de brasa fulgurante… Se le metía el humo en la cara porque no aspiraba los puchos; hacía un gesto con los ojos medio cerrados y se quedaba pensando; cuando ya tenía el bigote blanco, el vicio se lo teñía de amarillo.

Era serio, pero no grave, se reía con ganas y tenía humor; «pescaba al vuelo las coyunturas absurdas», comentó la filósofa Carla Cordua.[5] También remarcó que la elocuencia de Millas hizo época. «Decíamos de él: 'Habla por escrito o habla redactado'. Sin nunca dar señales de que buscaba las palabras o de que esperaba

que le vinieran las ideas para expresarlas, enunciaba su discurso pedagógico en largas frases infalibles que no necesitaban revisiones ni correcciones».

Abunda Peña (2015), «Su prosa era la de un virtuoso, llena de sonoridad y de ritmo, como si todo lo que escribiera —epistemología, análisis cultural, escritos polémicos, teoría del derecho y filosofía rigurosamente técnica— estuviera preparado para ser leído en público, para hipnotizar a un auditorio. Y esto era lo que, cada vez que hablaba, ocurría».

E

Jorge Millas demostró su vocación intelectual desde muy temprano. Fue un gran lector en su niñez y su vertiente humanista la profundizó de adolescente durante sus años en el INBA. Fue allí donde hizo sus primeras lecturas filosóficas, dictó sus primeras conferencias y hasta formó con sus amigos más cercanos un pequeño grupo de reflexión filosófica. Primero incursionó en la poesía, publicando dos libros recién cumplidos los veinte años, pero pronto retomaría de lleno y para siempre la filosofía, porque comprendió «que no iba a ser un gran poeta» (González 1982).

La filosofía era lo suyo y esa inquietud filosófica lo acompañaría durante toda su vida. Publicó diez libros de filosofía, dos de poesía, y lo que llamó «un divertimento-lógico lingüístico», en el que jugó jocosamente con el personaje de Alicia en el país de las maravillas (1985). Dos de sus libros, Idea de la individualidad (1943), Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente (1960) y el ensayo «Las máscaras filosóficas de la violencia» (1975), recibieron premios. También escribió numerosos artículos académicos, en su mayoría relacionados con filosofía, derecho y educación.

La manera en que practicaba la filosofía podría explicar por qué un hombre que vivía del y para el pensamiento nunca cayó en el dogmatismo. Confesó Millas:

Uno vive más de sus dudas que de sus convicciones. Más de sus preguntas que de sus respuestas... Cuando me hago las preguntas definitivas, las que tocan el límite de lo cuestionable… quedo paralizado por la duda… Al llegar a este desenlace, tengo que confesar que el pensamiento, así como yo lo cultivo, fracasa. Las últimas respuestas solo las tienen los que no se hacen las últimas preguntas (Sierra).

Los creyentes de cualquiera religión deben haber caído para Millas, que se declaró agnóstico, en la categoría de los que no se hacen las últimas preguntas: «Entre Dios y yo no ocurre nada. Si me ha creado, no lo sé; si su providencia me conserva no lo noto. Yo soy demasiado concreto y finito, demasiado personal y próximo a mí mismo como para sentirme en relación, sobre todo de amor, con algo tan lejano e inconmensurable, tan dentro de sí, como es Dios…».[6]

Pensaba que la idea de Dios respondía «a una necesidad muy patética del hombre de encontrar la respuesta definitiva sin haber pasado por todos los afanes de conquistarla. El salto que se da gratuitamente es la hazaña del pensamiento religioso. Pero los que nos empeñamos en no saltarnos etapas, somos agnósticos —lo que aclaró— no quiere decir no creer en Dios, sino decir, honestamente, no sé». Añadió que no le gustaban las religiones porque pensaba que trasladaban la responsabilidad de los problemas humanos a un poder fuera de sí mismo. También decía que la fe encierra.

E

Acérrimo opositor de las ideologías que, dijo, intentan pasar gato por liebre, sindicó al marxismo como el mejor ejemplo de esto, ya que «se llama científico, convirtiendo una posibilidad de concebir la sociedad humana en la única concebible… A mí me tiene sin cuidado si expropian los medios de producción, pero sí me tiene con mucho cuidado que los marxistas expropien la libertad y la inteligencia».[7]

De ahí que fuera un crítico abierto del Gobierno de la Unidad Popular. Su oposición intelectual a las ideologías lo llevó a explicar en el prólogo de Idea de la Filosofía, «El Conocimiento» (fechado el 4 de septiembre de 1968 y publicado en 1970 cuando gobernaba el demócrata-cristiano Eduardo Frei Montalva), que el libro no era leal ni servil «respecto a las manías ideológicas que prevalecen» ni, como se espera, un «acto de fe partidista respecto al tipo de sociedad que se busca, a los valores que se exaltan, a los métodos de acción política».

Squella opinó en una entrevista que sostuvimos en un café santiaguino en 2016, que la Democracia Cristiana le debe haber parecido una opción moderada, un terreno amable, con más sosiego, frente a los que consideraba los excesos de la izquierda (sobre todo, su dimensión violenta, un tema que abordó en varios escritos) y la insensibilidad social de la derecha.

Millas tomó de Ortega y Gasset y de Heidegger la idea de que la política es condenable porque se identifica con el colectivismo de la sociedad de masas, mientras que el mundo del pensamiento es refugio del espíritu. Reclamó que al novelista, al artista, al hombre de ciencias, al filósofo, «se le exige convertirse en crítico implacable de la disoluta sociedad burguesa y en complaciente panegirista de la no menos frustrante sociedad 'proletaria'».

La filosofía, por otro lado, la considera un antídoto, ya que su función es la de «mantener la inteligencia despierta frente al peligro del nuevo oscurantismo» y la de resistir el encasillamiento en posiciones políticas, poniendo «al hombre sin simulaciones ideológicas frente a su propia responsabilidad, esa es la efectiva contribución de la filosofía» (Millas 1970).

E

No deja de ser irónico, entonces, que antes de transformarse en filósofo hecho y derecho Millas haya ingresado al Partido Socialista, e incluso, en 1938, haya sido elegido presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH). Parece, eso sí, que la experiencia no fue de su agrado. Rememorando esos años confesó que algo lo apartaba de la política, aclarando que no se trataba «de la política como una preocupación cívica por los problemas de la vida en común, bajo la organización del Estado, sino de la política como compromiso con personas que suscriben un ideario básico y que se sirven de él para intentar realizarlo a través de la conquista del poder».

Se dio maña en subrayar que su actitud renuente a la vida partidaria no significaba que creyera que otros no debieran asumir un compromiso político: «Creo que tienen que hacerlo», le dijo a la periodista Malú Sierra (1980). Se podría especular que el compromiso político no se condecía con la idea de que la libertad de conciencia es la que hace humano al hombre. En cambio, adherir a una determinada posición política lo eximiría de pensar por sí mismo y de tomar responsabilidades personales. No comprometerse con un partido específico le dio a Millas la libertad de emitir juicios independientes y de tratar de influir con sus ideas a moros y cristianos. Defendió y promovió un tipo de sociedad en la que los seres humanos pudieran relacionarse libremente, sin dominación ni manipulación. Se manifestó apasionadamente contra la violencia como método político, viniera de quien viniera, y a favor de la libertad de pensamiento y expresión.

Fue un demócrata convencido, por lo que, a poco andar, se declaró acérrimo opositor de la dictadura del general Pinochet. Justificó su posición en el célebre discurso que dio en el Teatro Caupolicán con ocasión de la convocatoria a un plebiscito sobre una nueva Constitución. En ese discurso, remarcó que «la opresión inhibe, pero no expande la vida. Bajo las apariencias de un orden que es pasividad y silencio, deja oculto el desorden de la verdad atropellada, de los derechos conculcados, de los espíritus amedrentados o sugestionados, y de la falta de verdadera alegría y esperanzas cívicas» (2017). Una segunda razón para oponerse a la dictadura en Chile era que para él «las dictaduras, convertidas en sistemas, favorecían la esterilidad intelectual y la torpeza ética» (1996 b).

Con valentía debido a los tiempos que corrían, y venciendo su natural timidez y reticencia a manifestarse políticamente, Millas salió de las aulas para expresar públicamente su opinión contra la intervención militar de las universidades. En 1975 envió una carta al diario El Mercurio titulada «La universidad vigilada», que le valió notoriedad y la salida de la U. de Chile, donde enseñaba hacía muchos años. Cinco años más tarde esbozaría en la prensa y en discursos públicos los problemas que le encontraba al proyecto de Constitución de Pinochet y la forma antidemocrática elegida para aprobarlo.

Squella piensa que Millas fue impulsado por las circunstancias a tomar la palabra como si hubiera sido un político, pero que en realidad lo hacía como filósofo y por un fuerte imperativo moral de hacer pública su opinión en dos momentos anormales de la historia del país. «Que criticara a la UP y después a la dictadura demuestra que fue coherente. Entonces, ¿para qué y por qué pasarle la cuenta?».

Fue grande el precio que debió pagar Millas por haber sacado la voz en contra de la dictadura militar: fue expulsado de la universidad, donde había encontrado el espacio para pensar, escribir y transmitir a varias generaciones de estudiantes sus pensamientos y su actitud ética frente a la vida. «Por haber tenido que levantar la voz a nombre de los miles de chilenos silenciosos que no nos atrevíamos a hablar, Millas ganó públicamente una batalla importante contra la prepotencia del poder. Pero, en el fondo de su alma, Jorge Millas había perdido la guerra», comentó el filósofo Humberto Giannini (2011) a propósito de su exoneración de la Universidad Austral de Chile (UACh), su última parada en uno de sus queridos templos del saber.

Transformado en persona non grata para todas las universidades chilenas, este

hombre, considerado como uno de los mejores filósofos chilenos del siglo XX y el mejor filósofo del derecho, terminó dictando clases particulares para poder sobrevivir.

El niño curioso

El 17 de enero de 1917 llegó al mundo Jorge Millas. Sus primeros meses y años los pasó en el barrio de avenida Matta en Santiago, donde vivían sus padres, Emiliano Millas Recabarren —un hombre alto, macizo y calvo tempranamente, de profesión contador— y María Luisa Jiménez Alvarado. Dos años después llegó su único hermano, Fernando. La madre murió cuando Jorge aún no cumplía cinco años. «Me faltó ese amor absoluto e incondicional», confesaría Millas más tarde, agravado aún más por el carácter severo y autoritario de su padre. No permitía, por ejemplo, que los niños comieran en el comedor principal con el resto de la familia. Además, los hermanos debían compartir dormitorio, esto en una vieja casona de ocho habitaciones.

Poco tiempo después, don Emiliano se casó con Rebeca Espinoza del Campo. La relación de los niños con la recién llegada madrastra fue más bien cordial, aunque se dice que, por ser mayor, a Jorge le costó más aceptarla. Nada más se sabe de la vida del futuro filósofo hasta que cumplió nueve años. Fue entonces que la familia Millas se trasladó a una antigua casona de tres patios en San Bernardo, al sur de Santiago. Esta comuna destacaba en ese entonces por contar con la Maestranza Central de Ferrocarriles del Estado, la Estación Maestranza del ferrocarril al sur, una iglesia situada en la plaza, un liceo de hombres y un colegio de monjas.

Desde el traslado a San Bernardo la vida debe haber sido más cómoda y tranquila para Jorge, ya que el ingreso familiar mejoró cuando don Emiliano compró la única farmacia del pueblo, ubicada en la calle Covadonga, que atendió personalmente hasta su muerte. Jorge y Fernando fueron matriculados en el liceo de hombres de San Bernardo; Patricio Aylwin, futuro Presidente de Chile, estudiaba en el mismo liceo.

Tanto Jorge como Fernando eran morenos, pero ahí terminaba la similitud ya que Fernando era fornido y Jorge enjuto, pero más alto que su hermano menor. Mientras Fernando trepaba árboles con vecinos y amigos, Jorge prefería leer o perderse en sus pensamientos debajo de un enorme castaño.

Ya en ese entonces se manifestó su gran sensibilidad y bondad, que serían uno de sus sellos personales. Cuando un pájaro cayó herido desde lo alto del castaño, Millas intentó sanarlo sin éxito, y junto con su hermano, adoptaron a Bobby, un

perro callejero. Bobby le infundió el amor por los perros que en su edad madura se traduciría en el gran apego y cariño que le tenía a su perro Pastor. Aunque tenían intereses distintos, ambos hermanos eran muy buenos amigos; el amor de Jorge por Fernando se evidenció claramente cuando este murió en forma temprana.

Cuando niño los deportes no le llamaron la atención, ni siquiera las pichangas de barrio; tal vez porque su físico no lo acompañaba y además por que como él declararía más tarde, era tímido. Tampoco los practicó en su adolescencia, a pesar de que en el INBA, donde ambos hermanos cursaron su educación secundaria, los deportes eran muy importantes. Solo hay registros de que en el INBA oficiaba de juez de ping-pong.

La lectura y los estudios fueron siempre lo suyo. Se cuenta que devoró todos los libros disponibles en la biblioteca del liceo de San Bernardo, que fue siempre el primero de la clase, que era mimado por sus profesores y que ayudaba a sus compañeros en sus ramos favoritos, Castellano e Historia.

Esto sugiere que era poco sociable por naturaleza, prefiriendo su mundo privado a la compañía de otros. Él mismo lo reconocería más tarde en la entrevista con Ehrmann en revista Ercilla, cuando estaba a punto de cumplir sesenta años: «desde pequeño tuve la vocación de segregarme de grupos. De eso me curé un poco, aunque en forma muy dolorosa, cuando a los doce llegué al 4.° año de Humanidades en el Internado Nacional Barros Arana con esos arrestos de aire superior a cuestas».

E

No hay registro de por qué el padre decidió enviar a los dos hermanos al INBA, donde el futuro filósofo llegó en 1929 con fama de haber sido un alumno brillante en el liceo de San Bernardo. Pero don Emiliano quería que sus hijos se destacaran y debe haber sido un logro matricularlos en el INBA, siendo en esos años uno de los liceos públicos más importantes de Chile. Entre sus egresados están, entre otros, el ex-Presidente de la República, Patricio Aylwin; Carlos Massad, expresidente del Banco Central; Jorge Soria, el conocido alcalde de Iquique; los Premios Nacionales de Literatura Nicanor Parra, Gonzalo Rojas y Alfonso Calderón; de Ciencias, Hermann Niemeyer; y de Historia, Gabriel Guarda.

El internado todavía existe y ha conservado sus mismas instalaciones desde la época en que Millas pasó allí cuatro de los años más formativos de su vida, tanto en el plano intelectual como en el social. Tiene 64.000 m² construidos, tres canchas de fútbol, varias de básquetbol y de tenis, dos piscinas —una temperada y otra al aire libre— tres vastos patios, laboratorios, enfermería, comedores, cocinas y áreas de paseo.

El INBA tuvo sus orígenes en 1887, cuando el entonces Presidente José Manuel Balmaceda, propuso crear un gran internado en Santiago para albergar a estudiantes de escasos recursos venidos de provincias, quienes serían «ilustrados y enriquecidos». El internado comenzó a funcionar el 20 de mayo de 1902 en un edificio imponente construido por el arquitecto francés Víctor Henry de Villeneuve, en diecisiete hectáreas de terrenos vecinos a la Quinta Normal de Agricultura, en Santiago.

En sus primeros años, ocupaba la manzana completa delimitada por las calles Matucana, Santo Domingo, San Pablo y Lourdes (que en 1902 se llamaba pasaje Quinta Normal). Después perdió algo de terreno a las vecinas Basílica y Gruta de Lourdes. Cuando Millas ingresó al INBA estudiaban allí más de mil alumnos —una enormidad para el Santiago de entonces— que tenía menos de 700.000 habitantes. No hay que ir muy lejos para imaginarse lo desconcertado que debe haber quedado Millas por la majestuosidad del INBA comparado con su pequeña escuelita de San Bernardo.

Además, también debe haber sorprendido a este niño tímido que alrededor de un diez por ciento de los internos del INBA fueran extranjeros, hijos de inmigrantes alemanes, árabes, italianos, franceses, ingleses, y sobre todo latinoamericanos, composición muy diferente de la de su primer colegio en San Bernardo, en tiempos en que esta comuna era apenas una aldea. Los internos dormían en enormes piezas con cincuenta camas cada una. Estas eran metálicas con barrotes en la cabecera y los pies, dispuestas en hilera como en un hospital. Cada alumno tenía que ordenar su cama antes de ir a darse una ducha de agua fría. Los sábados, alrededor de las once de la mañana, los internos partían a sus casas y regresaban a su encierro el domingo por la noche.

Frederic Smith, albacea de Jorge Millas, quien compartió oficina con él en sus últimos años de profesor de la UACh, me contó una anécdota que demuestra lo desubicado que debe haber estado Millas cuando entró al INBA: en ese entonces, Manuel Rodríguez, apodado «El Barrabás» y padre del conocido

abogado Pablo Rodríguez Grez, era un reconocido profesor en este Instituto. Tenía una práctica llamada «El Calducho», que consistía en que cada alumno tenía que demostrar su gracia. Cuando Rodríguez preguntó «¿qué saben hacer ustedes?», Millas levantó el dedo:

—Yo sé recitar, profesor.

Rodríguez se le quedó mirando con incredulidad total. Después de una larga pausa, Millas se puso a recitar un poema que había sacado aplausos cuando lo presentó en el teatro de San Bernardo. Cuando terminó, el profesor le dijo:

—Lo que acabas de hacer es lo más grotesco y ridículo que he visto. La recitación no tiene nada que ver con la poesía. Es una cosa muy cursi.

Millas contaba que agradeció la opinión y que en adelante se cuidó mucho de escribir cursilerías.

E

La adolescencia de Millas transcurrió en una época de grandes cambios, de gran convulsión, de grandes avances. El listado de estos hitos que hace el fallecido filósofo, escritor y académico, Luis Oyarzún —con quien Millas trabaría una amistad de por vida—, incluye entre otras novedades la teoría de la relatividad y la física moderna; en química, la visión moderna de la estructura interna del átomo; Marx y Engels habían dado un impulso a la sociología; el pensamiento de Freud y Jung irrumpían en la psicología; en el arte descollaban Picasso, Matisse, Braque, Léger y Dalí; y en música, grandes compositores modernos como Schoenberg, Hindemith, Prokofiev y Ravel. En la literatura todavía se estaban publicando autores contemporáneos como Proust, Joyce, Thomas Mann y Virginia Woolf. En poesía, los primeros poemas de Residencia en la Tierra de Neruda habían aparecido entre 1926 y 1928 en Atenea y Revista de Occidente; Gabriela Mistral ya había impactado con Desolación, y Huidobro y De Rokha se hallaban en plena producción.

En el INBA, Millas venció su tendencia al aislamiento y se hizo de buenos amigos. Entre sus más cercanos estaban Nicanor Parra, Luis Oyarzún, Hermann Niemeyer y Carlos Pedraza. Todos llegarían a ser connotados en las vocaciones que eligieron: Nicanor Parra, famoso antipoeta y Premio Nacional de Literatura en 1969; Luis Oyarzún fue presidente de la Sociedad de Escritores de Chile,

miembro de la Academia Chilena de la Lengua y decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile; Niemeyer se transformó en un connotado bioquímico y recibió el Premio Nacional de Ciencias en 1983. Pedraza fue pintor, director y decano de la Facultad de Bellas Artes entre 1963 y 1966, y Premio Nacional de Arte en 1979.

Nicanor Parra, hasta principios de 2018, era el único sobreviviente del grupo, el que fue bautizado por los demás compañeros como el «quinteto de la muerte», en alusión a la famosa película de Alec Guinness.

Así describió Millas al estrecho grupo de amigos:

Éramos un poco iconoclastas, celosos de nuestra independencia personal, izquierdistas sin odio ni dogmatismos, todos un poco mateos. Admirábamos sin beatería a la Mistral, a Neruda, a Valery, comenzaba a aburrirnos el surrealismo y, en fin, abominábamos de la vulgaridad y la pedantería, aunque en el fondo nos creíamos la muerte.

Y así lo describió Nicanor Parra, en especial a Millas:

Allí en el Internado aparecíamos como sujetos sospechosos y difíciles y nos dábamos aire de todo. Jorge Millas en el 3.° año de Humanidades ya se había ganado un concurso de oratoria, y le dirigía la palabra a todo el liceo reunido, al consejo de profesores. A todos les hablaba de lo humano y de lo divino. Y sin texto, así, improvisando. Él era el intelectual por antonomasia del Internado, el Erasmo de Rotterdam, qué se yo, el Kant, el Henri Bergson... (Morales 1991).

Parra se refería aquí a las conferencias que ya en 3.° de Humanidades daba Millas, a las que asistían alumnos y algunos profesores. Una de estas, sobre Freud, la introdujo el futuro antipoeta, quien se cuenta se alargó y enredó tanto que no quedó tiempo para la conferencia de Millas. Parra recuerda que Millas era el gurú del grupo, añadiendo que «frente a su autoridad no quedaba sino defenderse mediante pullas». Cuenta también que muy académico sería, pero igual «se dejaba deslumbrar por un filósofo ambulante de la Quinta Normal, que afirmaba que el hombre debía inspirarse en los animales domésticos en materia de modales personales: del gallo debía aprender la gallardía y del caballo, la caballerosidad».

Por su parte, Luis Oyarzún (1967) reconoció que habían formado un cerrado grupo que, en palabras de todos los días, se creían la muerte:

Nos mareamos un poco, es cierto. Nos hicimos muy antipáticos a nuestros compañeros y profesores. La armonía con aquellos no venía a restablecerse sino después de alguna fiesta en que todos terminábamos alegres. Pero en nosotros —adictos a ese opio, a ese vice impuni— predominaba la pasión incoercible, la pasión de escribir, de leer y de vivir, por lo menos con la imaginación, a la altura de los grandes temas.

También cultivaban intensamente la amistad, que incluía explorar el mundo fuera del Internado según rememoró Oyarzún. Se juntaban en cualquier parte, contó:

…en heladísimos corredores y, si era posible, en cafés más o menos patibularios de la calle San Pablo abajo […]. El mundo nuestro tenía mucho que ver con la Quinta Normal infestada de charlatanes y de amantes vespertinos y con los bajos fondos de Matucana y San Pablo, sin olvidar los ululantes pitazos de los trenes que poblaban la noche, ni el encantador bar Don Fausto, donde solían acuchillarse los adoradores de Baco y de Terpsícore.

Oyarzún también habla de lo que dice era la «fantástica biblioteca, en la cual, sin guía ni consejo, descubrimos primeras ediciones de Quevedo y el Conde de Villamediana, una fascinante colección del magazín Pittoresque, llena de grabados al acero que nos parecían surrealistas, y grandes volúmenes en rojo de El Quijote y de la Divina Comedia ilustrados por Doré». Cuenta asimismo que el «precoz interés filosófico había llevado a Jorge Millas a leer ya por esos años a Ortega, Freud, Spengler, Bergson, Simmel, y apenas nos conocimos, nos inició en los secretos de la Revista de Occidente».

Nicanor Parra, por su parte, se enfocaba más en la poesía, tocaba el ukelele, escuchaba largas horas a los charlatanes de la Quinta Normal y se solazaba con García Lorca y Alberti. Además, «escribía, en cuadernos de matemáticas, unos poemas en sordina que llamaba 'Sensaciones', en los cuales solía aparecer la imagen de su padre tocando románticamente el violín en el fondo de un huerto provinciano, como en contraste con los grandes poemas de intención metafísica de Millas y con sus ensayos nietzschianos» (Oyarzún 1958).

También, el interés por la literatura era un vínculo entre los miembros del «quinteto de la muerte» que los fascinaba, «torturándolos», como lo pone Oyarzún. Nombra entre los más adictos a la literatura a Jorge Millas, Nicanor Parra y Jorge Cáceres, «para no recordar sino a los que perseveraron en esta

manía sistemática (y el mismísimo Gonzalo Rojas que cayó entre nosotros como un aerolito)».

El psicoanálisis también fue un tema para estos amigos, hasta el punto que Millas dictó en el INBA en 1935 un curso sobre Freud y el psicoanálisis destinado a los alumnos mayores. «No poco tiempo vivimos obsesionados interpretando a troche y moche nuestros sueños y los ajenos», señala Oyarzún.

Oyarzún, Millas, Niemeyer y Pedraza, fueron serruchos del INBA, como se llamaba a los estudiantes universitarios, en su gran mayoría exalumnos del Internado que eran contratados como inspectores, obteniendo así un ingreso para costear sus estudios. La práctica de los serruchos continúa hasta el día de hoy. En los años treinta, los serruchos alojaban en una pequeña pieza ubicada al final del dormitorio de los alumnos. Niemeyer recordó cómo los íntimos de Millas llegaban al «ambiente acogedor y ahumado que era su pieza», impregnada por la densidad de los cigarrillos negros que fumaría sin parar hasta el fin de sus días (González).

Ya en su adolescencia, Millas mostró su sensibilidad e interés hacia los otros cuando, con Niemeyer, dictaba cursos vespertinos de nivelación de estudios a los auxiliares del Internado. En años anteriores había dedicado tiempo a transmitir sus intereses y conocimientos a sus amigos del INBA. Por ejemplo, fue Millas el que inició a Oyarzún en la lectura de los filósofos que a él le atraían. Con el tiempo, este último adquiriría un vasto conocimiento en las más variadas materias artísticas, botánicas, literarias o pictóricas, lo que inspiró a Nicanor Parra a llamarlo en esos años el "Pequeño Larousse Ilustrado», apodo que aludía también a su corta estatura. Héctor Casanova Ochoa, otro compañero del INBA, recuerda a Millas como «estudioso, pero no mateo de los que se levantan a las cuatro de la mañana» (Erhmann).

Casanova también echa por tierra la reputación del futuro filósofo como tímido sin remedio, opinando que su amigo no era tanto tímido como cauteloso; que tomaba las precauciones propias de un niño pequeño frente a un ambiente bastante rudo. En 5.° año de Humanidades, Jorge Millas quiso ser marino contra viento y marea, pero las olas levantadas por su padre, que se opuso férreamente, hundieron sus inquietudes navales. Millas reflexionó sobre el hecho: «Tal vez buscaba compensación por cosas que en el fondo me dolían, como mi insuficiencia física, o bien añoraba la imagen romántica del marino; incluso pudo haberme atraído el uniforme de la Escuela Naval. Aquello constituye una

perplejidad en mis propios recuerdos» (Magnet).

E

Fue en el INBA donde se despertó la vocación filosófica de Millas. Dijo en una entrevista en la revista Ercilla (Calderón 1970), que tuvo tres maestros «en el sentido de personas a quienes uno debe inspiradora y viva comunicación». El que satisfizo a los catorce años sus primeras curiosidades filosóficas fue Damián Méndez, profesor del INBA, «un hombre sencillo y bueno, para quien la filosofía era una forma de humildad estilizada de la inteligencia y del corazón [...]. Vino después Eugenio González, quien en el liceo y la universidad fue mi primer modelo vivo de ese decoro intelectual que da la prudencia escéptica cuando es paradojal producto del ejercicio de la desconfianza en ella». Además de filósofo y profesor de literatura, Eugenio González Rojas fue dirigente universitario y uno de los fundadores del Partido Socialista. Él pudo haber entusiasmado a Millas a ingresar a la militancia en su época universitaria.

Millas también nombra en esa entrevista al profesor Pedro León Loyola, filósofo autodidacta y docente en la U. de Chile, quien llegó a ser su rector accidental, por presión estudiantil, después de la destitución del Presidente Carlos Ibáñez del Campo en 1931. En el poco tiempo que estuvo al mando de la Universidad, Loyola ordenó la reorganización del Instituto Pedagógico, donde Jorge Millas enseñaría más tarde. Además fue el gestor de la enseñanza sistemática de la Filosofía en Chile al crear y organizar el «Curso especial para la formación de profesores de Filosofía». A fines de los cuarenta fundó, junto con otros, la Sociedad Chilena de Filosofía y la Revista de Filosofía que le dieron peso a una disciplina poco reconocida hasta entonces. Enrique Molina Garmendia, uno de los primeros y más importantes filósofos chilenos, también influyó en Millas. Molina lo incluyó en su obra La Filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX (1953), destacando su sensibilidad y profundidad.

En el INBA Millas leía filosofía con avidez. Cuentan que siempre andaba con un libro bajo el brazo y a veces leía caminando. Sus primeras incursiones en la disciplina, dijo Millas, «eran inquietudes filosóficas sin guía. Manoteaba al azar. En Nietzsche hacía muchas notas en los márgenes y sentía que el superhombre era yo». Oyarzún (1958) recuerda a Millas escribiendo a mediados de los años treinta uno de sus libros más famosos, Idea de la Individualidad:

Allí adquiría cuerpo conceptual mucho de lo que había sido substancia

disparatada de nuestras discusiones. A la luz de Bergson, Scheler y Husserl, analizaba gravemente la situación del hombre contemporáneo y los problemas fundamentales de la cultura, con un dominio del lenguaje y un rigor intelectual que, aún a esta distancia, nos impresiona como no superado entre nosotros. Solo la dispersión frívola que afecta a la vida de nuestras clases intelectuales —y nuestra indiferencia por cierto género de publicidad— puede explicar el hecho raro de que ese libro incitante sea hoy poco menos que desconocido.

E

En 1933, a los dieciséis años y a instancias de su padre, Millas ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Don Emiliano insistía en que sus hijos Jorge y Fernando debían estudiar dos profesiones y costeárselas ellos mismos. Para Jorge, que quería ser profesor, dispuso leyes, y para Fernando, que quería ser abogado, ingeniería.

Siguiendo sus propios deseos, Millas ingresó también a la carrera de Historia en el Instituto Pedagógico de la misma Universidad, la que abandonó al año y medio. Allí se topó con Parra, que había ingresado a estudiar Matemáticas y Física. Millas cuenta que en esos primeros años universitarios, «Parra era el más adelantado del grupo en materia de amores». Hay varias versiones de una ocasión en que Nicanor Parra trató sin éxito de raptar a una de sus enamoradas con ayuda de Luis Oyarzún; según la versión de Millas, la enamorada lo dejó plantado. Parra se defiende: «falso, de falsedad absoluta, todo se debió a las fallas de Oyarzún como organizador de raptos». Fue, dice, una fantasía urdida por el «negro», como le decía a Millas, y que el asunto fracasó porque ella se enfermó (Ehrmann). Millas relata también que él cultivaba «esas leseras de pololeos de barrio, con unos amoríos platónicos en la Plaza Yungay». Pasaba los días suspirando por una niña que nunca conoció. También menciona «un amor muy de seso sorbido en el sur, de forcejeos amorosos que duraron muchos años».

Dos años más tarde, en 1935, tanto Millas como Oyarzún entraron al curso especial para la formación de profesores de Filosofía que se daba en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en hora vespertina. Millas, ya con dieciocho años, se mostraba muy interesado por la metafísica.

Ese mismo año, Millas, Parra y Pedraza crearon la Revista Nueva, cuaderno trimestral de poemas y ensayos que se distribuía en el INBA y que duró apenas dos números. Allí Parra publicó sus primeros trabajos en prosa, entre ellos,

«Gato en el camino» que su autor describe como «realmente, un anticuento». Millas era el editor de la revista y al comienzo no aceptó publicar el cuento-anticuento de Parra.

Carlos Pedraza, quien compartía la dirección de la revista con Millas y que se convertiría en un destacado pintor, ayudó a convencerlo de que publicara el trabajo de Nicanor Parra. Lo ahí acontecido está registrado por Leonidas Morales (1972) en una entrevista al antipoeta; en que cuenta:

—Me largué a escribir… Pedraza era amigo mío y le dije: 'Mira, esto escribí'. Pedraza se lo llevó a Millas, y la primera reacción de este fue decir: 'Formidable'. De la noche a la mañana quedé a la altura de Millas y Pedraza. Formamos un trío. Me invitaron a tomar cerveza y a caminar en la noche cuando tenían salida. Empecé a ver el mundo maravilloso en que se movían estos dos genios. De repente, Millas me hizo un parado. Yo escribí una cosa que es 'Gato en el camino', un cuento, un anticuento, en el año '35. Le digo: esta es mi colaboración para la 'Revista Nueva'. Millas lo lee…

—No, esto no sirve, tú te quieres reír de la revista —me dice.

—Yo ya estaba bastante sinvergüenza, y le dije: qué seriedad, de qué seriedad me hablas, ¿de las filosofías tuyas? Esas son pamplinas, olvídate de tus filosofías —Millas empezó a sentirse cada vez más herido y terminó expulsándome de la revista—; me dijo: «no tan solo no se publica el 'Gato en el Camino', sino que tampoco se publican 'Las Sensaciones'».

—Muy bien —le respondí—, vamos a ver si no se van a publicar.

—Me fui a hablar con Pedraza. ¡Qué te parece! —le dije—, léete este cuento.

—Esto es una maravilla —dijo Pedraza—, vamos a hablar con Millas. Pedraza era muy lento y calmado.

—Oye Millas —le dice Pedraza—, estuve leyendo el cuento de Parra, «Gato en el camino». Es un cuento sensacional, un trabajo macanudo.

—Qué va a ser un trabajo macanudo —le respondió Millas.

—¿Así es que no se publica? —preguntó Pedraza.

—No, no se publica —sentenció Millas.

—Entonces yo retiro mis dibujos, no se publican mis dibujos —le amenazó Pedraza.

—No se publican los dibujos, muy bien —resolvió Millas.

—Nos fuimos e hicimos una alianza indestructible con Pedraza; lo primero que me dijo, fue: «ya es tiempo que te diga cómo son las cosas realmente. Tu eres más poeta que Millas». Yo me sentí en el séptimo cielo. Estábamos en eso cuando apareció un embajador de Millas, Oporto, un inspector mayor que nosotros, estudiante de Castellano.

—Millas ha cambiado de opinión y dice que vuelvan ustedes, que publica los dibujos y el cuento, pero que él no responde de nada —nos informó.

—Muy bien —le decimos—, nosotros respondemos de lo que hacemos. Se publica la revista y en el Internado pasamos a la categoría de tontos, de locos, de genios, de todo un poco. Algunos nos daban crédito, otros no nos daban nada, pero de lo único que se habló fue de eso. Todavía hoy te vas al Internado, te encuentras con gente de la época y si tocas el tema, «ah, claro, 'Gato en el camino', de Parra…».

E

En 1937, Fernando —su único y muy cercano hermano— muere de meningitis. Jorge Millas ya se había transformado en una persona que cuidaba celosamente su vida personal y no expresaba sus sentimientos en público, pero la muerte de Fernando debe haber sido un tremendo golpe para él. Lo demostró seis años después en la dedicatoria de su libro Idea de la Individualidad (1943): «A la memoria de mi hermano Fernando, cuyo corazón ejemplar, para desventura mía y suya, puso a la eternidad su sello perdurable».

En 1938, Millas ingresó a un programa de Licenciatura en Filosofía en la Universidad de Chile creado para alumnos de los últimos años, graduándose en 1943. En la entrevista de revista Ercilla antes citada, recuerda qué estaba pasando en el mundo de la cultura en dicha época:

Entre 1912 y 1942 tiene lugar el surgimiento de una voluntad de cultura

intelectual, de realización de la nacionalidad en el campo de las artes y las letras. Se expresaba de un modo notable, pero siempre significativo, en la novela, la música y aun el trabajo científico y tecnológico. Enrique Molina, y junto a él Pedro León Loyola, más filósofo aunque menos escritor, representan lo mismo en el campo filosófico.

La política también estaba en ebullición y Millas se entregará de lleno a ella, aunque más tarde, minimizara su participación en el ámbito partidista diciendo que había sido dominado por «actitudes cargadas de romanticismo». La Guerra Civil Española ejerció una poderosa influencia en el despertar político de Millas y de sus amigos del INBA. Como escribió Oyarzún (1958), la guerra los obligó a un examen de consciencia y a una toma de posición:

El fascismo en armas destruía de golpe todas las ilusiones amables y mostraba brutalmente la otra cara, la cara sombría de nuestra época deslumbradora… La conciencia que poseíamos de nuestro propio mundo había cambiado y ese cambio tenía que repercutir en cada uno de nuestros gestos y también, por cierto, en nuestras creaciones literarias. Un elemento, desconocido antes, penetraba en nuestro ánimo: el temor de que la cultura humana entera fuese demolida por fuerzas irracionales desatadas en el fondo del inconsciente colectivo… La guerra de España, que después se convertiría en la guerra del mundo, nos hizo vivir concretamente el hecho de la solidaridad humana y nos reveló los deberes civiles que pesan sobre el artista.

Millas y Parra volcaron sus sentimientos sobre la Guerra Civil Española y el fusilamiento del poeta Federico García Lorca en conmovedoras poesías, escritas bajo la influencia de la obra del poeta granadino, que constituyeron las primeras publicaciones de los dos amigos. Es muy probable que el remezón político venido desde afuera influyera en la decisión de Millas de sumarse en esos años al Partido Socialista que, dijo, lo había dejado «contento y realizado», aunque significara descuidar sus estudios.

Fue elegido presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) para el período 1938-1939, en representación de la Brigada Socialista Universitaria, tras derrocar a un candidato comunista. Entre el 16 y 24 de agosto de 1938, viajó a Nueva York al II Congreso Mundial de Juventudes como delegado de la Juventud Socialista, donde presentó un trabajo titulado «Teoría del Pacifismo». Sus dotes de oratoria, afilados en el INBA, fueron puestos a prueba y muy bien usados durante el año en que dirigió la FECH.

Como dirigente estudiantil, Millas fue un orador «fenomenal, un iluminado», opinó Nicanor Parra.

Sin embargo, Millas no quedó con buenos recuerdos de su tiempo como dirigente estudiantil. Más bien, derechamente la experiencia no le gustó, aunque él mismo se dio cuenta de que lograba impresionar a los estudiantes de la universidad más importante del país. «Algo sugestionaba a la gente», dijo. Pero no quedaba satisfecho con comprobar que había cautivado a su auditorio. Sentía que le costaba, que no le salía natural y, tal vez porque era muy exigente consigo mismo, cada vez que hablaba, terminaba triste, descorazonado, se sentía «falsificado» (Ehrmann). Esa sería la única vez que se matricularía en un partido político, aunque nunca dejó de opinar, como independiente, sobre el estado del país y de la sociedad.

E

Poco a poco el niño curioso se transformó en filósofo y en profesor de Filosofía. Sus características personales de buen comunicador, de hombre sencillo, directo, profundo, sabio, amén de apóstol apasionado del diálogo para llegar al saber, le ganaron la simpatía de muchos de los alumnos que tuvo en su larguísima carrera de profesor. Su vida docente se inició a los dieciséis años como ayudante de uno de sus profesores del INBA. Roberta Basic (2005), quien fuera su alumna en el curso de Introducción a la Filosofía en el Instituto Pedagógico de la U. de Chile, describe lo que Millas significó para ella como profesor:

Lo primero que llamó mi atención fue su prudencia, su modestia y su distante materialidad. Éramos muchísimos alumnos y las interacciones eran pocas; él entraba con su modestia habitual y desarrollaba sus clases con una erudición que me aturdía. Luego del saludo y focalizar el tema de la clase nos comunicaba calmadamente su conocimiento. La lógica en el desarrollo del concepto o de la idea era nítida, parecía obvia y emanaba como consecuencia natural del orden en que don Jorge compartía con los alumnos su sabiduría. Uno se sentía transportado por ese carril y la propiedad del conocimiento en sí. Yo lograba centrarme en su materia y él no era el centro, él actuaba como transmisor e infundía certeza, claridad y fascinación por este saber.

Lo que más impresionaba a Basic era «su capacidad de respetar y hacer sentir al otro persona. ¿Cómo era posible que pusiese nombre a cada uno de nosotros, los que estábamos en una sala que parecía anónima y multitudinaria?».

Giannini, quien fuera su alumno a partir del año 1953 en tres cursos sucesivos, recuerda que en el segundo año, en el curso de Teoría del Conocimiento, eran nueve alumnos:

Cada uno llegaba con su copia mimeografiada de «La estética trascendental» de la Crítica de la Razón Pura, de Kant, y nos turnábamos para ir leyendo en voz alta y sorteando las dificultades del texto. El maestro escuchaba cada intervención e iba proponiendo soluciones que siempre nos parecían luminosas. Una clase relajada, profundamente relajada y participativa.

El profesor de Filosofía Edison Otero, quien en 1966 fue alumno de Millas en el Instituto Pedagógico, en el curso de Historia de la Filosofía Moderna, tiene un recuerdo totalmente opuesto: «Era un latero. Llegaba con unos apuntes que tenía en una libretita con hoyos y los leía sentado. Uno tomaba notas...».[8]

Cuando le conté a Squella lo que me dijo Otero sobre las dotes profesorales de Millas, dice que puede entender que les haya resultado monótono a sus alumnos de pregrado y, en particular, a los que tomaron cursos con él en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, que estaban acostumbrados a ser deslumbrados por el histrionismo de los grandes profesores de Derecho.

Millas no sería histriónico, pero sí, como vimos más arriba, lograba atrapar el interés de sus alumnos. El también filósofo Juan Enrique Serra —quien tomó los cursos de Millas de Teoría del Conocimiento, Filosofía Moderna y Filosofía Contemporánea— cuenta cómo se imponía a su auditorio no por su presencia, sino por la forma en que daba sus clases. «Entraba a sala, deslizándose imperceptiblemente por el resquicio del umbral de la puerta... y producía la sensación de ocupar poco lugar, pero cuando empezaba la clase desde el pupitre, con su voz invadía toda la sala». Traía los apuntes de clase en los bolsillos, que manuscribía al reverso de hojas impresas que nunca reveló de donde obtenía en tal profusión. Los apuntes estaban meticulosamente organizados y en ellos «lucía, desde luego, la cultivada y cautivante belleza de su forma estilística…».

Ser profesor y transmitir sus ideas a los jóvenes era su verdadera vocación; consideraba que sus textos tanto en libros como en artículos, eran manuales de introducción a las materias que trataban. Reflexiona Smith: «En todo su trabajo está su esfuerzo pedagógico. Para él su rol en la formación de los alumnos —era un filósofo clásico— fue enseñarles a pensar».

El Poeta Apasionado

Corría 1937. Jorge Millas recién había cumplido veinte años. En el INBA había sido un alumno precoz, con su corazón dividido entre la filosofía y la poesía. Pero quien más tarde se haría un nombre como uno de los mejores filósofos del siglo XX saldría a la luz pública primero como poeta, cuando en dicho año publicó su primer libro, Homenaje poético al pueblo español.

Nuestro filósofo se había interesado en la poesía cuando cursaba sus estudios secundarios en el INBA. En esa época admiraba mucho a Pablo de Rokha y pasaba largas horas leyendo al poeta francés Paul Valery. Además, leía la poesía en español que estaba de moda, en especial al español Luis Cernuda y al cubano Nicolás Guillén. «Se esforzaba mucho y trasnochaba, puliendo versos con gran pasión», cuenta Ehrmann.

Buen alumno desde chico, se imbuyó de la disciplina y formas de expresión de los poetas de lengua hispana y les sacó lustre. Su primer libro de poemas muestra a un Millas inmerso en el acontecimiento que inspiraba y preocupaba a muchos jóvenes de la época: la Guerra Civil Española. Este sangriento episodio fue representado por ambos bandos como una lucha entre la civilización y la barbarie, entre el fascismo y la democracia, en la que la democracia representaba la cultura y la civilización. La guerra civil en la Madre Patria se convirtió casi en un tema de rigor para los poetas. Nicolás Guillén publicó un libro entero inspirado en la contienda; la imprenta del Comisariado del Frente del Este del bando republicano, publicó en 1938 poemas de Pablo Neruda y de César Vallejo sobre España.

El asesinato del escritor Federico García Lorca en Granada en 1936 causó revuelo en la juventud intelectual mundial, y aún más, entre la de América Latina. No es raro entonces que las poesías de ese primer libro de Millas mostraran su apasionamiento por lo que sucedía en España, especialmente en el bando republicano. Tampoco es raro que en el mismo año en que se publicó el libro de Millas, Nicanor Parra también se inaugurara en la poesía impresa con Cancionero sin Nombre (1937), algunos de cuyos poemas tienen la indudable impronta de García Lorca:

La niña viene de blanco,/ porque viene de la escuela,/ cuaderno lleno de trébol,/ estuche lleno de abejas./ De la escuela de la aldea,/ la niña viene de vuelta./

Sobre su pelo brillante/ mojado el cielo despierta/ bajo el corpiño se trae/ robada una luna fresca./ ¡Qué alegre viene la niña/ porque viene de la escuela!

Parra dedica el libro a sus amigos Jorge Millas, Victoriano Vicario, Luis Oyarzún, Omar Cerda, Jorge Cáceres y Carlos Pedraza. «Según mi modo de ver [los cuatro primeros] eran ya unos poetas perfectamente vertebrados», dice Parra.

Los poemas de Millas de Homenaje poético al pueblo español también tienen ese tono elegíaco y romántico característico de los poetas de esa época. Publicado por Ediciones Revista Nueva, el poemario abre con un dibujo de Carlos Pedraza de una mano mutilada y una serie de figuras que lanzan al aire cuatro versos del poema «Réplica de Almería»:

¡destruíd! podéis venir a destruirlo todo/ aquí están nuestras manos y sus tallos/ aquí la voz y la esperanza/ y la raíz del hombre siempre húmeda de lágrimas.

Los seis poemas —el libro tiene solo veinte páginas— muestran a un Millas doliente y conmovido por la contienda entre hermanos. Leídos hoy, podrían parecer exagerados y cándidos, pero reflejaban de manera cierta el apasionamiento y conmoción que produjo el conflicto entre los contemporáneos. También muchos se sintieron personalmente involucrados en lo que estaba sucediendo en España y no cabe duda que Millas y sus amigos sintieron la necesidad de avivar al bando republicano y a los combatientes civiles, y los miraron con un idealismo que hoy puede sonar exagerado. El poema de Millas sobre el pueblo español y sus soldados dice así:

Pueblo,/ dulce pueblo de sangre encendida, y encendido en la tierra y en espacios de trigo…/ aquí estamos y allá/ aquí nos cerca el aire nuestro/ pero cantan allá nuestros pulmones/ y os prestan fina lluvia nuestros dientes…

Otros poemas del libro tratan sobre Franco («en torno a ti se ha hecho, General, el silencio»), sobre el bombardeo de la población civil de Almería por barcos alemanes y sobre García Lorca. El libro cierra con un largo poema en tres tiempos titulado «Tríptico al soldado que murió por España». Uno de los dos poemas sobre García Lorca, ambos escritos en verso libre, se titula «Viento de luto a Federico García Lorca» y está estructurado en torno al verso-estribillo «Y ahora estás solo con las manos moradas»:

Y ahora estás solo con las manos moradas

sin embargo tu cuerpo flamea más allá de la muerte

y nos hacen tus pasos inmensas señas largas

y tu efigie allá arriba en la catedral de la sangre

es como el agua vasta

a donde el pueblo marcha con el puño adelante

a cubrirte la boca con su sombra doblada.

El segundo poema, «Memoria romance a Federico García Lorca», saca a relucir personajes que habitan la poesía del granadino como los gitanos, las mujeres (incluso aparece una casada infiel), caballo y jinete, así como también los adjetivos coloridos y descriptivos, típicos de la obra García Lorquiana:

Ay, tu barco, marinero,

ay, tu niño, madre anciana,

ay, tu pata, garza triste,

ay, tu olor a sal, gitana,

ay tu caballo ligero,

jinete del Guadarrama;

así tu voz se moría

dando vuelta trompos de agua…

y entre incierta luz morada movía el tiempo su enagua;

y así venía tu muerte

y por la lluvia de España entre fusiles de frío

y humedad de fiebre helada, entre el luto del espanto

y las hembras solitarias,

cabalgan dos mensajeros

buscando tu muerta mano,

para llevarla hasta donde

cuidando a la infiel casada

te aguardan los tres gitanos

las diez dormidas señoras

y los jinetes del alba.

Los académicos españoles Matías Barchino Pérez y Niall Binns (2011), opinan que este poema no es muy logrado en lo formal, porque Millas se enreda en las rimas, y en lo temático, porque reproduce miméticamente «los tópicos lorquianos de rigor». Si este poema específico puede no estar a la altura, el poemario completo en el que está incluido fue recibido calurosamente en su tiempo; aún es apreciado por algunos al día de hoy. El poeta chileno Jaime Quezada (2004), de la llamada generación literaria de 1960, lo califica de «sorprendente», nada de primerizo a pesar de la edad de su autor, dotado de claridad y objetividad, sin abstracciones ni vaguedades líricas.

Homenaje poético al pueblo español fue reseñado con elogios en El Mono Azul,[9] *la revista que publicaba el bando republicano durante la Guerra Civil Española bajo el auspicio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. En la revista colaboraron los más destacados intelectuales del período. Le añadía peso el hecho de que fuera dirigida por el famoso poeta español Rafael Alberti (junto con María Teresa León).*

Millas debe haber saboreado la reseña que lo compara nada menos que con Pablo Neruda, por la intensidad de los sentimientos que proyecta hacia lo que pasa en España. Dice en parte: «[Millas] sigue los pasos de Pablo [Neruda], se emociona, increpa, aprieta los puños de ira al compás de esa conversación que nosotros presentimos llena de España, saturada de simpatía, donde nuestros héroes se universalizan, donde nuestra patria se hace patria de todos los antifascistas del mundo».

Que en la revista dirigida por uno de los más insignes poetas españoles, se comparara la intensidad de los sentimientos de Millas sobre los acontecimientos en España con los expresados por Neruda, fue un espaldarazo fenomenal para el futuro filósofo, invitándonos a reflexionar sobre el extraordinario vuelco que dio Millas a lo largo de su vida, desde un joven expresivo que ponía sus sentimientos en conmovidos poemas, al ser introvertido, cerebral y más bien distante, al filósofo irremediable en el que se transformaría más tarde.

Gabriela Mistral, la primera Premio Nobel de Literatura de Chile, leyó y apreció el trabajo poético de Millas según consta en una carta de Millas enviada a la poeta y encontrada en su correspondencia: «Salía usted de su Hotel [en Guayaquil], cuando yo llegaba a verle; había leído usted poco antes un breve opúsculo mío, Homenaje poético al pueblo español; le escuché decir algunas bellas alentadoras cosas».

En años recientes, los críticos también han encontrado méritos en el primer libro de poesía de Millas. Smith, por ejemplo, se sorprende de la seguridad y originalidad de «Poema al Pueblo Español»:

Todo camina ante vosotros

y por vosotros todas las cosas vuelan:

el campo es un grito lleno de minerales

y camina;

la casa es una mano en que los niños beben y camina;

el camino es la sangre llena de hombres

y camina;

los árboles son los muertos camaradas que se asoman

y caminan;

vuestro corazón y el nuestro son el ruiseñor de los libres

y camino.

Smith[10] encuentra que las imágenes de este poema son dinámicas gracias a «la tersura del lenguaje: no se requiere un solo adjetivo, ni un solo adverbio, para que todo se mueva, es decir, esté vivo. El campo es un grito, la casa es una mano, el camino es la sangre, los árboles son muertos, y al final de la estrofa, los corazones son pájaros. El orden de las palabras es inmejorable».

Un libro reciente sobre los intelectuales en la Guerra Civil Española también contiene elogios a Homenaje poético al pueblo español. Aunque reconoce que Millas sigue «buena parte de los usos retóricos de la época», le atribuye a los versos «un indudable mérito poético,» en el que domina en todo momento «el tono clásico, sosegado y reflexivo a pesar de los temas tratados y la emoción contenida y nunca vociferante que da una densidad casi filosófica a sus versos» (Barchino y Reyes 2013).

E

El segundo libro de poemas de Millas (1939 b), Los Trabajos y los Días, no desmerece en un ápice su primera entrega. En este libro, el autor hace sus primeros guiños en letra de imprenta a la filosofía, su quehacer definitivo, en poemas que tratan temas como el tiempo, el espacio y la eternidad. Como ejemplo van dos poemas de este libro:

El primero, «Los trabajos y los días»:

Tiempo en el tiempo, cauce prolongado/ que del sollozo viene a la alegría,/ instante puro que en el lirio muerde, fuego/ sobre la azul materia del día contemplado/ desde este pensamiento que eternamente pasa/ como la nieve pronto es río…

Y el segundo, «Canto de amor»:

En esta noche pura, callada, en que te nombro/ mi corazón sin mar es una playa/ para el tiempo infinito de un sollozo.

Por este libro «impregnado de alusiones filosóficas», como lo describió Nicanor Parra, el antipoeta emparenta a Millas con el poeta chileno Humberto Díaz Casanueva, cuyos textos tienen mucho de místico y de metafísica. Pero la dosis de filosofía en los poemas de Millas no convence a todos. En un artículo del 14 de enero de 1940 en el desaparecido Diario Ilustrado, Carlos René Correa objeta

que los poemas de Los Trabajos y los Días, estén «saturados de filosofía» y que caigan repetidamente «en un cerebralismo que desvirtúa la emoción cordial y suele convertir el canto en mero instrumento de raciocinio».

Para Correa, el primer poema que da el nombre al libro confirma que el verso de Millas reside en «las altas e imponderables esferas del pensamiento». El poema dice así:

Por la infinita piedra que el tiempo nos procura

mi valor al reposo de la salud declina;

y una rosa que surge de la sangre cautiva

entre mallas seguras que la razón no vence,

¡fuerza tendida, fija, serena fortaleza

para el asombro, cauce del canto,

impulso vivo que al fuego precipita

el inmortal derrumbe de la nieve caída!

Correa encuentra, eso sí, que en «Canto en el Mar», su poema favorito de este libro, Millas se aleja de su cerebralismo, «logra romper el límite de la nieve y se torna más cordial… más puro y emotivo…»:

Para que un día venga tu dominio

y en mí sea la dicha de la muerte

tendido sobre el campo de tus olas

he de nombrarte, mar, cantando siempre.

El título Los Trabajos y los Días es un homenaje al poema homónimo del poeta Hesíodo, de unos 828 versos escritos alrededor del año 700 a.C. que giran en torno a la dignidad del trabajo. Si Hesíodo ensalza el trabajo del campo y da consejos a los navegantes, Millas escribe sobre pastores y marinos que «conocen la simplicidad del ser que todo lo contiene, latente en la tierra y en la mar» y

que, idealiza Millas, tienen experiencias puras, libres y dichosas.

Este segundo libro de Millas contiene diez poemas; para muestra, esta breve selección:

«Canto a la Alegría»:

Desde esta cima del tranquilo día/ que apacienta mi flauta prolongada/ sobre la mar como perfecta estrella/ viva en el centro de mi soledad.

«Poema del ser»:

Ya no presencio el tiempo, lo contengo/ como brillante escama de esmeraldas.

Y «Rosa en el Alba»:

Del ramo de sus aguas desprendida/ por el celeste paso del cuchillo/ cae la rosa como un sueño tibio/ como tiempo del tiempo que agoniza […]. Cae del alba y el agua la atestigua/ bajo su malla de milagro incierto,/ y la sombra final que se disipa/ para su muerte deja un vaso abierto.

Millas dedicó otro de los poemas de este libro, «Canto a la Estrella del Amanecer», a Carlos Pedraza y Hermann Niemeyer, «en testimonio del matinal suceso que ambos compartimos», que, según se deduce del poema, los hizo pensar en la vastedad del universo de la que el hombre no se puede evadir:

Diamante de extremado sueño, obstinada estrella/ oh planetario límite del ojo,/ ¿dónde tocar que no haya esta impalpable materia que volátil nos circunda?

Quezada dice que esta es poesía «escrita en el sosiego del sentir y del pensar: serena, tranquila, contemplativa, íntima, reflexiva [...] con una 'cuidadosa formalidad estrófica', lo que le da unidad y evidenciaría el afán de Millas de 'sentir y vivir la poesía'».

«Viento de luto a Federico García Lorca», «Memoria romance a Federico García» y otros poemas de Millas, fueron incluidos en la antología Ocho Poetas Chilenos, selección de Tomás Lago publicada en 1939. La antología es un cuaderno de menos de cien páginas, modestamente impreso, incluido en la revista SECH de la Sociedad de Escritores de Chile. En esa antología, los poemas de Millas se codearon con los de Luis Oyarzún, Omar Cerda, Victoriano

Vicario, Oscar Castro y Nicanor Parra.

El crítico Alone destaca en un artículo en El Mercurio, el poema «Pastor y Marino», también incluido en esta antología que, dice, «da la sorpresa de estrofas que, exteriormente, por la envoltura, hacen recordar a Garcilaso»:

Marino: Oigo pastor tu voz que apresurada

como un viaje nocturno se me entrega.

Pastor: Tu palabra, marino camarada

en el alba celeste ya me llega.

Marino: Levanto mi cabeza coronada

por encima del niño que contemplo

y diviso tu surco de silencio…

¿Es ya el alba celeste?

Concluye Alone: «desde ahora, la generación de Huidobro y Ángel Cruchaga, de Pablo de Rokha y Pablo Neruda, ya no será la última, ya que esa generación [la de Millas, conocida como Generación del '37] pasará de ser de los revolucionarios de ayer a la categoría de autores clásicos».

Poesía Nueva de Chile compilada por Víctor Castro, también contiene poemas de Millas, incluido uno dedicado a Gabriela Mistral titulado «Mar, soledad, eternidad». Castro (1953) destaca «la ordenación conveniente, la medida cauta del quehacer poético, la revelación de un hábil conocedor de sus símbolos y materiales, y de un Millas estableciendo en sus cantos experiencias arduas, lanzadas mediante lenguaje austero, provisto de un brillo y de una rigurosidad formal».

Finalmente, el poeta Pablo de Rokha incluye poemas de Millas en su antología Cuarenta y un poetas jóvenes de Chile (1910-1942) (1943). El último poema conocido de Millas es «La Canción de Harlem» publicada en 1939 en el diario La Nación de Santiago. Pienso que por su contenido, el poema debe referirse a los disturbios raciales que sacudieron a Harlem, Nueva York, en 1935, un barrio

de mayoría afroamericana. El conflicto de ese año terminó con más de trescientos heridos, vandalismo, robo y destrucción de propiedad:

¡Ah Harlem!, tu corona de ríos, cuánta sombra,

Tu corazón de piedra, cuánta ronda.

Yo vi, Harlem, tu lágrima escondida

Bajo tus ruinas de olvidadas cosas

Y tus pobres ofrendas decaídas

Y tus rosas.

Yo vi correr tus hombres aterrados

De aquel vivir sin tallo de paloma.

Yo vi tus limpios ojos derramados

Sobre lozas.

Sentí avanzar tu sangre imaginada

De dormido soñar por todas partes

Tu sangre terrible arrodillada

Como un ángel.

¡Ah Harlem!, tu corona de ríos, cuánta sombra,

Tu corazón de piedra, cuanta ronda.

E

Pero hasta ahí llegó Millas, el poeta, que decidió luego dedicarse exclusivamente a la filosofía. En la entrevista con Calderón, en revista Ercilla, explicó su relación con la poesía:

Quizás la poesía solo fue para mí un ensayo exploratorio de mis posibles relaciones con el mundo. Eso explica la ambivalente vigilia filosófica y poética que dominó mi adolescencia, hasta pasados los veinte años. Que esa vigilia no haya sido plácida, sino tensa y desgarrada, se explica de igual modo. El intento de ser lo que no se puede —en el sentido de no realizar el hombre el ideal de plenitud que se ha propuesto para expresar su experiencia del mundo— se paga al precio de un afán penoso y frustrante. Yo viví intensamente ese afán como poeta, pero pude sobreponerme a él sin esfuerzo y con sosiego, invadido por ese placer progresivo que sigue a la lenta extinción de una dolencia.

No hubo decisión alguna de mi parte —por tanto, ni cobardía ni heroísmo— para dejar la poesía. De pronto me encontré aplicado de lleno a lo que siempre me absorbiera —el afán filosófico— y desatento a lo que también me había consumido siempre: el desvelo poético. No fui, pues, yo quien dejó la poesía: ella me dejó a mí. Es probable que todo se deba a Nicanor Parra, con quien compartí mi adolescencia. ¿Cómo podría la poesía haberse quedado conmigo, si él había empezado a cortejarla?

Smith (1995), en su artículo «Volver a Millas» publicado en la revista Talón de Aquiles, conjetura que podría haber abandonado la poesía por la filosofía, porque esta última no le permitía cumplir su designio ético de «poder conocer y luego hablar en la forma objetiva que no creyó posible, ni siquiera deseable, en la poesía».

En varias ocasiones Millas explicaría lo que él consideraba eran las diferencias entre filosofía y poesía. La filosofía sería «lo pensado» y la poesía, «lo vivido». «El poeta habla de lo universal con imágenes concretas de cosas que existen». Dice en su libro Idea de la Filosofía (1970), Tomo I: «No quiere el poeta ni definiciones ni explicaciones: su humilde e insuperable menester es nombrar sabiamente las cosas». Si la poesía y la filosofía coexisten es «precisamente por su diferencia», porque son distintas, añade.

Smith me cuenta que en su edad madura, Millas mostraba pudor por sus intentos poéticos. Dice que si escribió nuevos poemas a lo largo de su vida, nunca se los mostró a nadie porque, «perfeccionista como era, debe haber considerado que no eran suficientemente buenos. No le gustaba que le tocaran el tema».

Irremediablemente filósofo

En 1943, después de cinco años de estudio, Millas obtuvo la licenciatura en Filosofía en la Universidad de Chile. A renglón seguido partió a los Estados Unidos con una beca del Instituto Internacional de Educación para hacer un Master of Arts en Psicología en la State University de Iowa, título que obtuvo en 1945. Obtener este Master era importante para Millas, ya que muchos de los miembros fundadores de la Sociedad Chilena de Filosofía eran psicólogos. «Quise poner un lastre en ese globo que me llevaba a la estratósfera…», comentó sobre el hecho de haber estudiado Psicología (Ehrmann). Durante su estadía realizó también estudios en la New School for Social Research y consiguió una Beca Guggenheim de tres años, tiempo que desafortunadamente no fue suficiente para completar el doctorado en Filosofía que había iniciado.

Millas partió al país del norte con veintiséis años, recién casado con Silvia Germana Aburto, apodada Manén, a la que conoció en el trabajo de ella, cerca del INBA. Manén era de origen humilde, le faltaba cultura; Millas se dio a la tarea de 'pulirla' y lo consiguió. Sus amigos no tardaron en comparar la relación entre ambos con la del profesor Higgins con Eliza Doolittle en «Pigmalion», la pieza teatral de Bernard Shaw trasladada al cine como «My Fair Lady» (Mi Bella Dama) con Audrey Hepburn como Eliza.

En Estados Unidos, Millas conoció al filósofo de la educación John Dewey, quien lo entusiasmó con el empirismo —doctrina filosófica que postula que todo conocimiento que posee o adquiere el hombre se obtiene a partir de la experiencia interna o externa— y, dentro del empirismo, con el pragmatismo, esta última, teoría a la que Dewey realizó importantes contribuciones. Tal, consiste en que el criterio de verdad depende de la eficacia y valor del pensamiento para la vida; se opone, por lo tanto, a la corriente de pensamiento que sostiene que los conceptos humanos representan el significado real de las cosas. Las ideas, para el pragmatismo, son provisorias, expuestas a ser modificadas o desechadas si en investigaciones futuras aparecen argumentos poderosos que difieren de los propios.

En 1946, Millas regresó a Chile por unos pocos meses y partió nuevamente al exterior, esta vez a Puerto Rico, con un contrato de profesor visitante en la Universidad de San Juan de Puerto Rico. Estableció su residencia en el campus Río Piedras, varios bloques de departamentos que la Universidad asignaba a sus

profesores. José Echeverría Yáñez (Pepe), antiguo amigo de Millas y también filósofo, vivía allí desde hace un tiempo y lo ayudó a instalarse y ubicarse.

En el campus se hizo amigo del licenciado Jaime Benítez, rector de la Universidad en esa época, quien lo invitó a participar en la reestructuración administrativa y académica de la institución. Además, dirigió ahí los cursos básicos del programa de Estudios Generales que debían cursar todos los alumnos, además de dictar algunas asignaturas y redactar material de estudio. El objetivo era que los profesores que ahí formaran fueran hombres y mujeres humanistas que conocieran en su «espíritu» las grandes líneas del desarrollo de la cultura occidental, y contribuyeran, en palabras de Millas (1960), «al cultivo integral de la personalidad intelectual y afectiva del hombre, que cada vez se hace más ineludible a la educación contemporánea».

Esta experiencia docente lo ayudaría más tarde a desarrollar sus ideas sobre la misión de la universidad, que expuso con mucha pasión durante la reforma universitaria de los años sesenta primero, y más tarde, durante la intervención militar de las universidades por la dictadura de Pinochet. En 1947 Millas partió a la Universidad de Columbia en Nueva York, donde había sido invitado a ser profesor visitante de Filosofía. Durante ese año trabajó en un nuevo libro, Goethe y el espíritu de Fausto, que se publicó en Puerto Rico en 1949. Es bien significativo, dado el camino filosófico que tomaría más adelante, que en ese ensayo comentara que Platón, Dante, Descartes y Goethe, son «portadores del ímpetu creador que nos convierte en hombres», que «hay algo que pasando por ellos a nosotros se transmite [...] en cada uno de ellos».

Qué es exactamente lo que está pasando a través de estos pensadores, Millas no lo tiene claro, pero lo percibe como «una misteriosa corriente de la vida humana» que se asemeja a la energía en las resistencias de un circuito. Su angustia existencial, que trataba de calmar filosofando, también se asemeja a la vida de Fausto que tiene «una sed insaciable, dolorosa, un eterno buscar», dice Rosa Vélez de Valencia (1952), una profesora portorriqueña quien usó las ideas del libro de Millas para analizar el Fausto de Goethe. Cuando Fausto toma conciencia de que «nada podemos saber» y se ve a sí mismo como un gusano que escarba el polvo, recurre a la magia. «La razón y la experiencia se presentan aquí como métodos inadecuados para conocer todo lo que Fausto desea conocer», agrega Vélez. Casi al borde de la muerte, Fausto llama a sus servidores para que caven un foso donde desaguar aguas pestilentes. Este pasaje ha sido interpretado como que su vida ha sido puesta al servicio de los demás,

«en especial al servicio de producir hombres libres en pueblos libres».

Esta definición de Fausto sobre la misión de la vida es similar a la que Millas siempre subrayó y puso en práctica: «[que] una filosofía que no está animada por una verdadera pasión frente al destino del hombre no es en propiedad verdadera filosofía» (1943). En la segunda parte de Goethe y el Espíritu de Fausto, que se concentra en los problemas del conocimiento, Goethe aparece apenas mencionado.

En 1950 Millas no renovó su contrato con la Universidad de San Juan de Puerto Rico, entre otras cosas porque su situación en ese país se había tornado insostenible. Además de las dificultades con sus colegas en la Universidad, la prensa portorriqueña lo acusó de marxista, aunque por entonces Millas había dejado hace tiempo el Partido Socialista de Chile (Vera, nota 5). Millas regresó entonces a nuestro país en forma definitiva en 1951, pero sin Mané; ella se quedó en Estados Unidos, país donde había conseguido residencia y trabajo. No tuvieron hijos.

No deja de ser irónico que habiendo pertenecido al Partido Socialista, haber sido presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile por ese partido y haber sido señalado con el dedo en Puerto Rico por esa razón, cuando regresó definitivamente a Chile fuera tildado de derechista y repudiado por sus antiguos camaradas socialistas.

Una vez en el país, la U. de Chile lo contrató como profesor del Departamento de Filosofía del Instituto Pedagógico, ubicado en la calle Pedro Alessandri, mejor conocida como Macul. La Facultad de Filosofía y Educación a la que pertenecía el departamento donde Millas enseñó, contaba con varias unidades ubicadas en edificios de tres pisos, de ladrillo a la vista y cubiertos de enredaderas. Allí Millas impartió las cátedras de Filosofía del Conocimiento, Historia de la Filosofía Moderna e Historia de la Filosofía Contemporánea. Entre 1952 y 1955 fue director del Departamento de Filosofía, orientado a formar profesores de Filosofía para la educación secundaria y a realizar estudios académicos.

E

En los inicios de su formación filosófica, Millas fue influido fuertemente por el español José Ortega y Gasset, quien, dijo, le transmitió una «suerte de beatitud,

de serenidad intelectual y de equilibrio espiritual». Millas pensaba con Ortega que la inteligencia es la gran liberadora del hombre, con poder para ponerle en posesión de sí mismo y de las cosas. También le atrajo el enfoque del filósofo español sobre la «conciencia de los deberes y derechos de la inteligencia».

La adhesión de Millas a las ideas de Gasset se refleja en el hecho de que en 1937 publicara Carta a Ortega y Gasset —donde le dice: «Hago de usted el sendero hacia el país de mi ser esencial»— y también en otro de sus trabajos, «Ortega y la responsabilidad de la inteligencia» (1956). Este último artículo toca muchos de los temas que le apasionarán toda su vida, tales como las ideologías y la relación entre el pensar y el hacer.

En «Ortega y la responsabilidad de la inteligencia», Millas examina la figura de Ortega y Gasset desde el punto de vista de las relaciones con su tiempo y ensalza a la filosofía como la única disciplina que puede comprender la esencia de la vida contemporánea. Mientras la inteligencia apenas roza la superficie de la realidad, la filosofía mira a las cosas en su totalidad, lo que es esencial porque «la vida humana no es ni política, ni sociología, ni moral, ni economía, sino que todo eso junto y lo que resulta en su conjunción». Asimismo, señala que la obra intelectual de Ortega está impregnada por la idea de que la inteligencia humana es un privilegio, pero también un deber, y «es, además, un imperativo ético: el imperativo de ser insobornable, de disponerse el hombre a ver con claridad las cosas, detenerse en su verdad y obrar en consecuencia». Estas ideas resonaron a través de toda la obra de Millas, así como la noción de Ortega acerca de la actividad intelectual como un acto de servicio. El interés de Millas de ayudar a los seres humanos a realizarse mejor se expresa en temas que abordó tales como la paz entre los pueblos, la violencia, la función de las universidades, la democracia, los derechos humanos, la educación, así como de la naturaleza de la sociedad y de las personas que la componen.

En una segunda etapa influyen en Millas el español Miguel de Unamuno y el francés Henri Bergson, a quien consideraba un escritor maravilloso. Bergson lo introdujo a la metafísica y le proporcionó un método de investigación y una problemática filosófica. También le ayudó, dijo Millas, a contrapesar su propio sesgo racionalista. Tomó de Bergson la idea de que hay que obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción. Este principio, según Smith, «era casi un imperativo moral, al que se remitía permanentemente». En una tercera etapa es Husserl quien influye decididamente en Millas, especialmente en su obra Idea de la Individualidad.

E

Millas publicó sus dos primeros trabajos filosóficos en Revista Nueva, fundada por él y algunos amigos del INBA: «Soledad humana y expresión estética» (1935) y «La individualidad y el sentimiento de la vida» (1936). Con estos trabajos y a la temprana edad de dieciséis años, instaló uno de sus temas favoritos: la responsabilidad ética y social de ser un individuo. A su modo de ver «poner al hombre frente a su propia responsabilidad es la efectiva contribución de la filosofía, tanto al conocimiento del hombre como a la acción destinada a mejorar su suerte». Para él, las ideas no interesan como abstracciones, sino que deben contribuir a salvaguardar y promover el mejor sentido de la vida humana, por lo que contraponer al espíritu práctico frente al teórico «es un puro malentendido» (1970).

La idea de que el hombre toma conciencia de su situación y después actúa, es lo que Millas llamó el «espíritu concreto». Le dio ese nombre para diferenciarlo de lo que comúnmente se entiende por espíritu, es decir, como sinónimo de alma, un concepto religioso referido a la dimensión inmaterial del hombre. Resumió el nuevo concepto acuñado por él en su citada frase: «La práctica es solo la teoría en acción». Se impuso a sí mismo la obligación de actuar a partir de las ideas. Le explicó a un grupo de alumnos de la UACh que gran parte de lo que había escrito se centraba en «pensar la peligrosa experiencia humana de vivir en sociedad y de recomendar algunas precauciones» contra visiones idealizadas de conceptos tales como «hambre de justicia, sed de infinito y amor a la patria».[11]

Su interés en influir sobre los asuntos públicos se manifestó cuando, recién cumplidos los veinte años, publicó «Teoría del Pacifismo» (1939 a), escrito que incorpora ideas que presentó en 1938 en el II Congreso de la Juventud para la Defensa de la Paz, celebrado en Nueva York un año antes. En este artículo el autor sostiene que la raíz de una guerra no es tanto una determinada controversia, sino más bien una cierta forma de resolver las controversias. Dice Millas: «Hay guerras porque a los conflictos suscitados no se les dio otra solución que la guerra»; «las guerras son posibles porque hay ciertos hábitos mentales y ciertos impulsos éticos que las consagran como un valor»; «cuando se suscita un conflicto entre países o razas, todos piensan en la guerra como solución posible».

Su percepción sobre qué llevaba a los países a sumirse en conflictos sangrientos, lo condujo a ofrecer un camino de salida a las contiendas armadas: el

establecimiento de una nueva ética social que llevaría, en algún momento, a reemplazar los hábitos bélicos por otros hábitos «capaces de satisfacer y superar la dinámica histórica que, con el supuesto de las guerras, han podido hasta ahora mantenerse» (1939 a). Este escrito demostraría que la «precocidad intelectual de Millas queda manifiesta a lo largo de una exposición que resulta notable en su estilo y rigor» (Figueroa 2011 a). Es también un preludio de su afán de relacionar el saber con lo que «el ser humano tiene derecho a aspirar (ética)» (Giannini). No por nada Squella sostiene que Millas hizo una gran contribución a la ética como rama de la filosofía.

E

Millas fue filósofo de alma. Para él, filosofar no fue una profesión o una simple actividad profesional, sino que un impulso que nacía de lo más íntimo de su ser, de su actitud de asombrarse ante lo que sucede en el mundo, ante lo que le pasa a las personas y que refleja su honda necesidad de darle sentido a su vida contribuyendo a crear hombres y mundos mejores. Hizo todo lo anterior tan a cabalidad y con tanta pasión que Squella lo considera uno de los filósofos chilenos «más profundos, originales y productivos del siglo XX [...]; que intentó un pensamiento y una obra propia y que fue, hasta cierto punto, un creador dentro de la filosofía [...] también que poseyó, y en alto grado, esas virtudes que, desde antiguo, se atribuyen a quienes dedican su vida al particular oficio del pensamiento: amor a la sabiduría, respeto por la verdad, paciencia y cautela en la búsqueda de esta, humildad en su posesión, tolerancia en la defensa y confrontación de los puntos de vista; pero, conjuntamente, nobleza y valentía en la mantención de los principios que deben orientar todo trabajo intelectual».[12]

Frecuentemente citada es la definición que Millas hizo de sí mismo, «irremediablemente filósofo»:

Sin humildad y sin soberbia [digo] que yo soy filósofo irremediablemente, aunque me gustaría remediarlo. Desde que a los diecinueve años publiqué mi primer ensayo «Soledad humana y expresión estética», y aún mucho antes, desde que llené secretamente un cuaderno de notas, que aún conservo, con grandilocuentes apostillas al Zarathustra de Nietzsche, demostré una natural tendencia a buscar la quinta pata de los cuadrúpedos, es decir a filosofar.[13]

La filosofía lo atrapó de tal manera que llegó a compararse con un «tahúr que no puede sustraerse al placer del juego peligroso». Filosofar era un juego

arriesgado, explicó, porque se trataba de «atreverse a pensar con riesgos, en dialéctico movimiento de avance y retroceso». Era el ejercicio de pensar la realidad de la experiencia de las cosas en el aquí y el ahora. El filósofo se empeña en ejercitar el pensamiento hasta donde logre fundamentar lo que está pensando y pueda comprenderlo coherentemente, realizando «sutiles operaciones de comparación, asociación, integración», frente a preguntas como, ¿por qué hacer esto y no aquello?, ¿por qué hacerlo así y no de otro modo?, ¿es esta la mejor acción posible?» (1970). O también, como entendía a la filosofía, «es la experiencia intelectual de pensar no 'en' el límite, sino 'hacia' el límite».[14]

En su libro Idea de la Filosofía: El Conocimiento (1970), producto en parte de sus apuntes de clases, sostiene que la filosofía organiza todas las experiencias. Cada experiencia «es apenas un punto de contacto con un cuerpo infinitamente vasto de realidad no accesible aquí y ahora […]. Al resultado del tal esfuerzo lo llamamos un poco vagamente 'concepción del mundo': se trata, en verdad, de la integración racional de la experiencia». Piensa que las personas comunes y corrientes somos capaces de entender solamente una parte de la realidad; solo el pensador tiene la tarea de conocer la totalidad de las cosas. Para graficar lo que entiende por «totalidad de las cosas», Millas nos remite al ejemplo de una rosa: con nuestra mirada captamos a la rosa misma, pero no el suelo donde crece, no el cielo que hay detrás. Solo la filosofía permite integrar todos los aspectos y así entender el mundo. «El filósofo antes de pensar ha tenido que vivir sus ideas», afirma (1943). Así, conceptos como la libertad y la justicia no se pueden entender sin haberlos experimentado. El filósofo tiene, dice, la obligación inamovible de decir siempre la verdad acerca del mundo y de lo que ocurre; en otras palabras, debe ser sincero siempre; para él la sinceridad es «un verdadero lujo ético del alma» (1961).

E

En la filosofía de Millas, el individuo es una pieza central. De eso trata su libro Idea de la individualidad, que empezó a escribir en su adolescencia y con el que ganó el Primer Premio en el Concurso Literario del Cuarto Centenario de Santiago. La obra, publicada en 1943 y reeditada en 2009, partió de la tesis de grado para optar a la licenciatura en Filosofía que Millas presentó en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en 1941. En esta, postula que la individualidad es el componente esencial de ser persona —no se nace persona, la persona se construye—. «Nunca podemos decir que somos, sino más bien que vamos siendo, que hemos sido y que seremos». El punto de partida para

llegar a ser un individuo es «la intuición que tiene cada cual de sí, la que da a la vida personal un contenido».

Peña se explaya sobre el concepto de individuo en Millas y lo que significó en su obra:

El individuo es lo único que, comparado en el Estado, clase, grupo, posee efectiva realidad y lo único que goza de ese magnífico factor de incertidumbre, y fuente de valor, que llamamos libertad […]. Esa libertad se va a erigir, en la obra de Millas, en un rasero para juzgar las instituciones y el curso de la historia […] como un examen, a veces polémico, de la manera en que las vicisitudes de la historia amenazan y acechan al individuo y a su libertad, y de las diversas formas en que la reflexión, llevada hasta el límite de sus posibilidades, podría impedir que triunfen.

La filósofa Carla Cordua[15] agrega que para Millas la verdadera individualidad es «la libertad, la capacidad de la persona de concentrarse en sí y de hacerse quien en contra todas las dificultades y obstáculos». En Idea de la individualidad, Millas analiza a las personas resentidas y al escepticismo que, dice, las caracteriza. En este contexto, hace observaciones sobre las características del chileno: «Nuestra vocación jurídica, más que de juristas es de legisladores, y más que de creación es de práctica. Carecemos aún de la espiritualidad profunda que impele a una obra histórica en virtud de una instintiva fuerza […]. Por eso también, más que historiadores, somos curiosos, eruditos de la historia». Pero también según él, somos metódicos, equilibrados, serenos, contrarios a todo exceso… (1943).

Esta forma de pensar sobre cómo eran los chilenos era generalizada en el país cuando Millas escribió este libro. No se sabe si cuando más tarde se enfrentó a lo que él consideró: los errores de la reforma universitaria de los sesenta, a la universidad intervenida por los militares, y a los excesos de la dictadura, reconsideró esta observación sobre el chileno.

Giannini (1984) considera Idea de la individualidad «acaso la afirmación filosófica más personal y destacada de Jorge Millas». Por su parte, Peña subraya la centralidad del concepto de la individualidad en la obra de Millas, ya que habría fijado «el motivo de casi toda su reflexión posterior: la libertad, el hombre haciéndose a sí mismo, como el ideal de lo humano».

E

Millas formó parte de una generación de académicos que en los años cincuenta y sesenta jugó un rol significativo en la institucionalización y profesionalización de la filosofía en Chile. Anteriormente, la mayoría de las personas que hacían filosofía en nuestro país eran amateurs (no existía la carrera de Filosofía) o eran profesores extranjeros. El historiador Iván Jaksic (1985) dice que «Millas debe ser considerado como uno de los fundadores del profesionalismo filosófico en Chile, tanto «por su versatilidad filosófica», como por su esfuerzo de institucionalizar la disciplina en la educación superior.

Un signo de que por esos años la filosofía tomaba más vuelo en Chile fue la publicación en 1949 de la Revista de Filosofía que contiene un artículo de Millas en su número inaugural. El año anterior se había creado la Sociedad Chilena de Filosofía. Juvenal Hernández, entonces rector de la U. de Chile, apreció tanto el establecimiento de la Sociedad, que la subvencionó generosamente. Millas fue su presidente entre los años 1958 y 1966. Anteriormente en 1956, había presidido el Cuarto Congreso de la Sociedad Interamericana de Filosofía, realizado en Santiago de Chile, cuyo tema fue «La filosofía en el mundo contemporáneo».

E

Aunque cueste imaginarlo, dada su copiosa producción, la cantidad de ideas que forjó y los conocimientos que transmitió a sus alumnos, parecería que a Millas no le resultaba fácil filosofar. Recién iniciado en la disciplina habló de la angustia que causaba «descubrir el misterio y experimentar la sorpresa». Más tarde, confidenciaría en una entrevista que «uno vive más de sus dudas que de sus convicciones. Más de sus preguntas que sus respuestas» (Sierra 1977). En otra ocasión, comentando lo que él llamaba «el lujo de filosofar», señaló que se trataba asimismo de una práctica que hacía perder la tranquilidad, «porque el pensamiento llevado al límite nos priva de las certezas, nos hace desconfiar de las convenciones, nos arranca del seno materno del sentido común […] ya que, a la larga, filosofar no es otra cosa que pensar con riesgo».[16] «El pensamiento mismo es problemático» a diferencia del mundo «que ES», le dijo a un grupo de alumnos de la UACh.[17]

Filosofar para Millas no solo fue doloroso; también fue placentero. En la entrevista a El Mercurio, afirmaba que «pensar racionalmente disuelve la duda y

la tristeza, la angustia y la incertidumbre y desemboca en una experiencia maravillosa: la satisfacción del pensamiento que acierta, la alegría del conocimiento». Filosofar también podía forjar el carácter. Dijo Millas que la filosofía le enseñó «a ser tolerante, a rechazar todo dogmatismo. También a ejercer un control medianamente racional sobre mis instintos y mis frustraciones» (Sierra 1980).

Su postura de que el procesamiento de ideas debía llevar a actuar en consecuencia se enfiló por terrenos más concretos en el periodo de 1960 a 1989. Años de profunda convulsión política para el país, con hitos tales como las reformas universitaria y agraria, y el intento de llegar al socialismo por la vía pacífica, el cual se sumió en la oscuridad de una dictadura que causó estragos a muchos de sus conciudadanos.

Escritor fecundo

La década de los sesenta sería muy prolífica para Millas. En ese periodo publicó cinco libros e igual cantidad de artículos, y fue conferencista en importantes reuniones académicas. Increíblemente, su productividad no fue afectada por la gran agitación en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, liderada por el Departamento de Filosofía. Como vimos en el capítulo anterior, Millas empezó a enseñar en ese Departamento a su llegada de Puerto Rico en 1950, asumiendo además su dirección entre 1952 y 1955.

En 1960 Millas publicó Ensayos sobre la historia espiritual de occidente, libro con el que ganó el Premio Atenea, otorgado a la mejor obra literaria del año por la Universidad de Concepción, como también el Premio Municipalidad de Santiago. Componen el libro ocho ensayos sobre la importancia que tuvo el «espíritu concreto» —que, como sabemos— es el término acuñado por Millas para describir el proceso de toma de conciencia de uno mismo y de la realidad exterior seguido por el actuar según lo pensado. Desde la Grecia antigua hasta la Edad Media, aspectos como el arte griego, el derecho romano, la iglesia universal cristiana, las órdenes monásticas, la institución caballeresca, las catedrales, las universidades, la comunidad medieval, la catedral poética de la Divina Comedia de Dante, aparecen en estos ensayos como manifestaciones destacadas del «espíritu concreto».

Cuando la investigación del filósofo se refiere a los fundamentos de la cultura cristiana, no lo hace concibiendo al cristianismo como religión, sino como «el fruto de un largo proceso material y moral de la humanidad», el cual interesa tanto para estudiar el pasado como para comprender el presente, desde la historia, y con el propósito de construir el futuro. Maximiliano Figueroa catalogó Ensayos sobre la historia espiritual de occidente como «una obra extraordinaria» que sería importante divulgar entre los estudiantes universitarios, ya que ampliaría su cultura y los hará más críticos y reflexivos, —características, que subraya— son muy necesarias hoy en día.

En noviembre de 1962, o sea, dos años después de la publicación de este libro, Millas fue incorporado a la Academia de la Lengua. Su discurso de inauguración se tituló «Platón: la misión política del intelecto».[18] Ese mismo año publicó El desafío espiritual de la sociedad de masas. Es erróneo pensar, dada la centralidad del individuo en toda la obra de Millas, que «la sociedad de masas» presente en

el título de este libro estaría en la línea del «hombre-masa» de Ortega y Gasset. El «hombre-masa» de este último autor, representa la antítesis del humanista culto, una persona poco preparada que, cuando se une a todas las demás personas como él, forma una aglomeración humana amorfa en la que no existe el individuo, singular, especial, con ideas propias, sino que prima el conformista. Millas había descrito anteriormente la versión ortegiana de la masificación: «Decimos 'masa' y al punto evocamos un amontonamiento uniforme de seres humanos. Decimos 'masificación de la cultura' y asociamos el hecho a una suerte de retorno a la barbarie, o siquiera al imperio de la vulgaridad y al descenso de todo nivel normativo en las ciencias y el arte, en la moral y la religión» (1960).

Dado lo acendrado que está entre muchos de nosotros la visión anterior, el libro de Millas me sorprendió gratamente, porque, en contra de la postura de Ortega y Gasset, acentúa el lado positivo a la sociedad de masas. Piensa Millas:

La masificación de la cultura implica también la humanización plenaria del hombre, en la medida en que a más y más individuos de nuestra especie se abre la posibilidad de un ascenso a más altos patrones de vida. Liberados del embotamiento animal en que vivieron hasta ahora, la conciencia de su real valer como hombres, aquí en este mundo, redime a millones de seres humanos. La idea de lo humano tiende a adquirir así, en nuestros días, una fuerza y una extensión hasta ahora no soñadas.

El desarrollo tecnológico y consecuentemente, el económico, no solo han mejorado la vida material sino que habrían aumentado las posibilidades del hombre de ser «cabalmente hombre» y de luchar por sus derechos. Además, dice Millas entusiastamente que la época de masas en la cual vivimos es «una grande y maravillosa oportunidad que se ofrece al hombre en la historia [… ya que] brinda al hombre contemporáneo la primera oportunidad para que por modo integral pueda pasar de la idea de las excelencias humanas a la experiencia concreta de tales experiencias» (1981).

Entre todas las posibilidades que según el filósofo nos abre la sociedad de masas, una de las más importantes para él es la humanización, la cual ya habría comenzado con la «extensión de las ventajas materiales y culturales a un número creciente de individuos» que los haría «cada vez más humanos», pero, advierte, siempre que el mundo moderno no saboteé el proceso de humanización del hombre. La esperanza de un desarrollo superior de este, abierta por la sociedad de masas, podría ser saboteada porque «no está mecánicamente garantizada»,

llevándonos a la posibilidad de sucumbir a «una sociedad mercantil que se vale de los medios de comunicación de masas […] para envilecernos, para entorpecernos, para automatizarnos, sea en lo político, sea en lo comercial, sea en lo cultural», y que ha hecho del hombre una cosa, al tratar el trabajo humano como mercancía o al obrero como una pura fuerza de producción.

Además, piensa, la modernidad ha boicoteado las posibilidades que ella misma ofrece. Lo ejemplifica con el hecho de que en una sociedad masificada es más difícil para las personas mantener sus convicciones, reflexionar críticamente y luego actuar. También estar inmerso en un conglomerado uniforme empuja a la complacencia. Carlos Peña remarca que en El desafío espiritual de la sociedad de masas, Millas adivinó «que los problemas de la sociedad de masas, o de lo que hoy llamaríamos modernización rápida […] se relacionan con el valor del individuo y con lo que hacemos para que ese valor perdure y no se acabe». De esta forma, añade, «Millas expuso medio siglo atrás buena parte de la sensación espiritual de hoy, la de que la modernización, con su expansión del consumo y la igualación simbólica que provoca, era a la vez una fuente y una amenaza de la individualidad». El autor cataloga de «simplemente magnífico» el diagnóstico de los problemas de nuestro tiempo que hizo el filósofo en este libro, y justifica su apreciación por el hecho de que, hoy en día, muchas personas experimentan lo que Millas analizó: que la mejora de las condiciones de vida «produce una sensación ambivalente: un profundo y extendido anhelo de individualidad y, a la vez, la sensación de que ella es precaria y menguante». Figueroa coincide con la contingencia que Peña le asigna a este libro del filósofo chileno. Millas es actual, me afirma, «porque el fenómeno de la masificación se ha aumentado y se hace aún más relevante el tema de cómo logramos afirmarnos como individuos en una sociedad de masas».

En 1964, el recién elegido Presidente de Chile, Eduardo Frei Montalva, lo nombró presidente de la Comisión Nacional de Cultura de la Presidencia, encargada de la promoción, creación y difusión cultural. Una de sus primeras tareas fue organizar en Santiago de Chile el Primer Encuentro de la Comunidad Cultural Latinoamericana. Millas había sido un colaborador cercano a Frei, particularmente en temas educacionales. Acudió en reiteradas ocasiones a la casa del entonces senador en la calle Hindenburg, comuna de Providencia. Agustín Squella me comentó que a Millas lo cautivó la personalidad de Frei y que «la Democracia Cristiana debe haberle parecido una opción moderada, un terreno amable, con más sosiego frente a los ‘excesos’ de la izquierda y la insensibilidad de la derecha en lo social». En tanto, Smith me relató que Millas fue amigo de

Frei desde siempre y que jugó un papel importante en su candidatura, incluso en la revista doctrinaria de la DC Política y Espíritu. «Había una afinidad intelectual entre ambos; una admiración recíproca».

Fue tan evidente su proximidad, que muchos políticos DC apostaron a que sería ministro de Educación de su gobierno. De hecho, Frei lo propuso para ejercer ese cargo en su primer gabinete, pero el nombre del filósofo fue rechazado en el partido demócrata cristiano por no ser militante. Finalmente, el cargo recayó en Juan Gómez Millas, quien fuera rector de la U. de Chile.

E

Ese mismo año de 1964, Millas cumplió un activo rol en las Primeras Jornadas Sociales, efectuadas entre el 22 y el 27 de julio en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. En esa ocasión dictó una conferencia que tituló «Estado-Derecho-Sociedad de Masas». La mesa redonda que siguió a la exposición se centró, principalmente, en el concepto de masa y la relación que debe existir entre la masificación y la socialización. Rigoberto Díaz, profesor extraordinario de Filosofía del Derecho de la U. de Chile, quien escribió las actas de las Jornadas, calificó de brillante la exposición de Millas y señaló que «quedó de manifiesto que poseemos un derecho obsoleto que no ha sido capaz de sustituir su contenido tradicional de conservación del status por su antípoda: la preparación para el cambio social».

En 1967, Millas fue contratado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile como profesor de jornada completa. En ese famoso edificio de la casa de estudios ubicado en la calle Pío Nono de Santiago, Millas había estado dictando clases en la Facultad de Derecho desde su vuelta de Puerto Rico. Dos años después fue invitado por el entonces rector de la UACh, Félix Martínez, a fundar la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales de esa naciente Universidad. Este sería el comienzo de una larga vinculación de Millas con la UACh y de sus frecuentes estadías en la linda ciudad de Valdivia, donde está ubicada.

En 1975, Millas asumió por concurso público de oposición la cátedra de Filosofía del Derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas. Pasar de profesor externo a tener jornada completa le permitió hacer diversos aportes al estudio y la enseñanza del Derecho, tales como la organización de los estudios de Filosofía del Derecho y la creación de un centro adjunto de investigación y docencia.

Millas tenía credenciales para el cargo: diez años antes había publicado un libro sobre Filosofía del Derecho y había enseñado este ramo en la U. de Chile durante un largo período.

Recuerda el escritor Jorge Edwards (2005), quien fue alumno de Millas en quinto año de Filosofía del Derecho, en los años 1953 o 1954:

Fue un curso memorable, inspirador, estimulante, lleno de grandes momentos de reflexión. Yo era un alumno más bien ausente […] pero nunca me perdía las clases que dictaba el profesor Millas en una pequeña sala en el tercer piso, ante pocos alumnos, en la última hora de la mañana. Con él se desdeñaba la manía, dominante en aquella escuela y en todo el país, de memorización de las materias, y se intentaba comprender el sentido último de la norma jurídica, el concepto de justicia, las nociones de Estado de derecho. Se hablaba de la posibilidad de una democracia moderna y de los equilibrios y controles que ella exigía. Y se hacía la crítica de los dogmatismos y conformismos que estaban en uso, tanto en un extremo como el otro […]. Jorge Millas hacía una invitación permanente a reflexionar, con independencia, con auténtica libertad, sin dejarse llevar por las corrientes en boga.

Millas atribuía a la ley el valor de ordenar la vida, porque todos estamos obligados a cumplirla, pero, sobre todo, porque facilita la relación «adecuada» de los hombres tanto entre ellos como con las cosas.

E

En 1956, Editorial Universitaria presentó otro libro de Millas: Filosofía del Derecho. La publicación tuvo nuevas ediciones en los años 1957, 1958, 1960 y 1962, y luego, muy recientemente, en el año 2012. Fue tanto el interés por esta obra que a comienzos de los setenta la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile hizo una reimpresión en papel roneo, porque ya se habían agotado todas las copias impresas. Sus apuntes de clases de los años sesenta fueron la base de la última edición de Filosofía del Derecho, que fue publicada casi treinta años después de la muerte de Millas. El filósofo no alcanzó a publicar estos textos en vida aunque pensaba hacerlo. Dijo en una oportunidad de que era «una obra incompleta que debo revisar y reescribir por completo». Su prematura muerte no le dio tiempo para cumplir su deseo.

Juan Omar Cofre, profesor de Filosofía del Derecho en la UACh, se ocupó de

transformar los apuntes de Millas en este libro. Cofré dice en el estudio preliminar de la obra que se trata «más bien, de un bosquejo de la obra que el autor tal vez se proponía a dar a luz algún día. Quien lea esta obra en su totalidad se dará cuenta de la incompletud de que adolece: termina de manera abrupta, lo que no puede significar sino que el libro continuaba en otros borradores que ni siquiera consideraba Millas aptos para ser publicados como material docente. Seguramente estaban en etapa de elaboración».

Una buena parte del libro refleja las preocupaciones de los autores de mediados del siglo XX, particularmente las del austríaco Hans Kelsen y, secundariamente, del filósofo alemán Rudolf von Ihering. De este último, en especial sus escritos sobre la teoría pura del derecho y sobre la lógica de las normas y de las ideas normativas, como por ejemplo, lo que está «autorizado» o «prohibido», y lo que es «obligatorio» o «indiferente». De Kelsen, Millas tomó el positivismo jurídico. Esta corriente de pensamiento postula que no hay una vinculación necesaria entre moral y derecho, por lo que una norma jurídica no necesita una fundamentación moral (por ejemplo una ley inmoral no deja por eso de ser ley), esto en contraste con valores como la generosidad o la justicia.

En la introducción del libro, Millas explora la misión de los estudios de filosofía del derecho. Considera que la tarea central de la filosofía jurídica es esclarecer cuál es la esencia del derecho y de las normas jurídicas y que, por lo tanto, esta forma parte de la filosofía y de la ciencia del derecho. Por otro lado, este tendría un carácter instrumental respecto a los valores. Millas también reflexiona sobre problemas que considera esenciales para la disciplina, tales como la relación entre el derecho y la conducta, el carácter prescriptivo de la norma jurídica, la estructura lógica de las normas, las relaciones internas entre ellas, y el problema de la obligatoriedad del derecho. Le asigna mucha importancia a la seguridad jurídica, seguridad que se da cuando las personas pueden conocer lo que las autoridades han prohibido, ordenado o permitido. Hay seguridad jurídica cuando las personas confían en el orden jurídico, porque este último es previsible y entrega maneras de conocer las normas que están vigentes.

Para Manuel Atienza, filósofo y abogado español, adentrarse en los apuntes de clase de Jorge Millas sobre filosofía del derecho fue para él «todo un descubrimiento». Esto, porque «desde la primera página uno tiene la impresión de que está ante un pensador genuino, alguien que piensa por sí mismo, con rigor, sin ninguna concesión a la retórica en uso en aquel momento, y que lo hace en una prosa clara y elegante; un filósofo —diría— de una pieza». Aclara

que sintió admiración por el pensamiento de Millas, a pesar de que, especialmente, los primeros capítulos del libro le dejaron la impresión de «que se trataba de una obra sustentada sobre algo que no comparto: una implantación más teórica que práctica de la filosofía». Sostiene, como otros filósofos lo han hecho, de que la tesis de Millas respecto a que la seguridad jurídica es el único valor específicamente jurídico, «es de gran interés […] constituye la parte más valiosa del libro». Añade este autor que si Millas estuviera vivo hoy, tal vez mantendría una concepción del derecho más distanciada de Kelsen y del positivismo jurídico en general de la que sostuvo en los años cincuenta del siglo pasado. Pero, agrega que «sea como fuere, la obra de Millas es un ejemplo de un pensamiento iusfilosófico (pensamiento filosófico del derecho) genuino que puede seguir teniendo para nosotros un valor, que puede seguir inspirándonos aunque, naturalmente, no haya por qué seguirlo en todos sus extremos».[19]

Millas dejó apenas un libro y algunos artículos sobre esta rama de la filosofía, pero «nada de eso impide calificarlo como el mejor filósofo del derecho de su generación e incluso de la historia de nuestro país», opina Squella. Por su parte, el jurista chileno, Raúl Rettig, alabó a Millas por mirar críticamente las doctrinas de otros filósofos que influyeron en él, sobre todo en el tema de la filosofía del derecho, y explicar claramente cuáles aspectos de sus doctrinas rechazaba y cuáles aceptaba. Rettig resumió su apreciación del filósofo en la siguiente frase: «Millas fue maestro, constructor y creador».[20]

Millas se vio forzado a retirarse de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile —donde desarrolló su pensamiento sobre filosofía del derecho y lo enseñó a muchas generaciones de alumnos— a principios del año académico de 1976, después que publicara su conocido artículo sobre la universidad vigilada, que se refería a la intervención de las universidades durante la dictadura militar.

Juez severo de la reforma universitaria

Junto con escribir y publicar, la carrera académica de Millas y la toma de posiciones de acuerdo a sus ideas seguían adelante en la década de los sesenta. En esos años fue académico de la U. de Chile y vivió en carne propia el agitado proceso de la reforma universitaria, de la que fue un crítico a ultranza respecto a cómo se llevó a cabo y de los principios que la inspiraron.

En 1960, Millas fue designado director del nuevo Departamento Central de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile. Este departamento tuvo su origen en la restructuración de la Facultad de Filosofía y Educación que pretendía mejorar la calidad de los profesores egresados. Se crearon además otros dos departamentos centrales, el de Ciencias Matemáticas y Naturales, dirigido por el profesor y científico Héctor Croxatto; y el de Ciencias Sociales, dirigido por el profesor Roberto Munizaga.

Los nuevos departamentos centrales debían coordinar la docencia, investigación y extensión, introducir ciertos cursos centrales generales obligatorios, tales como Introducción a la Filosofía, Psicología, Sociología y Problemas de la Sociedad Contemporánea, y preparar rigurosamente a los estudiantes en su respectiva especialidad durante los primeros cuatro años, dejando la enseñanza de la Pedagogía para el quinto. Además, debían formar el personal académico que necesitarían las nuevas Sedes Regionales de la Universidad; Millas asesoró directamente la organización y puesta en marcha de estas sedes.

Al mismo tiempo que se crearon los departamentos centrales, se reestructuraron las facultades, tarea que le correspondió liderar a Millas como director del Departamento Central de Filosofía y Letras. En esa tarea se apoyó en un Consejo compuesto por los directores de los departamentos docentes e institutos de investigación que dependían de él: los de Castellano, Geografía, Inglés, Francés, Alemán, Filología Clásica, Psicología, el Instituto de Investigaciones Culturales, el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada, dirigido por Roque Esteban Scarpa, el Centro de Investigaciones de Historia Colonial Americana, dirigido por Mario Góngora, el Instituto de Literatura Chilena a cargo de César Bunster (futuro subsecretario de Educación y autor de libros de lectura para la educación primaria) y el Centro de Investigaciones Folklóricas, dirigido por Yolando Pino.

Millas plasmó algunas de sus ideas sobre qué debía hacerse en las facultades en las que él enseño durante esa década, en un discurso ofrecido en el 75.° aniversario de la fundación del Instituto Pedagógico. El abogado Juan Enrique Serra (2005), exalumno de Millas y socio honorario de la Sociedad Chilena de Filosofía, recuerda esos años:

Dicha Facultad [de Filosofía y Educación] bullía en actividad, publicaciones e iniciativas, Jorge Millas las coordinaba y promovía, teniendo allí la ocasión de realizar su concepción de una universidad renovada […] elaboraba sus planes de acción tras pacientes y públicas consultas con quienes tenían después la obligación de ejecutarlos. Su concepto de la dirección no era el de órdenes impartidas sino que era el producto de acuerdos compartidos y consentidos.

Pero a pesar de todo lo que estaba haciendo por la Universidad, Millas no estaba a gusto, según transparenta en una carta a su amigo Roque Esteban Scarpa fechada el 4 de abril de 1965. «Me sobresalta mover el timón de esa lancha anclada», le escribió, seguramente refiriéndose a todos los escollos con los que se encontró para enfilar a la Facultad en la dirección que él deseaba. El ancla que inmovilizaba la lancha había sido tirada por los estudiantes y profesores que tenían su propia agenda, la de la reforma universitaria.

E

El proceso de reforma, que incluyó a todas las instituciones de la educación superior chilena, estaba inserto en una búsqueda mundial en pro de la justicia social, la profundización de la libertad y el logro de la felicidad. Eran los años del hipismo, el rock, el uso masivo de drogas en la juventud, la píldora anticonceptiva, la revolución sexual, el compromiso de la Iglesia Católica con los más pobres, la guerra de Vietnam y el movimiento pacifista, las luchas raciales en los Estados Unidos y la revolución cubana.

En la U. de Chile, la reforma fue instigada, en parte, por la Federación de Estudiantes. La FECH criticaba que la Universidad estuviera enfocada exclusivamente en formar profesionales sin considerar los procesos de cambio que se daban en la sociedad chilena y que, asimismo, descuidara la investigación y la ciencia. En 1966, la convención de estudiantes de la U. de Chile pro reforma universitaria criticó duramente el «crecimiento inorgánico», la «universidad profesionalizante», la «hipertrofia administrativa» y el «gobierno oligárquico». Además, acordó que los estudiantes participaran directamente en la elección de

las autoridades a través de cuerpos colegiados representativos de la opinión de todos los estamentos, incluyendo a los estudiantes.

Una declaración de los alumnos de la Facultad de Filosofía reclamaba que las autoridades eran «unipersonales, elegidas por pocos y que actuaban con criterios individuales, en total desconexión con la mayoría del personal docente y de los investigadores». Los estudiantes estaban divididos sobre la mejor forma de elegir a las autoridades. Los demócratacristianos se negaban a la participación de los estudiantes en la generación de las mismas, mientras que los simpatizantes de la izquierda propiciaban el denominado cogobierno. En el plebiscito convocado para decidir quienes debían participar en la dirección de la Universidad triunfaron las posiciones democratacristianas, lo cual profundizó las divisiones políticas entre los estudiantes.

En 1967, el movimiento de reforma en la Facultad de Filosofía y Educación tomó vuelo cuando una comisión de siete alumnos y siete profesores redactó un nuevo reglamento de la Facultad que admitía la participación de los alumnos en la designación de las autoridades. Con esta nueva fórmula se eligieron directores en todas las escuelas. En la de Filosofía y Educación resultó elegido nuevo decano el comunista Hernán Ramírez Necochea; la docente de Historia, Olga Poblete, fue votada directora del Instituto Pedagógico.

La historia no terminó ahí: el Consejo Universitario declaró ilegal los nombramientos, objetando por primera vez el cogobierno. Entonces la FECH, que apoyaba el cogobierno, dio un plazo al Consejo Universitario para pronunciarse sobre el reglamento de reforma de la Facultad de Filosofía. Como esto no se hizo, los alumnos se tomaron ‘simbólicamente’ la Facultad e impidieron una reunión del Consejo de Profesores hasta que este no estuviera reformado. La situación se agudizó poco más de un mes después, cuando el 22 de mayo de 1968, el Consejo Universitario decidió intervenir la Facultad de Filosofía y Educación para reorganizarla, provocando la renuncia del entonces rector Eugenio González y la toma de la Casa Central de la Universidad de Chile. El conflicto duró un año entero.

Para ese entonces, Millas ya había perdido su puesto de director del Departamento Central —una de las primeras medidas de la reforma fue abolir estos gabinetes centrales—. Siguió, eso sí, como profesor del Departamento de Filosofía. El filósofo Edison Otero, quien en los años de la reforma fue presidente del Centro de Alumnos de Filosofía y militante del Movimiento de

Izquierda Revolucionaria (MIR), me señaló que las críticas que Millas hizo al movimiento de la reforma, del que dice «se sintió muy despegado», partieron con la abolición de los departamentos centrales.

Giannini (1982) describe gráficamente el ambiente que reinaba en ese tiempo en la U. de Chile: «Bullía la discordia, casi siempre, destemplada, los enfrenamientos de grupos, la gritería, los improperios escritos en caracteres negro o rojo en las murallas; bullía la pasión política, cercana por momentos a lo patológico». Para Millas, era «el reinado del frenesí», una de esas épocas que «implantan el estupor y el miedo, sustituyen la lógica por la retórica, satisfacen el resentimiento y dan alas al oportunismo [...]. Las gentes responden eficazmente a la magia de las palabras». Acusó que la reforma era instigada políticamente y que había convertido a la universidad en campo de batalla de los partidos políticos y de ideologías contrapuestas. Ser instrumentalizada políticamente impedía a la universidad cumplir su función de ser arma del conocimiento y de buscar la verdad, sostenía el filósofo.

Lo escrito por Millas sobre la masificación de la universidad en el prólogo de Idea y defensa de la universidad, libro que incluye ensayos y artículos escritos entre 1961 y 1981, se podría extender a la politización de la universidad durante la reforma:

Cuando la universidad se masifica se interrumpe el diálogo racional: cuando ya no se respetan los miembros de esta comunidad unos a otros; cuando ya no se reconoce el derecho a la divergencia; cuando el error de buena fe se convierte en estigma de traición y cuando se invita a la asonada, esto es al automatismo de una conducta que funciona como un reflejo colectivo, y no como una acción personal. Y esto puede afectar tanto a los estudiantes como a los maestros.

En 1967, Millas dejó el Departamento de Filosofía y el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde se había formado y donde había enseñado durante tantos años. Le había tocado, dice Giannini (1999), presenciar «con tristeza la obstinada voluntad de reducir la ética a la política, y esta a estrategias para alcanzar el poder, o simplemente conservarlo. En esta atmósfera de absoluto menosprecio por la reflexión (¡y justamente en ese lugar!) abandonó amargado el Departamento de Filosofía».

En 1968, se efectuó un referéndum en la U. de Chile para decidir sobre un nuevo proyecto de estatuto, que contemplaba el concepto de una comunidad

universitaria con participación en sus niveles de decisión y con responsabilidad por el plan estratégico de desarrollo de la Universidad en consonancia con los grandes intereses nacionales. Millas, que como dijimos, enseñaba en la Escuela de Derecho de dicha casa de estudios, se opuso vehementemente al plebiscito.

«Un acto despótico sin precedentes en su historia», «un falso acto plebiscitario», «se trata de convertir la institución en un centro de acción política», fue como Millas descalificó al plebiscito en un artículo publicado el 25 de noviembre de 1968 en el diario El Mercurio. Su argumento para emitir tan duros calificativos fue que la consulta no abordaba materias de organización y principios de la Universidad, sino que solo preguntaba detalles sobre cómo había que proceder.

Pero lo que a Millas más le debe haber molestado, fue que, según pensaba, detrás del referéndum había un objetivo claramente político, el cual era que la Universidad se alineara con los cambios sociales en curso y participara en ellos. En el artículo citado, dijo sin ambages que «eran militantes políticos marxistas y para-marxistas los que controlaban el movimiento de reforma y la organización del referéndum». Estos, abundó, promovían una «nueva sociedad» en la que se daban otras formas de explotación, otros tipos de imperialismo, y en la que la «enajenación burguesa» ha sido reemplazada por la «enajenación socialista».

Sin duda, rememoraba su experiencia en la U. de Chile durante los años de la reforma, cuando en Idea y defensa de la universidad escribió:

La violencia la pueden ejercer los maestros con el dogmatismo, la pueden ejercer los maestros cuando se niegan a reconocer en el estudiante una persona que puede dudar y pedir. Y las autoridades universitarias, cuando utilizan el poder a ciegas, invocando el orden o el principio de la autoridad a secas, olvidando las posibilidades de persuasión y de la comprensión de las situaciones vitales […] Hay una forma de poder y de violencia a la que generalmente no se le reconoce el carácter de tal y que es también un abuso de poder y de autoridad: es la asonada estudiantil y la huelga universitaria.

Llama la atención que, a pesar de las duras palabras que usaba para demostrar su incomodidad con la situación reinante, en la que claramente estaba en minoría, no entrara en pugna directa ni con sus colegas ni con sus alumnos. Esto se debió, tal vez, a su consabida prudencia, reserva y autoridad moral e intelectual. El filósofo Humberto Giannini, quien fuera alumno de Millas en el período de la reforma, recuerda: «Pese a que Millas no se había agregado al entusiasmo

reformista, profesores y alumnos manteníamos hacia él una relación de afecto y respeto».

Giannini (2011) cuenta de una ocasión en la que Millas llamó a un grupo de sus alumnos para comentarles lo preocupado que estaba por los acontecimientos en la Universidad y en el país. Les pidió su opinión y, entre líneas, los invitó «a ir contra el reloj de la acción impulsiva, del eslogan de la fácil adhesión a todo lo que parecía 'progresista'».

E

Millas temió que las transformaciones que perseguía la reforma socavaran la naturaleza esencial de la universidad, institución que para él no podía ser otra cosa que «una comunidad de maestros y discípulos destinada a la transmisión y al progreso del saber superior». Pensaba que cualquier desviación de esa misión erosionaría el fin propio de la universidad de cultivar el conocimiento. Lo explicó así: «Si la descomposición del espíritu universitario llegara a ser prevaleciente, como lo es ya en importantes aspectos de la conducta estudiantil, se habría rendido la última y mejor fortaleza del humanismo, y los poderes negativos de la prensa, del mercantilismo y del mesianismo político tendrían a su merced el porvenir de la cultura».

En la comunidad universitaria, la transmisión del saber solo funcionaba bien, parecía pensar Millas, cuando tanto estudiantes como profesores interactuaban desde la posición asignada a cada uno. De allí que desafiara frontalmente la petición de los estudiantes de participar en la elección de las autoridades universitarias, que calificó de una demanda «inmadura e irresponsable». Se oponía al cogobierno universitario, explicó, porque consideraba que «la absurda pretensión ético-sociológica de que todos sean responsables no puede sino conducir a la inmoralidad de que nadie responda». O, como también dijo, con el cogobierno se diluyen las opiniones y decisiones que «por ser de la responsabilidad amorfa de todos, no son de la responsabilidad de nadie».

De igual modo se manifestó contrario a los claustros reformados, constituidos por profesores, estudiantes y no académicos que elegían representantes universitarios. Los descalificó llamándolos «la plaza del mercado político,» en donde «más se pregona que se razona», y los calificó de «máxima frivolidad y hasta como perversión del espíritu universitario» (1969). Le molestó particularmente que se desnaturalizara la autoridad del profesor de deliberar y

decidir sobre su misión educativa. Debilitar la autoridad docente tendría graves consecuencias para los alumnos que ya no respetarían a sus profesores como se debía y, con ello, se esforzarían menos.

En su defensa de las estructuras jerárquicas de la universidad, rebatió asimismo la acusación de los estudiantes de que el gobierno de la U. de Chile era «oligárquico». Argumentó Millas que, por mucho que las autoridades fueran personales, estaban sujetas a la ley, o sea, eran democráticas. «La autoridad democrática es una autoridad que, siendo representativa, es, a la par, responsable: no se admite que sus decisiones sean arbitrarias ni que tampoco sean inapelables. Ellas están siempre expuestas a la discusión crítica, y pueden ser evaluadas por instancias superiores ante las cuales se ha de rendir cuenta» (1981).

También desafió la demanda de los estudiantes de que la universidad se pusiera al servicio de la sociedad. Desde su punto de vista, esta petición respondía a una falsa premisa ya que, por naturaleza, la universidad era una institución con fines sociales y de servicio a la comunidad. La universidad sí era el reflejo de la sociedad en la que estaba inserta, pero además cumplía con su deber social mediante el acto mismo de enseñar: «La universidad es ya democrática en cuanto, formada por gente directa o indirectamente ligadas a los intereses del conocimiento, investiga y enseña, y en cuanto no reconoce más calificación que la intelectual y moral para pertenecer a ella».

Así, les rebatió a los que criticaban a la universidad comparándola peyorativamente con una torre de marfil, por el encierro y aislamiento que supone su ejercicio. Con su conocida agudeza, Millas invirtió la connotación a su favor, por cuanto ser la universidad una torre de marfil, le permite a esta mirar desde las alturas. Desde esa torre, les dijo, Newton pudo ver que una manzana que cae y la luna que gira, se mueven conforme a ciertas leyes. Justo por ser alta se mira más de lejos, y por lo mismo, hay más silencio para dialogar mejor». Desde allí, tanto maestros como alumnos tienen la distancia suficiente para observar desapasionadamente a la sociedad y detectar tendencias que minen la individualidad y la libertad, dos valores primordiales para Millas.

Demostró su consabida independencia y su adhesión a lo que él consideraba su verdad, aunque molestara, cuando criticó a aquellos profesores de la casa de estudios en proceso de reforma que, «consciente y deliberadamente han convertido a la universidad en campo de acciones políticas». Aunque no nombró

a ninguno, el filósofo y matemático Juan Rivano debe haber estado entre ellos. Este también enseñaba Filosofía en el antiguo Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En los años sesenta se involucró fuertemente en los acontecimientos políticos y esperaba que los demás filósofos hicieran lo mismo, porque pensaba, al igual que Millas, que la filosofía debiera estar enraizada en la realidad material.

Pero ambos filósofos hablaban de cosas distintas.

Para Millas, como sabemos, el centro era el individuo pensante que observaba la realidad en forma absolutamente libre, sin ataduras de ninguna especie y que, habiéndose hecho una profunda composición de lugar, debía ser consecuente en su actuar. También, como vimos más arriba, consideraba que la universidad formaba parte de la sociedad, pero que su función era proponer normas para su buen funcionamiento.

Rivano, en cambio, que se declaró marxista en esa época, pensaba que la filosofía no era excusa para ignorar lo que ocurría dentro y fuera del campus y se sumó con cuerpo y alma a la reforma universitaria, aunque también la criticó. Al igual que Millas, se manifestó fuertemente contra la instrumentalización de la universidad para fines partidistas. Él estaba en consonancia con el pensamiento de la época e invitaba a los estudiantes a reflexionar sobre los temas que proponía, por lo que atrajo su simpatía transformándose en una especie de «gurú». Al mismo tiempo irritó a algunos académicos, entre los que, suponemos, se contaba Millas. Smith me cuenta que Rivano entraba con sus alumnos a sus clases para «boicotearlo». Edison Otero piensa que este estaba en contra de Millas como autoridad del Departamento, no contra él como profesor. Años después, cuando ya había abandonado el marxismo doctrinario y había fijado su atención en los temas del poder y la tecnología, aunque sin abandonar el trasfondo materialista, Rivano inició una relación más cercana con Millas en lo personal. Se entrevistó con él en Valdivia, cuando este enseñaba en esa ciudad, y ambos conversaron un par de veces en Santiago.

E

Millas era de la idea de que incluso antes de pensar en reformar la universidad, había que establecer exactamente qué se entendía por esta, cosa que, mantenía, no estaba resuelta aún. Según su parecer, la universidad de sus sueños debía ofrecer el clima necesario para ejercitar la introspección propia de la filosofía.

Pensaba que la universidad solo cumplía su misión si había un entendimiento sobre el modo de transmitir el saber. Los que debían entenderse eran, por un lado, los hombres, como seres espirituales, libres y capaces de discernir y valorar; y por otro, la universidad, como el lugar en que los jóvenes se forman cabalmente. La formación íntegra de los universitarios era aquella en la que se usaban «las más avanzadas técnicas y conocimientos científicos» y en la que se promovía una «conciencia afincada en zonas más profundas del querer y del sentir» (1962).

Temía por la integridad de la universidad politizada —en una ocasión, definió a la política como una de esas «fuerzas impersonales» que «atacan de continuo la individualidad»—. La política atentaba contra la libertad del hombre, ya que solo se es libre si se siguen los dictados del espíritu, sin la influencia de factores externos como la familia, la nación, la sociedad, el Estado o la misma política. Ya en 1962, en Puerto Rico, Millas había tocado el tema cuando señaló que estudiantes y maestros dejan de ser individuos cuando son presas del automatismo al que llevan las ideologías y las tiranías de los grupos.

Pienso también, que debe haber influido en su oposición a la reforma su postura de que la filosofía debe permanecer pura, incontaminada por el mundo exterior y que debe concentrarse en los valores y otros aspectos de la tradición filosófica occidental. Esta posición se contraponía con la de otros de sus pares que sostenían que la filosofía debía hacerse cargo de los temas políticos y sociales que alborotaban a la sociedad. El historiador chileno Iván Jaksic, actualmente profesor del Centro de Estudios de América Latina de la Universidad de Stanford, USA, comentó que durante la década del sesenta Millas defendió abiertamente la postura de mantener alejada a la filosofía de las preocupaciones sociales, su mensaje, «por mucho que quisiera evitarlo, no pudo sino interpretarse como político. Defender la filosofía, y en particular su carácter profesionalista apolítico, implicaba defender un modelo de universidad autónoma, en especial respecto a las demandas de reforma provenientes de la sociedad». Jaksic agrega que la crítica de Millas a la politización universitaria «fue derivando más y más en un ataque antimarxista».

Proyectando los templos del saber

La universidad fue para Millas el hogar del pensamiento racional. Según Smith,[21] el filósofo dedicó «una excesiva porción de sus fuerzas […] al establecimiento y cuidado de esa morada […]. Hizo esto, por un amor tan irreversible como doloroso […] por la universidad». Durante su corta vida, el académico Millas se involucró de lleno en lo que pasaba en las universidades donde trabajó. Al pensador Millas, le apasionaron desde joven las preguntas: ¿qué son? y ¿qué deben ser? las universidades, pero no elaboró un texto general que encapsulara todo su pensamiento, sino que lo expresó por distintos medios y a lo largo de toda su vida. Su libro Idea y defensa de la universidad —publicado en 1981 y reeditado por Ediciones UDP en 2012—, es una selección de sus ensayos, conferencias, artículos y discursos. Algunos se refieren a circunstancias específicas; otros a sus ideas sobre la universidad como un templo del saber. Lo que los vincula, explicó su autor, es «la unidad de una experiencia vital».

En el prólogo del libro, explica que trata «sobre los problemas de existencia y de autenticidad que, por modo cada vez más grave, han venido afectando a la universidad chilena…». Cada uno de los textos incluidos expresan cómo reaccionó «frente al embate que la universidad ha sufrido desde fuera y desde dentro» de parte de «poderes extraños, ajenos a su misión, pero interesados en ponerlas a su servicio». Como vimos, en los años sesenta Millas rechazó la politización de la universidad. Diez años después, como también se ha mencionado, adquirió gran notoriedad pública cuando criticó duramente la intervención militar de las universidades. En el primer caso, habló de que había una «pugna de ideologías y festín de partidos dentro de los claustros». Más tarde consideró la intervención militar de las universidades no ya como una «simple pugna y festín, sino absolutismo y drama».

En ambos casos, la universidad se había relativizado al moverse al compás de «un tiempo y un medio». La universidad, pensaba, debía ser exactamente lo contrario, «el último refugio de nuestra sociedad corrompida o por el mercantilismo o por las ideologías políticas», una universidad que no se dejaba embotar (palabra muy millana) por los tóxicos y anestésicos, tales como «los prejuicios, la demagogia, los dogmatismos, las manías burocráticas, las actitudes y gustos primarios, y hasta la misma superficialidad». Afirmó Millas:

La esencia de la universidad no varía según el momento histórico o la ideología

de turno; el conocimiento impartido puede variar pero la universidad debe continuar siendo la custodia del mejor saber de su tiempo. Esto porque una de sus metas es el conocimiento, a las que se agregan la verdad y la libertad, como valores; y los procedimientos de la discusión y el diálogo racionales, como técnica.

El logro de estos objetivos debe formar parte de la tarea académica y de la definición de lo que constituye la excelencia académica, la que, por ejemplo, no puede reducirse a una medición de la productividad científica. Figueroa especula sobre el hecho de que Idea y defensa de la universidad se publicara en pleno gobierno militar, y sugiere que Millas pensó que había llegado el momento más crítico y amenazante para una institución que consideraba era el lugar privilegiado donde podía refugiarse y expresarse el espíritu. Un año antes de la publicación del libro, Millas había expresado en la revista Hoy, entrevistado por Jaime Moreno Laval (1980), que la universidad sojuzgada por un poder discrecional y ajeno «ya no es casa de estudio ni ámbito del pensamiento y de la ciencia». Más aún, dijo en esa ocasión que los estudiantes que egresan de una universidad sojuzgada «salen atemorizados, ya que han recibido el ejemplo deprimente de maestros que tienen miedo de contestar las preguntas de los estudiantes y que, ante ellos, ofrecen el espectáculo indigno del temor…».

E

Es preciso reiterar aquí la definición de Millas respecto a la esencia de la universidad, independientemente de los tiempos que corran. Esta, según el filósofo, no puede dejar de ser «una comunidad de maestros y de discípulos destinada a la transmisión y al progreso del saber superior». Además, la universidad tiene que ser baluarte del conocimiento inspirado en la verdad y en la libertad y regulado por la discusión crítica. Porque para Millas, la universidad no solo debe formar a los jóvenes, sino que, al mismo tiempo, debe ser una consciencia crítica de la sociedad.

La universidad, sus académicos y estudiantes, deben ser críticos y creadores, no simplemente reproductores de la realidad social. Así lo comenta Riveros (2005), «de allí su llamado a que los intelectuales se alejen de las consignas y de la repetición de verdades moldeadas en los extramuros, y sean capaces de elaborar visiones nuevas y provocativas, que envuelvan la crítica que se espera surja del saber superior». Con ello, sigue Millas, la universidad, además de capacitar a los alumnos, también debe habilitarlos para que puedan protegerse de ser engullidos

por «una prensa chabacana y mercantil, por la publicidad embotadora de las ideologías estereotipadas, por la televisión y la radio intelectualmente depresivas».[22]

Todo lo anterior caracteriza a la sociedad de masas, «que necesita la educación más que nunca porque esta sociedad ha llamado al ejercicio del poder a quienes antes estaban privados de él […]. Y la educación superior es una condición sine qua non para el ejercicio responsable de ese poder […]. La universidad no puede desentenderse de eso: de preparar a la sociedad de masas para el ejercicio masivo del poder político…» (1981).

E

En los textos incluidos en Idea y defensa de la universidad, Millas no solo dio su visión sobre lo que debía ser una universidad, sino que aprovechó de comentar sobre diversos aspectos que se debatían en su tiempo. Entre ellos estaban asimismo las ciencias y las artes. En una interesante reflexión, que contribuye al debate actual sobre si deben existir universidades docentes que no hagan investigación, Millas sostenía que la misión primordial de la universidad no debe ser la investigación científica, aunque es imprescindible, por ser «la sustancia que la nutre y la atmósfera que la oxigena». Resumió: «En buenas cuentas, la ciencia no hace a la universidad, y si tratara de hacerla, la destruiría; pero la universidad vive de ella, y sin ella perece. O como decía el poeta: '¡si me lo quitas, me muero; si me lo dejas, me matas!'» (Riveros).

Para más abundancia, señaló que aunque habría alguna justificación para divorciar las ciencias de las humanidades, «es en definitiva funesto como principio de cultura […]. Un ideal de formación humanista, que asegure la unidad de la vida mediante la unidad espiritual del hombre —viejo programa de todos los humanismos— no debe subestimar el poder espiritual que significa la ciencia». La filosofía, remarca Millas, tiene «la tarea de clarificar los valores espirituales de la ciencia y ayudar a que ellos se articulen, como ideales de humanización, con la totalidad de la vida, incluso con aquellas regiones de la valorización —por ejemplo, la moral— hasta donde la ciencia no alcanza».

En cuanto al tema del financiamiento universitario, expresó sus dudas respecto a que las universidades fueran privadas. Consideró «irreflexivo» ver a las universidades pagadas como una empresa más y «meterlas en la camisa de fuerza de la libre competencia y del autofinanciamiento». Hacerlas «entrar en el

forcejeo de la lucha material por la subsistencia, malograría seriamente su espíritu y su desarrollo», añadió. Esta posición de Millas con respecto a las universidades privadas y pagadas es consistente con su arraigada idea de que la educación es un bien social superior y de futuro, y que por ello debe ser una responsabilidad de la sociedad en su conjunto.

Pensaba que si bien el nivel de ingresos del postulante es determinante en el acceso a la universidad, «no se trata de un problema de la universidad misma, ni de su democracia esencial, sino de la sociedad que la sostiene». Por lo tanto, se trataría de una cuestión política, y es, entonces, la nación la que debe dar los recursos para la expansión de los servicios universitarios y para el ascenso educacional de los jóvenes realmente capacitados (1981). Aun así, no se opuso a la creación de universidades particulares permitidas por la Ley General de Universidades de la dictadura militar, aunque comentó que lo que se estaba haciendo era sustituir «el valor de la eficiencia propia de la educación universitaria por la eficiencia económica».

Previno que «los criterios economicistas que inspiran la ley» harían que las nuevas corporaciones se convirtieran en el reducto de grupos ideológicos, políticos y económicos, cosa que desvirtuaría la función primordial de las universidades. Graficó este punto diciendo: «un mal negocio como empresa puede ser para la universidad un excelente 'negocio' como institución de cultura». También sentenció que la multiplicación de las universidades «conduce inevitablemente a la mediocridad». Esto porque «el servicio público, la 'calidad del producto', no son fines en sí que interesen generalmente a los empresarios como tales»; más bien, «son habitualmente medios para vender más…».

Las ideas de Millas sobre la universidad sobrepasan al momento histórico que las inspiraron. Luis Riveros, exrector de la U. de Chile, es uno de varios admiradores del pensamiento de Millas sobre el tema, quien sostiene que «el aporte que Millas formula en este libro debe ser considerado fuera del contexto temporal en que se preparó, y proyectarse hacia una visión de largo plazo sobre universidad, que permite visualizar un concepto de modernidad y de renovación de la vida universitaria en su interacción con la sociedad».

Un demócrata ferviente

La década de los setenta en Chile estuvo marcada para nuestro filósofo, tal como para los demás chilenos, por el cruento golpe de Estado de 1973 que inauguraría una larga dictadura de diecisiete años. Como vimos, en los años sesenta Millas ya había salido de su claustro universitario y de su escondite de fin de semana en su parcela de Buin para manifestar su oposición a la reforma universitaria y, más veladamente, a la aventura hacia el socialismo de la Unidad Popular.

En los primeros años de dictadura solo hizo pública su voz en contra de las medidas que le parecía coartaban la libertad, atentaban contra la dignidad y la vida humana y pretendían borrar el pasado democrático de Chile, reemplazándolo por una «democracia protegida», según los términos del gobierno militar y un nuevo régimen institucional plagado de contenidos autoritarios, reñidos con la democracia representativa que se había practicado hasta entonces en el país. Millas salió a protestar por los periódicos contra las acciones de la dictadura que no le parecían. También comenzó a reflexionar sobre temas contingentes, como la violencia, y la responsabilidad que tenían los intelectuales como él de luchar por la democracia y los derechos humanos.

Un postulado básico de Millas, como hemos visto, era que el hombre para ser íntegro, debe llevar a la práctica los dictados de su razón. Y eso hizo Millas durante la dictadura. Alarmado por los acontecimientos, se convirtió en un analista crítico de la vida nacional, siempre proponiendo soluciones para salir del momento difícil que se vivía. Y lo hizo con valentía, en un momento en que oponerse al gobierno militar podía traer fatales consecuencias.

Lo que prendió la primera chispa de su descontento fue la intervención militar de las universidades. No aceptó ni por un minuto que una fuerza extraña se inmiscuyera y vulnerara lo que para él eran templos del saber. Como vimos en el capítulo anterior, consideraba que las universidades eran una institución fundamental de la sociedad, ya que, entre otras cosas, formaban a los hombres de bien, desarrollaba el conocimiento y aportaban al desarrollo social y económico. Además, consideraba que las universidades eran observadoras propositivas privilegiadas de lo que pasaba más allá de sus murallas.

Dejando de lado toda cautela, Millas se lanzó con toda su artillería intelectual a denunciar la intervención de las universidades y lo hizo, nada menos, que en el

diario más influyente del país, El Mercurio. En 1975, este diario publicó un artículo de Millas con el gráfico título «La universidad vigilada». En un momento en que todos temían criticar a la dictadura en público, el artículo causó gran revuelo; es citado en artículos académicos y de prensa hasta el día de hoy. El escritor chileno Jorge Edwards contó que no pudo creer cuando leyó el artículo: «era una crítica a fondo, escrita sin la menor ambigüedad contra el sistema de universidad controlada [...], con agentes de la policía secreta instalados en cada curso y con rectores militares delegados que había instaurado en Chile el régimen pinochetista». Tan potente y valiente encontró Edwards esta irrupción pública de Millas en un momento así de álgido, que comentó que su publicación «parecía consecuencia de una distracción de la censura». Porque en esos tiempos, como recordó Giannini, «todos guardábamos silencio».

Giannini (2011) debe haber reflejado el pensamiento de muchos que lo criticaron durante los sesenta y principios de los setenta, cuando dijo que había sido justamente Millas, «el introvertido y el del pensamiento retardatario», quien salía a denunciar el drama y la desolación de una universidad vigilada desde dentro y desde fuera. La actitud desafiante y temeraria de Millas parece no haber sorprendido a Giannini, quien observó que la filosofía del que se autodenominara «irremediablemente filósofo» no era «solo pensamiento acerca del ser sino autenticidad de vida», y que en ese momento se comportó como el filósofo que siempre había sido, para quien filosofar era una forma de resistirse al mero acontecer y nunca quedarse en la «cómoda adhesión al 'se dice'».

En diciembre de 1975 Millas se metió de plano en el controvertido tema de la violencia, que en ese momento —se subentiende— se refería a las técnicas empleadas por los militares para reprimir a sus oponentes. «Las máscaras filosóficas de la violencia» fue el título del ensayo de Millas que analizaba el tema; después se publicaría como libro. Una nota al principio de este texto dice que el ensayo pertenece a un trabajo de mayor envergadura, que con el título de «El sinfín de la utopía» publicará el autor. No alcanzó a hacerlo.

José Miguel Ibáñez, sacerdote, filósofo y crítico literario, calificó este ensayo como un texto «audaz y lúcido».[23] Millas lo leyó en una conferencia en conmemoración del cuarto de siglo de la Sociedad Chilena de Filosofía. Comenzó diciendo que el tema era «pertinente en esta hora del país y del mundo». En esos años, era difícil saber en forma detallada de los atropellos que estaban ocurriendo en Chile debido al cerrojo puesto a los medios de comunicación y a la instalación de una «verdad oficial», que servía para cubrir

los ojos de los chilenos, pero el comentario de Millas citado más arriba da cuenta que estaba bien informado de la situación.

Maximiliano Figueroa reconoce que Millas habló en ese momento sobre la violencia motivado por el clima imperante. Sin embargo, dice, su ensayo no se refiere a lo que acontecía en Chile bajo dictadura, sino que examina los «manejos filosóficos» de la violencia, planteados por Nietzsche y después por Georges Sorel (filósofo francés de finales del siglo XIX y principios del XX, cuyas reflexiones sobre la violencia suelen ser asociadas al terrorismo) y por sus continuadores.

En este ensayo, Millas se formula las siguientes preguntas: «¿Cómo se integra la violencia en la estructura del mundo racionalmente concebido y valorado por el hombre? ¿Cómo enriquece o perturba al sistema de valores humanos que una cultura acepta? ¿Cómo se funda ella misma o qué cosas fundamenta, si fundamenta alguna?». Define aquí la violencia como «el empleo de la fuerza sin apelación para la víctima y sin normas supra-personales de responsabilidades y de regulación para el victimario». La violencia no trata solo de aniquilar físicamente al adversario, sino también de anularlo intelectual y moralmente. Por lo anterior, Millas postula que «la violencia es una forma de explotación total del hombre por el hombre, mucho más general y profunda que la explotación del trabajador en algunas sociedades capitalistas». Además, la violencia —continúa — tiene distintos grados y lógicas como son la ilegitimidad, la injusticia, el temor, el absolutismo y la sujeción.

El autor hace en este ensayo una fuerte crítica a muchas de las ideas de colegas filósofos que, dice, no buscan comprender la naturaleza de la violencia como lo haría un buen filósofo, sino que usan la filosofía para «promoverla, y ello, enmascarándola». Pueden lamentar un hecho violento pero justificarlo a la vez por ser uno de los métodos y los fines revolucionarios. Una cosa es que la violencia sea un hecho, dice Millas, y uno, además, de índole terrorífico. Otra muy distinta es «que la filosofía se encargue de ayudar a esas leyes y justificar tal necesidad de mala lógica y dudosa metafísica». Agrega, usando su consabida ironía, que «hablar plácida y analíticamente de la violencia, haciendo su 'fenomenología' como quien hace la fenomenología de una polka, es hacer literatura y de la mala».

Nombra en este contexto a Herbert Marcuse, filósofo político muy de moda en los tiempos de Millas, quien fue referente teórico para los movimientos

estudiantiles de protesta de los años sesenta. Marcuse plantea que si hay terror, crueldad, violencia, tortura, es porque la revolución ha sido pervertida. Tratándose de la violencia, subraya Millas, hay que tomar en cuenta en primer lugar que «hay unos hombres que son víctimas del crimen». Además, está el hecho de que las víctimas no tienen posibilidades de apelación. «No hay voz, ni la propia ni la ajena, que pueda abogar por ellas».

Tituló su ensayo «Las máscaras filosóficas de la violencia», porque en este advierte contra el uso de la inteligencia para fortalecer la violencia y encubrir «su fea apariencia con modos 'intelectuales', 'espirituales' de justificación y disimulo», es decir, para enmascararla. Distinto, dice, es el caso de una discusión racional que, si no es usada con estos motivos espurios, ataja a precursores de la violencia tales como el autoritarismo y el antidogmatismo; opone resistencia a los actos violentos e identifica las máscaras justificadoras detrás de las cuales se ocultan.

Millas refutó la noción de «violencia institucionalizada», porque su institucionalización constituye un intento de hacer que la violencia quede impune tanto ética como jurídicamente. Siempre hay violencia aunque ocurra dentro del orden establecido, remarca. Más polémico es su rechazo a los términos 'terrorismo de Estado' o 'violencia de Estado', tan usados por opositores a la dictadura de Pinochet. Hablar de estos conceptos sería una contradicción, piensa Millas, dado que en una sociedad democrática el derecho es regulado, organizado y graduado, como también lo es su prerrogativa de sancionar o coaccionar. Teniendo en cuenta lo anterior, dice, solo se justificaría hablar de 'violencia de Estado' en el caso de un Estado deteriorado, de un Estado carcomido política y moralmente.

No hay duda de que Millas pensaba que, durante la dictadura, el Estado se había degenerado al practicar formas de terrorismo «oficiales», que son «las que tienen lugar en una forma clandestina en nombre de la ley, o mejor, en nombre de la autoridad. Cuando a una persona se la hace desaparecer de su casa, por ejemplo, por diez o más días y nadie sabe nada, no se sabe dónde encontrarla, esa es una forma de amedrentamiento, de opresión. Para mí, espantosa».[24] Que no escabullera un bulto que podría haberlo aplastado al dar semejante respuesta en ese momento a Las Últimas Noticias, medio periodístico nacional, ejemplifica lo directo que podía ser. Es también un buen ejemplo de la responsabilidad que se autoexigía como intelectual comprometido con su sociedad.

En el ensayo «Las máscaras filosóficas de la violencia», lamentó los peligros que conlleva la instrumentalización de la violencia por el poder, independiente de sus principios doctrinarios; «[cuando la violencia] ocupa el espacio de la política, sea esta marxista o antimarxista, haciendo desaparecer el rostro único del prójimo en aras de algo 'superior', […] cuando el destino colectivo es colocado bajo el poder de quienes, arrogándose su representación, deciden sobre el bien y el mal actuales y futuros». También se refiere extensamente a los militantes de un partido o movimiento que se ponen al servicio de las necesidades de la causa, se hacen obedientes a un poder ajeno y, finalmente, se convierten en pieza eficaz del mecanismo de lucha.

La violencia se incentiva, dice, cuando valores de solidaridad, justicia, patriotismo, de amor a la patria, son «exaltados, llevados al frenesí, convertidos en verdaderos ídolos o fetiches». Mientras «el fascista pone […] gratuita indiferencia ante el martirio de otros hombres, el guerrillero pone odio humano, una comprometida, utilitaria indiferencia ante lo mismo. Pero el resultado ético es uno solo: el sufrimiento de ciertos hombres ya no cuenta para otros hombres, en circunstancias de que estos últimos tienen el privilegio de elegir y definir». Figueroa (2011 a) enfatiza que «la reflexión desplegada por Millas sobre la violencia y sus máscaras puede ser estimada como una pieza de examen crítico, lúcido y penetrante, como pocas en nuestra tradición intelectual —y agrega— la claridad rotunda sobre aspectos esenciales del asunto hace inexplicable que entre nosotros su trabajo haya permanecido escasamente conocido».

E

Millas fue opositor acérrimo de toda ideología a la que consideraba un síntoma de la irracionalidad de la sociedad, que era usada para disfrazar la violencia. Con claridad y elocuencia, enumera los males asociados a este tipo de doctrinas:

La ideología es excluyente: no tolera otras ideologías. Es dogmática: no admite el carácter experimental y el riesgo de la búsqueda exploratoria de la verdad. La ideología es antihumana: el hombre es solo un pretexto a su servicio […]. Ella, asociada con el irracionalismo se convierte en máscara de la violencia.

Llegó al extremo de decir que el lenguaje y los conceptos de un Mussolini se parecen muchísimo a los de un Frantz Fanon, a los de un Sartre, de un Marcuse, para quienes, dijo, la violencia es «purificadora», «santificadora» y «necesaria» para lograr los fines buscados. Haber asociado un fascista como Mussolini con

pensadores progresistas, es una señal de lo poco que a Millas le importaba la opinión ajena cuando lo que escribía representaba lo que verdaderamente pensaba y servía para aclarar lo que decía.

E

Sobre las ideologías, solo vio la luz un discurso de Millas sobre el tema, que, junto con varios otros, fue incluido en el libro publicado en 1974 bajo el nombre De la tarea del intelectual. Los demás discursos que conforman el libro, tratan del escritor como promotor del pensamiento crítico y libre, de la dignidad humana y de la democracia. Figueroa plantea que estos discursos de Millas tuvieron la intención de «elevar la conciencia de los actores sociales frente al proceso que vivía la sociedad chilena. Advertir que la evitación de un peligro puede exponernos a otros nuevos, tanto o más graves que los primeros; es lo que tuvo notoriamente como objetivo».

En «El escritor y el deber intelectual», uno de los discursos incluidos en el libro y que pronunciara el 30 de enero de 1974 en el PEN CLUB de Chile para agradecer el otorgamiento del Premio Ricardo Latcham, Millas habló del Chile de los años sesenta y de principios de los setenta en estos términos:

Aquí en Chile, de una manera trágica, que a ningún espíritu libre puede dejar de anonadar, hemos despertado de un sueño: el sueño de una sociedad que, a pretexto de liberar al hombre de las injusticias materiales impuestas por la sociedad burguesa, lo somete a peores formas de servidumbre, amén de inducirlo a trocar los males ciertos del pasado por dudosos bienes del futuro. Es un ideal en cuya virtud millones de hombres en el mundo, después de renunciar a la ilusión del más allá teológico que los anestesiaba frente a los padecimientos reales de sus vidas, se han refugiado en la no menos inspiradora ilusión de un más allá histórico que nunca llega.

El propósito del párrafo anterior parece haber sido advertirnos sobre el peligro de caer en otros sueños que amenazan la libertad (habían pasado solo tres meses desde el golpe de Estado de 1973). En ese discurso, llamó a preservar la democracia como sistema político y forma de convivencia. La democracia siempre implica riesgos, remarcó, pero «sería malo […] si le tomáramos miedo a la democracia […]. Malo sería que el pasado reciente siguiera ululando, como fantasma, en nuestra morada cívica y nos llenara el alma de terrores; —prosigue — el temor irracional hace a los hombres crueles y torpes. La historia está llena

de crueldades y torpezas antihumanas, propias de almas a las que faltó lucidez de conciencia para dominar racionalmente sus temores».

E

Aunque Millas no publicó ningún libro ni artículo referido específicamente a la democracia, el tema aparece salpicado en varios de sus escritos, tales como en «Platón: la misión política del intelecto», discurso de incorporación a la Academia de la Lengua en 1962; también en su discurso «Con reflexión y sin ira» en el Teatro Caupolicán en 1982, con motivo del plebiscito constitucional de ese año; en el texto homenaje «Frei entra en la historia», leído cuando falleció el Presidente Eduardo Frei Montalva (1996 b); en El desafío espiritual de la sociedad de masas (1962); y en varias entrevistas y reflexiones en medios periodísticos en las décadas del setenta y ochenta.

El filósofo pensaba que la democracia era un hábito que, no por ser hábito, había que dejar de cultivar conscientemente. No haberlo hecho habría sido lo que, en septiembre de 1973, puso un violento fin a la democracia chilena. Nuestra democracia, dijo, «se hizo indolente y no mantuvo la necesaria vigilancia sobre las instituciones que nosotros mismos habíamos generado», por lo que era necesario revisarlas, pero cuidando de que este mejoramiento institucional no fuera usado como pretexto para negarla.

En De la tarea del intelectual (1974), se declaró un demócrata ferviente, usando una frase que ha sido citada innumerables veces: «ningún régimen de convivencia política ofrece mejores condiciones reales para la interacción de seres racionales y libres que la democracia, aún en las imperfectas realizaciones históricas». Al centro de la democracia está, dijo, la convivencia humana y la posibilidad de entendimiento en torno a un discurso racional, lo cual requiere necesariamente que quienes comparten la empresa política se valoren. Así, Millas reafirma su concepción de que el «entenderse» constituye el acto primordial de la humanidad, reconociendo el derecho de todos a ser individuos y a realizarse como personas. De este modo, sería en la democracia que el reconocimiento del otro y su desarrollo personal alcanzarían su apogeo.

Consideraba a la democracia como la mejor de las formas de política, porque permitía y propiciaba su propia reforma y mejora. Por ello, dijo, esta «se acomoda mejor que ningún otro régimen político a la condición humana», agregando que temer al riesgo implicado en la vida democrática es temer a la

libertad misma. Pensaba también que la democracia es un terreno fértil para desplegar la acción política. De esta manera, Millas (1977) propuso que para recuperar la democracia perdida, los chilenos «tendríamos que tener la posibilidad de plantear en público el problema de la política en el mejor sentido de la palabra, que es la reflexión sobre los valores de la democracia [...] y que esta supone el imperio de la ley y la participación de la comunidad nacional en la generación y en la aplicación de la ley». Pero, advirtió, que lograr lo anterior exigía un esfuerzo especial, ya que la voluntad democrática «no surge de la nada sino que se desarrolla, se cultiva». Por consiguiente, era deber de la sociedad formar al individuo para convivir en comunidad, «ya que un país que forma solo individuos autoreferidos se hace inviable». Como dijo: «hay solo una sociedad política allí donde existen seres educados para hacerla posible» (1962). Era tanta la importancia que le dio al vínculo entre democracia y educación que le dedicó un artículo a este tema. Lo tituló simplemente «Democracia y Educación» (1972).

E

Millas pensaba que durante la dictadura militar las cosas habían llegado a un punto intolerable y decidió jugarse por pavimentar el camino de vuelta a la democracia. Así, fue uno de los doce firmantes del acta que, el 10 de diciembre de 1978, constituyó la Comisión Chilena de Derechos Humanos. Según esta acta de constitución, su misión sería:

Trabajar en nuestro país como una organización no gubernamental, en forma pluralista, libre y autónoma, por la vigencia efectiva, respeto, protección y promoción de los derechos económicos, sociales, culturales, civiles y políticos consagrados en la carta internacional de derechos humanos, en los tratados, resoluciones y acuerdos complementarios de Naciones Unidas y demás organismos internacionales de los cuales Chile es miembro.

Millas (1982 a) consideraba que los derechos humanos regulaban la moral y la ley, y que, metafísicamente, eran un recurso generado por el hombre mismo para posibilitar que «cada individuo realice su destino de ser consciente, pensante y libre». Se trataban, en su conjunto, de un derecho social para proteger al hombre y el instrumento legal para expresar y asegurar el mutuo reconocimiento y respeto entre las personas. Esta última característica los vinculaba estrechamente al sistema democrático; de ahí que calificó la violación de los derechos humanos como un homicidio, porque atenta contra la forma humana de la existencia.

El filósofo argumentó que la sociedad debía estar interesada en la validez y vigencia de los derechos de la persona humana «para su propia sobrevivencia como estructura». Giannini (1992) convirtió este argumento de Millas en una frase potente: «una sociedad que no respeta a sus miembros no se respeta a sí misma, se disgrega o se envilece». Si recién iniciada la dictadura, Jorge Millas salió a la palestra para abogar por una sociedad democrática y por la restauración de los derechos de los chilenos ahogados por el golpe de Estado, en la próxima década levantaría aún más su voz contra de la intervención militar y sus actos, y pagaría las consecuencias.

Exiliado de las universidades

Entre los años 1976 y 1981, Jorge Millas dedicó todas sus energías a ser profesor y organizador de la Universidad Austral de Chile, ubicada en la ciudad de Valdivia. Este fue un período de su vida que le trajo críticas por haber servido bajo rectores impuestos por el régimen militar. También le trajo mucho dolor.

Cuando se convirtió en funcionario a tiempo completo de dicha Universidad, no tenía por qué saber que esta sería su última incursión en la vida universitaria, a la que le había dedicado su vida entera. Se vinculó a esta casa de estudios superiores desde su fundación en 1954; además, antes de empezar a enseñar en la UACh, daba cursos en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile, organizados conjuntamente con la Municipalidad de Valdivia. A todos estos antecedentes de la relación previa de Millas con Valdivia y su Universidad, se añade que la UACh funcionó durante más de una década bajo la tutela de la U. de Chile, hasta 1968, año en el que consiguió su autonomía.

En marzo de 1973, Millas también colaboró en la fundación de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, llegando a ser su decano. En 1974, fue designado representante de la Universidad en Santiago, especialmente en el Consejo de Rectores. Y en 1976, Millas fue el primer director de la recién creada Dirección de Estudios y Planificación de la UACh. No en vano el filósofo buscaría refugio permanente en esta institución después de que fuera forzado en 1976, como sabemos, a dejar la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, luego de publicado su artículo «La Universidad Vigilada».

En una época en que muchos académicos perdieron su trabajo, fueron encarcelados o incluso desaparecieron, levantó una polvareda entre varios opositores al gobierno militar el hecho de que Millas —un ferviente apóstol de la libertad de cátedra y la autonomía universitaria— hubiera aceptado el contrato que le ofreció en la UACh su entonces rector delegado Gustavo Dupuis, coronel de ejército en retiro y exalumno de Millas. El filósofo ya había sido criticado por cohabitar con los militares cuando siguió como profesor de la Escuela de Derecho de la U. de Chile, en circunstancias que todo el aparato administrativo de esa Universidad había sido intervenido y muchos alumnos perseguidos, siendo emblemáticos los casos de Patricio Munita, ejecutado en diciembre de 1973, y de Ismael Chávez y Cecilia Castro, que se cuentan entre los

desaparecidos. Además, la dictadura exilió al conocido jurista Eduardo Novoa Monreal, y Millas tampoco dijo nada. Novoa Monreal había sido profesor de la U. de Chile y candidato a rector de dicha institución en 1974 (iba en la misma lista con el futuro Presidente de Chile, Ricardo Lagos Escobar, entonces candidato a secretario general).

Mientras tanto en la UACh, Guillermo Araya Goubert —quien en 1973 había sido candidato a rector de esta Universidad y que a la fecha del golpe era decano de Filosofía y Letras—, no solo fue exonerado, sino también encarcelado. Millas nunca alzó la voz contra estos atropellos, seguramente porque valoraba más mantener su cargo. En Valdivia, el filósofo reincidió en su colaboración con los rectores delegados, a pesar de que ya había sido humillado por los militares interventores en la U. de Chile al servicio de dos administraciones. Juan Enrique Serra, quien fuera alumno de Jorge Millas en el Departamento de Filosofía de la U. de Chile, y después su colega tanto en la cátedra de Introducción a la Filosofía, en el Instituto Pedagógico como en la Escuela de Derecho, cuenta cómo lo humillaron:

Cuando Millas llegó a comienzos del año 1976 a averiguar en la secretaría de la Escuela de Derecho sobre su horario de clases, se le contestó que, por un error, no figuraba su nombre en el calendario escolar. Después de acudir varias veces a inquirir lo mismo, sin que hubiese podido ser reparada tan lamentable omisión, el profesor Millas encargó a uno de sus ayudantes que hiciera entrega de su carta de renuncia al nuevo decano.

El nuevo decano de la U. de Chile era Hugo Rosende. Este se encargó de hacer una «limpieza» profunda de la Universidad, expulsando incluso a destacados profesores democratacristianos como Máximo Pacheco, quien había sido ministro de Educación de Eduardo Frei Montalva. En los primeros meses después del golpe militar, Millas pareció aceptarlo, imaginando que la situación de las universidades chilenas, que para él había sido enrarecida por la reforma, podría mejorar. Más tarde, cambió radicalmente de opinión y no dudó en criticar públicamente la intervención de las universidades. En un discurso dirigido a sus amigos tras su alejamiento de la UACh, Millas explica por qué inicialmente consideró que la intervención de las universidades era «un mal menor»:

Van ya para ocho años de intervención política y militar de la universidad chilena. Cuando la medida se adoptó en 1973, había aparentes razones para excusar su extremismo. Los claustros habían sido, en efecto, desnaturalizados

por la neurosis política del país y había desaparecido de ellos el ambiente espiritual de ensimismamiento creador que reclamaba precisamente su deber al servicio público.

Muñoz León,[25] explica que «al sobrevenir los trágicos sucesos del golpe de Estado, muchos pensaron que la extrema, y de todas maneras discutible decisión de intervenir militarmente, era un mal menor del que pudiera tal vez surgir la normalidad deseada». Dada la conversión de Millas a crítico tenaz de la intervención de las universidades, señala Squella que «nadie podría dudar de que siempre tuvo conciencia de que lo peor para ella [la universidad] ocurrió con los militares y no con los comités de la Unidad Popular —los famosos CUP— que en el gobierno de Salvador Allende se formaron en todo tipo de organizaciones, incluidas las universidades».

E

En la UACh, el primer rector delegado, Gustavo Dupuis, coronel en retiro de Artillería —a quien José Miguel Vera, también profesor de Filosofía de esa Universidad, describe como más bien bajo, corpulento, algo canoso, de mirada afable y sonrisa cordial— le pidió a Millas que lo asesorara en el manejo de la institución. Según me dice Smith, quien también fue profesor de la UACh y hasta compartió oficina con el filósofo, «a Millas no le gustaba esta labor, pero la hacía muy bien porque no era avasallador, podía trabajar en equipo y era muy sensato».

Además de ejercer como director de Estudios y Planificación, Millas era decano de Filosofía y Ciencias Sociales; allí dictaba clases en la licenciatura en Filosofía, en el bachillerato en Antropología y cursos de servicio para otras carreras. «Su mayor permanencia en Valdivia resultó muy valiosa para todos, para nosotros los académicos de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales, para la Universidad, pero también para la comunidad valdiviana», añade Vera.

En realidad, Millas era un decano visitante. Vivía permanentemente en su casa de Rutilio Rivera en Santiago y pasaba los fines de semana en su parcela en Alto Jahuel, cercana a la capital. En Valdivia, en cambio, hacía clases semana por medio y solo los días martes, jueves y sábados. Viajaba hasta allá por la longitudinal sur en buses Vermont. Nunca se quejó del hecho de tener que desplazarse en bus por un trecho tan largo. Más bien, podría haberle gustado, ya que podía trabajar o dormir en el trayecto y disfrutar una copa de whisky Old

Gold que servían en esa línea de buses.

Se alojaba en las residenciales de la Tante (Sra. Burmeister) y de otra señora alemana, conocida como la Frau. Ambas daban pensión con cama y desayuno. La residencial de la Tante estaba ubicada en avenida Arauco, una calle central de Valdivia, desde donde Millas caminaba unas siete cuadras para llegar a la sede central de la Universidad. Cuando llovía, cosa frecuente en esa ciudad sureña, Millas no habría podido cruzar el puente que lo separaba del campus; probablemente tomaba un taxi ya que dejaba su auto en Santiago; una de las deudas que no alcanzó a saldar antes de morir fueron las cuotas de ese automóvil.

En sus pocos momentos de relajo en la ciudad de los ríos visitaba el Café Paula. Él y sus colegas se instalaban frecuentemente en el segundo piso para conversar largo y tendido, alejados del ruido del primer nivel. Millas generalmente tomaba café o cerveza y jugaba ajedrez, hasta que partía a su pensión alrededor de las seis de la tarde para escribir y preparar sus clases. Después de su muerte, Patricio Águila, dueño del local, bautizó el recinto del segundo piso como «Salón don Jorge»; hoy ese café ya no existe.

El clima que reinaba en la UACh durante aquellos años era tenso. Roberta Basic, exalumna de Millas en el Instituto Pedagógico y más tarde profesora en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile, dice que en ese entonces la casa de estudios «estaba y vivía amenazada en todo lo que la hacía tener sentido: la libertad, el conocimiento, la creación y el pensamiento crítico. Don Jorge vivía esa realidad a partir de su propia dialéctica de persona que actuaba éticamente». Millas solía visitarla en su hogar en la población Teniente Merino. Sobre esto recuerda:

Era un miembro más de la casa, se integraba con naturalidad y simpleza. De los cuentos y las anécdotas pasábamos a la risa, la cena, el café y la conversación simple. Muchas veces me acompañaba a la cocina mientras preparaba mermeladas y murtado [licor de murtas en aguardiente]. Con alegría se llevaba los frascos que le daba y las dos botellas de murtado que especialmente hacía para él cada año.

Una fotografía del filósofo sosteniendo una foto o un documento y observándolo atentamente, es la presencia de Millas que todavía queda en la casa de Basic, quien describe:

Su mirada está fija en lo que sostiene y su postura, como siempre en las clases, centrada en lo que está haciendo. Viste una sencilla camisa blanca de mangas largas, pantalón oscuro que solo se alcanza a esbozar, dado que es una foto de medio cuerpo. Se notan las canas en sus sienes y el bigote es blanco, rasgo que lo caracterizaba en sus últimos años.

Durante ese tiempo, en Valdivia, el Prof. Vera organizaba tertulias en su casa, a las que Jorge Millas era un invitado habitual. Un hito de dichos encuentros, que muchos de los asistentes recuerdan con entusiasmo, eran las lecturas de su fascinante libro aún no publicado en ese entonces, Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas.[26] Recuerda Vera:

Cuando don Jorge imitaba el discurso del gato, su docta audiencia se reía a carcajadas, celebrando esa lectura que con un humor tan fino, nos deparaba momentos muy gratos, que permitían, por cierto, que la tertulia se convirtiera en un gratísimo espacio de distensión, alegría y camaradería. Esta otra faceta del filósofo, a quien habíamos escuchado en conferencias, en clases o habíamos leído en sus libros o ensayos, era un regalo que para todos, o al menos para mí, ha quedado guardado en algún pliegue de la memoria como uno de los mejores recuerdos de aquella época.

Un capítulo del libro que Vera recuerda con particular agrado se titula «Animal de precisión», y alude según él, «[a] la mala costumbre de algunos periodistas de tergiversar la lengua con expresiones ramplonas, pero que lograban introducir en el uso cotidiano de la comunidad».

E

En 1976, el rector delegado Dupuis fue reemplazado por el general Pedro Palacios. Millas fue criticado nuevamente por los opositores a la dictadura por dirigirle al rector saliente un «elogioso discurso de despedida… donde le agradece haber restituido el orden a esta institución» (Muñoz, nota 25). Era Dupuis quien había nombrado a Millas director de la nueva Dirección de Estudios y Planificación, el que le encargó redactar los estatutos de la Universidad y el que le pidió que contribuyera a formular un plan de consolidación y desarrollo para el quinquenio 1980-1984.

La UACh nunca había tenido estatutos con reglamento para la carrera docente hasta que Millas los escribió. Estos estatutos fueron implementados en 1977 y

contemplaban un Senado Universitario, una Federación de Estudiantes y Centros de Alumnos por escuela (Squella). Palacios, el nuevo rector, mantuvo a Millas en sus cargos, pero no por eso el filósofo dejó de decir lo que pensaba, aunque se tratara de críticas al gobierno militar. En 1980, en presencia de Mónica Madariaga, exalumna de Millas y entonces ministra de Justicia, dio un discurso en el que se manifestaba contrario a la Constitución que preparaba el Gobierno y que se aprobaría poco tiempo después.

En ese discurso, Millas rebatió el concepto de «democracia protegida» que se manejaba en el Gobierno, recalcando que tal concepto constituía una contradicción en los términos. Si era protegida, argumentó, no podía tratarse de una democracia de motu proprio. Madariaga le dijo que había quedado convencida por su argumento y que lo haría ver en Santiago. «Después de esto, Madariaga mantuvo tomada la mano de Millas y lo llamó su maestro durante todo el almuerzo», cuenta Smith.

Una anécdota contada por la periodista Odette Magnet revela cómo Millas usaba su fino y «filosófico» sentido del humor para expresar su descontento con lo que estaba sucediendo en Chile: como director de Planificación de la UACh, tenía la obligación de poner en su oficina una fotografía oficial de la Junta Militar de Gobierno. Cumplía con el requisito, pero en vez de ubicarla detrás de su escritorio, como debería haberlo hecho, la colocó frente a él. Cuando en cierta ocasión el rector Dupuis le comentó el hecho, Millas le explicó sonriente y con toda naturalidad: «es que siempre he preferido tener al adversario al frente…».

En enero de 1980, Millas dictó la ponencia «Las ideologías: Teorías y problemas», en un encuentro en la Universidad de Concepción organizado por la Corporación de Promoción Universitaria. En las tres primeras cuartas partes de su ponencia, habló de la universidad en general, pero hacia el final se refirió a la situación por la que pasaban las universidades chilenas. Y lo hizo sin pelos en la lengua. «La universidad chilena se halla muy estragada», dijo, añadiendo que su máxima preocupación era «la actual alienación de nuestras universidades… que las pone a merced de valores y poderes que le son ajenos, como por ejemplo, el conformismo y la primacía de la fuerza», a lo que prosiguió profundizando:

Ni que se trate de una «situación de excepción» —como consoladoramente se dice— ni que se venga anunciando una ley de universidades, pueden superar nuestra pesadumbre ni inducirnos al optimismo. Estos siete años de alienación han sido años dilapidados en experiencias de sujeción y silencio y otras medidas

de lesa universidad, que no han ocurrido sin consecuencias… El espíritu universitario es cosa frágil y hoy el ánimo medroso y apocado de innúmeros colegas nuestros, dan testimonio del daño ya infringido.

Ese discurso causó escozor entre los directivos de la UACh hasta el punto que el secretario general, Félix Urcullú Molina, rebatió a título personal los dichos de Millas. En un artículo en el diario El Mercurio,[27] calificó los dichos del filósofo como particularmente graves, dado que:

Los cargos de mayor responsabilidad que le ha tocado desempeñar los ha obtenido dentro de 'estos siete años de alienación', y ello en razón de sus méritos académicos y vasto prestigio en el campo universitario nacional, y no 'por el camino de la docilidad y del trajín sigiloso, cuando no intriga', como el catedrático plantea ser el sistema actual imperante en nuestras universidades. ¿Cómo pudo ocurrir esta aberración, al menos en nuestra Universidad, si el conferenciante era el responsable de los estudios y de la planificación de esta Corporación? Su huella ha sido profunda y meritoria, y este surco histórico, diría yo, lo pudo cavar gracias a la oportunidad que se le brindó bajo este régimen de excepción de rectores delegados, y que solo ahora lo denuncia como 'años de alienación'. Y si el profesor Millas estaba consciente en estos años de los alarmantes defectos que ahora nos enrostra, ¿por qué no nos advirtió oportunamente de esta caótica situación y siguió participando como autoridad en el sistema que critica sin intentar superarlo?

Hacía meses que Millas parecía haber decidido ya jugarse el todo por todo en defensa de sus ideas. En enero de 1980, habló de la falta de libertad de prensa en una entrevista en el diario El Sur. Y el 27 de marzo del mismo año, hizo una declaración ante el Consejo Superior de la Universidad Austral de Chile, que decía, entre otras cosas:

El problema verdadero y profundo es… ¿qué grado de libertad académica, y por tanto, de mínima dignidad espiritual para cumplir las funciones de la educación superior y de la investigación de la verdad científica, conservan todavía en Chile nuestros universitarios? ¿Qué grado de seguridad, de estabilidad en sus cargos, de tranquilidad moral y de respeto existe para alumnos y profesores que solo se dedican a la misión de pensar, aprender y educar?

Reconoció que algunas personas como él habían gozado en las universidades «de cierta franquía, por cierto limitada, de expresión sobre los problemas cívicos

del país». Preguntó: «¿Empujé yo realmente ese margen más allá de lo tolerable —como me lo dijo el señor rector— yo que no hago otra cosa que pensar y escribir como todos han sabido siempre que pienso y escribo?». Entonces, dijo, enfáticamente: «Yo declaro solemnemente no entender lo que 'tolerable' significa en estas cosas, y más solemnemente aún, no reconocerle a nadie el derecho a marcar lo que es tolerable en el orden del pensamiento».[28]

Un par de meses después, en la entrevista otorgada a Moreno Laval en la revista Hoy, criticó asimismo lo que sucedía en las universidades. Dijo en esa entrevista que los académicos se encontraban «en una situación anormal»: estaban temerosos, inseguros, en permanente peligro de ser reprimidos. Llamó a la intervención de los rectores delegados, «un detalle secundario», frente a lo «aterrador» que significaba para el universitario tener que incurrir en la indignidad de callar sus ideas. Dijo:

Una universidad condenada al silencio —y el silencio no es sino la expresión eterna de lo que verdaderamente está ocurriendo, que es el temor— no puede ser el ambiente adecuado para que allí tenga refugio la inteligencia. La nación tendrá que pagar un precio muy alto como consecuencia de que las generaciones que van saliendo de las universidades salen atemorizadas, ya que han recibido el ejemplo deprimente de maestros que tienen miedo de contestar las preguntas de los estudiantes y que, ante ellos, ofrecen el espectáculo indigno del temor por no ser realmente libres.

Ese «orden» universitario pervertido llevaba a algo que consideraba éticamente muy grave, señaló en la entrevista:

Lleva a la simulación, al autoengaño… Se engaña el Gobierno, creyendo que ha resuelto el problema del orden de la universidad. Se engañan muchos universitarios, siendo que han perdido su dignidad. Se engañan los estudiantes pensando que son educados, cuando solo se les está dando una falsa educación dentro de esta atmósfera reprimida. Y se engaña a la sociedad, creyendo que hay una universidad que está cumpliendo sus expectativas de educación superior, que en estas condiciones no las puede cumplir.

Cuando el periodista lo conminó a definir a qué se refería con el temor y represión en las universidades, Millas explicó que se estaba refiriendo al hecho de que en las casas de estudios no se contrataba a nadie hasta que no se recabara información secreta sobre la idoneidad política del candidato, «que proviene de

fuentes ajenas a la universidad». Lo mismo pasaba con los académicos de planta, que vivían con el temor de perder su empleo si llegaba de pronto «uno de esos informes advirtiendo que esa persona es un peligro porque se le descubrió algún remoto precedente en su biografía política». Opinó que lo anterior podría haber sido tolerable en los primeros meses luego de septiembre de 1973, cuando el país estaba convulsionado, pero que después de casi siete años del golpe de Estado «ha llegado a convertirse en una insensatez».

Si Millas supuso que su fama como filósofo, buen profesor y buen administrador lo protegerían de represalias si sus palabras no caían bien a los administradores militares de las universidades, se equivocaba: se dice que Guillermo Clericus, rector delegado de la Universidad de Concepción, le habría pedido al rector de la UACh la remoción de Millas, aduciendo al polémico discurso que había pronunciado en esa Universidad en el mes de enero. Lo mismo habría hecho el Ministerio de Educación de la época, confirma Squella.

Pedro Palacios, rector de la UACh en ese momento, decidió enfrentar a Millas por sus dichos. Lo llamó a su despacho el día 18 de marzo de 1980 para expresarle su preocupación por sus «actividades» en Concepción. Millas le contó qué había hecho allí y le entregó el texto de los discursos que había pronunciado. Una semana después, el lunes 24 de marzo, Palacios llamó nuevamente a Millas para comunicarle que, luego de leer sus discursos y encontrar que sus opiniones no eran lo suficientemente objetivas respecto a la situación que vivía el país, debía pedirle que dejara el cargo de director de Estudios y Planificación y de decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales (Figueroa).

Millas aceptó ser removido de estos cargos, aduciendo que dejar esas funciones más bien administrativas le permitirían dedicarse de pleno a sus actividades académicas. Palacios le replicó que tampoco podría seguir como profesor, ya que, por su ascendiente en la Universidad, su permanencia representaría un factor inhibitorio para el nuevo decano. La única forma de que Millas permaneciera en la planilla de la casa de estudios era que se tomara un año sabático. El filósofo aceptó la propuesta, eso sí, con condiciones: que la comunicación pública de que se acogería a un año sabático incluyera las condiciones que había puesto para aceptar pasar un año fuera de la Universidad, además de una afirmación clara y sin ambigüedades de que la libre expresión de ideas y «el ejercicio intelectual y éticamente responsable» eran política de la Universidad.[29]

Millas estuvo en desacuerdo con el texto de la carta del general Palacios sobre los planes para su persona, ya que esta, infería, que la renuncia era voluntaria. Entonces decidió renunciar al año sabático y de paso a la Universidad, apunta Moreno Laval. La noticia del despido de Millas de la UACh se extendió rápidamente y muchos académicos de todo el país salieron a respaldarlo. Una de las voces más potentes fue la del físico Igor Saavedra, profesor Titular de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la U. de Chile. Según me contó Squella, incluso hubo un movimiento nacional a favor de la reintegración de Millas.

El novelista Jorge Edwards comentó que desde la perspectiva que dan los años, es posible considerar la apasionada reacción de protesta y solidaridad que produjo la expulsión de Jorge Millas como «un primer acto remoto, pero de gran eficacia, un remezón inicial y decisivo», que llevó finalmente a la derrota al régimen de Pinochet en el plebiscito de 1988 y consecuentemente a los comienzos de la transición. No pasaron más de cuatro días desde la renuncia de Millas y el escándalo provocó que la UACh reconsiderara su reintegración. El día 2 de abril de 1980 le ofrecieron que volviera a la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales, pero solo como profesor, lo que el filósofo aceptó. Depuso entonces su renuncia, «por el bien de la universidad», según dijo.

A poco andar de su salida y regreso, el rector Palacios fue removido. Lo reemplazó Jaime Ferrer Muga, también militar, de quien se dice era amigo del dictador Augusto Pinochet. Ferrer derogó los estatutos de la UACh, que regían desde 1978, a los que Millas había contribuido a elaborar y aprobar. Además, despidió a más de setenta académicos, muchos de los cuales habían solidarizado con Millas.

Según Vera, «la situación de la universidad con la llegada del nuevo rector cambió radicalmente y se empezó a vivir una atmósfera inquisitorial que nunca había existido. La actitud de Ferrer Muga con Millas fue más bien hostil. Millas tampoco fue apoyado por las autoridades de su propia Facultad, de la cual él había sido decano Fundador». La paciencia de Millas finalmente se agotó y renunció en mayo de 1981. Smith me cuenta que si aguantó los embates por tantos meses, fue porque, aunque estaba muy molesto; callaba porque quería «seguir hablando de filosofía».

Fue sincero en su carta-renuncia de junio de 1981, cuando dijo que la había presentado «contra sus deseos» y «asimismo contra sus deseos de alejarse de las

universidades de Chile, en general», ya que sabía que esto significaba también su renuncia total a la academia universitaria. Añadió, no obstante, que las cosas no podían «ser de otra manera». En una situación en que «mucho de lo que pasa hoy por universitario es un lamentable remedo de la universidad verdadera… hallarme fuera de la universidad es para mí un deber de autenticidad. Después de todo, la presencia de uno cohonesta la situación [es decir, da apariencia de honesta a una situación indecorosa]».[30]

En un discurso que pronunció días después, en una manifestación de despedida ofrecida por la comunidad valdiviana, dijo: «me alejo de las universidades del país, aunque no me despido de ellas. En cuanto a despedirme, no quiero hacerlo porque no he perdido la esperanza. De alguna manera, la universidad chilena está dentro de mí y al desvincularme administrativamente de ella, la llevo espiritualmente conmigo».[31] Millas confesaría luego que estuvo «con una gran tristeza porque a uno lo sacan de su medio natural. Me inutilizan en mi acción. Una vía de expresión mía, de creación, desaparece». Añadió que al ser exonerado de la UACh, había comprendido que lo que habían hecho con él era condenarlo a un «ostracismo espiritual» (Moreno Laval). Aun así, su pasión por la vida universitaria lo llevó a decir: «con una mezcla de esperanza y deseo angustioso, 'yo volvería'» (González). Pero su deseo no se cumplió jamás: Millas había iniciado «su propio y doloroso desarraigo» (Squella).

Si en el muy improbable caso de que alguna universidad hubiera decidido contratarlo, no es seguro de que Millas hubiera aceptado, ya que, como vimos, había dicho que todas ellas estaban condenadas al silencio y, por lo tanto, no ofrecían el ambiente adecuado para que se refugiara la inteligencia. Solo una razón de sobrevivencia económica lo habría obligado a seguir dentro de las aulas. Para una persona que había dedicado su vida a la docencia y a las actividades universitarias, haber quedado, como alguien dijo, a la intemperie, fue tremendamente doloroso. Lo confirmó su amigo de juventud, Hermann Niemeyer, cuando dijo: «lo vi triste ese año» (González).

E

Con el fin de su carrera universitaria se había acabado también su fuente de ingresos. Aunque suponemos que no ganaba mucho como académico, su sueldo le significaba una entrada regular con la que ya no contaría. Por otra parte, su parcela de Alto Jahuel apenas daba para sostener a la familia de Miguel Espinoza, su hijo adoptivo. Más aun, recuerda su amigo José Miguel Vera,

Millas había sido estafado por uno de los profesores de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile. El profesor le había pedido ser aval por una cantidad que posteriormente modificó por una suma muy superior. Después se fue del país dejando a Millas endeudado en varios millones de pesos, lo que obligó al filósofo a vender una de sus propiedades para cubrir la deuda.

La periodista Malú Sierra (1982), quien lo entrevistó luego de su renuncia a la UACh, escribió que «el desaliento se trasluce en su mirada […]. Tras el drama intenso hay un hombre humilde pero fuerte. Dulce y sereno, pero muy valiente».

—¿Qué piensa hacer ahora? —le preguntó.

—Me voy a incorporar a la economía social de mercado, explotando privadamente mi profesión. Voy a abrir cursos de Filosofía en mi casa —respondió con ironía.

—¿Va a recurrir a la huelga de hambre? —le consultó en seguida la periodista.

—Yo como tan poco que no tendría sentido una huelga de hambre —y poniéndose serio, prosiguió—; ya me parece que hay expresión de drama suficiente a esta especie de hambre intelectual a la que se me condenó al separarme de la universidad.

E

Y así, Millas se las ingenió para seguir avanzando por la senda de la filosofía y la docencia: «arrastrando con dignidad el 'exilio interno', tan duro como el otro, siguió llevando a todas partes su pensamiento vigilante, insobornablemente reflexivo y ético por lo que se caracterizó su vida» (Giannini 2011). Tal como le anunció a Malú Sierra, empezó a dictar seminarios de Filosofía en su casa. Lo debe haber hecho para ganar algo de dinero, pero también para mantenerse vinculado a los temas que siempre le habían inquietado y continuar así con su autoimpuesta misión de transmitir su saber a otros.

Vera recuerda que no le resultó fácil conseguir alumnos para esos seminarios, entre otras cosas, porque los potenciales asistentes temían tomar clases con un profesor que había quedado fuera de la universidad por no estar de acuerdo con la intervención militar de las mismas, y que, además, se había transformado en

un rostro reconocible de la oposición a la dictadura militar. Entre los que sí decidieron tomar clases con él, dice Vera, se contaban exalumnos de la Escuela de Derecho y del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile; algunas personas conocidas como Jorge Slachevsky, uno de los fundadores de la Editorial LOM, junto a su esposa Matilde Chonchol, hermana de Jacques Chonchol, uno de los inspiradores de la reforma agraria durante el gobierno de Salvador Allende; y José Piñera, padre del que sería futuro Presidente de la República, Sebastián Piñera Echenique. Algunas de sus clases las impartía en su casa de calle Monseñor Edwards con Rutilio Rivera, generalmente a grupos de veinte a veinticinco personas, que era la cantidad de alumnos que le cabían.

Además, algunos seguidores de Millas prestaron sus casas para que hiciera sus seminarios. Uno de ellos fue su exalumna y colega en la UACh, Roberta Basic, quien le solicitó a su padre que le facilitara a Millas su casa en calle Echenique 6581. En otros casos no se sabe si arrendaba el lugar. En 1981 dictó dos cursos en Viña del Mar, uno en calle Traslaviña 325, departamento 2 del edificio Los Laureles, donde vivía la Sra. Irma Pérez. El segundo, en una casa más amplia en calle 6 Poniente, entre 2 y 3 Norte. A uno de los cursos dictados en Traslaviña, que se efectuaba una tarde a la semana, asistió Squella, quien describe esos encuentros conformados por «un público variopinto de profesores de Filosofía, abogados, políticos en receso, y hasta contadores que estaban allí más por solidaridad con el expositor, que por interés de escuchar el examen crítico del pensamiento de von Hayek sobre el neoliberalismo».

Conjuntamente con dar clases particulares —a las que llamaba su «docencia privada o competitiva», como solía decir con cierto humor triste, cuenta Giannini—, Millas dictaba semanalmente un curso sobre el Derecho Natural y los Derechos Humanos en la Academia de Humanismo Cristiano. También seguía participando en la Asociación Universitaria Andrés Bello, de la cual, el 23 de julio de 1980, fue uno de sus fundadores. Formada por setenta y siete intelectuales, de los cuales cinco eran exrectores de universidades, su misión era defender a las instituciones de educación superior y al libre pensamiento. Entre otras cosas, la Asociación luchó por una auténtica autonomía universitaria «que concebimos —dijo Millas— como el derecho de los académicos de asumir en plenitud el papel histórico que el país nos ha dado, de hacernos cargo de la educación superior de la nación…».

Otra de sus ocupaciones después de su partida de la universidad fue trabajar en un libro sobre el pensador neoliberal Friedrich von Hayek. Lo llamó «La libertad

como poder y franquía». La muerte lo encontró a medio camino y nunca lo terminó. El aporte crítico de Millas respecto al libertarismo de von Hayek[32] está contenido en una ponencia que preparó para un seminario realizado en Santiago, en marzo de 1983, al que no logró asistir. La ponencia fue publicada después de su muerte con el título «La concepción de la libertad-poder de Friedrich von Hayek» (1996 a).

La principal crítica de Millas a von Hayek es que presenta una limitada concepción de lo que es la libertad, la cual Hayek define como aquel «estado en virtud del cual un hombre no se halla sujeto a coacción derivada de la voluntad arbitraria del otro». Esto, porque «la mano» de los mercados es invisible y por eso no obliga a las personas a tomar una u otra decisión económica. Afirma von Hayek (1975): «no puede decirse que sufra coacción si la amenaza del hambre para mí y mi familia me obliga a aceptar un empleo desagradable y muy mal pagado o incluso si me encuentro a merced del único hombre que quiera darme trabajo».

Millas da muchas razones por las que está en desacuerdo con la concepción de la libertad de Hayek: «No es libre aquel a quien se le permite hacer lo que no puede… Solo es libre, en cuanto a la ausencia de coacción, quien pudiendo hacer algo, no encuentra trabas provenientes de la acción ajena. La noción de libertad no puede ser meramente negativa». Con esto implica Millas que el mercado no asegura la libertad del individuo, si no considera las desigualdades sociales y económicas desde las cuales las personas actúan.

A la concepción de libertad de von Hayek, Millas contrapone la de una libertad más compleja, que incorpora dos aspectos: primero, que nadie interfiera en lo que yo hago y, segundo, que yo tenga la capacidad real de hacer lo que me propongo. Esta capacidad de acción del hombre puede ser aumentada en forma general a través de la educación. El filósofo ejemplificó cómo podían aumentarse las capacidades de una persona (lo que llamó redimir socialmente al individuo aumentando su poder, es decir, su libertad): «No otra cosa hacemos cuando enseñamos a leer al analfabeto, cuando abrimos más oportunidades para la educación profesional, cuando difundimos las artes y las letras; pero es también lo que hacemos al buscar las mejores condiciones posibles de salud, alimentación y vivienda para el común de los hombres».

Según Millas, lo determinante para von Hayek «no parece ser la libertad misma, sino el régimen capitalista. Es esta la piedra de toque de todo el sistema. No es la

libertad la que sirve de medida al capitalismo, sino que este a aquella». También cuestiona el postulado del filósofo nacido en Viena de que un modelo social centrado en la libertad del individuo puede darse sin democracia política. Para Millas (1974) esto no es posible, ya que la participación y la inclusión son fundamentales en una democracia, entendida como el sistema político que busca propiciar la convivencia integral de las personas. Un Estado que «cierra el camino hacia el reconocimiento recíproco del valor y dignidad de los miembros de la comunidad política en cuando tales» es, para Millas, «un Estado a medio hacer, una pseudo-convivencia». Millas no sabía que su tiempo fuera de la UACh sería tan corto, y que la muerte lo llamaría tan prontamente. Le habría gustado saber que, con Chile ya en democracia, la UACh terminaría reivindicándolo de forma póstuma cuando el exrector de esa Universidad, Manfred Max-Neef, instituyó en 1996 el Premio Jorge Millas, el cual «rinde homenaje a quien entregó parte de su vida y sus mejores esfuerzos al desarrollo de la Universidad Austral». La distinción entrega un expreso reconocimiento a personalidades que hayan contribuido de manera notable con su obra y su vida a ennoblecer y desarrollar la institución universitaria o la educación superior. El primero en recibirlo fue Humberto Giannini.

Reflexionando sin ira

En el año 1979, la oposición al régimen militar dirigida por el ex-Presidente Eduardo Frei Montalva logró realizar pequeñas manifestaciones en la vía pública, sin cobertura de televisión y algo de radio. Eso, hasta el 27 de agosto de 1980 a las seis de la tarde, cuando se dio comienzo al acto que pasó a la historia como el «Caupolicanazo».

Ese día, cinco mil personas llenaron el histórico teatro santiaguino, donde se realizan eventos artísticos y una que otra manifestación política desde inicios de la década del treinta. La ceremonia se tituló «Reunión de los Chilenos Libres» y su motivo era decir «No» a un plebiscito convocado para el 11 de septiembre, con el propósito de aprobar o rechazar una nueva Constitución. El «Caupolicanazo» fue la congregación de la oposición más grande desde que comenzara la dictadura militar, casi siete años antes, y en ella, Jorge Millas tuvo una participación destacada. Hubo tres oradores, pero fueron su discurso y el de Frei los que hicieron historia.

No hay registro de que hasta entonces Millas hubiera hablado frente a un auditorio tan multitudinario. Pero siendo un gran orador, lo hizo tan bien que dejó una impresión indeleble en algunos de sus oyentes por la claridad de sus ideas, la elegancia de sus palabras y sus impresionantes dotes de expresión. Le costó aceptar la invitación a hablar en el Caupolicán, pero según Smith, su amistad con Frei habría sido determinante. También debe haber pesado en su decisión de salir desde las aulas a la arena política —en un momento tan delicado— el hecho de que tenía objeciones muy bien elaboradas sobre lo que significaría la aprobación del texto constitucional que el gobierno militar estaba sometiendo a plebiscito. Quiso añadir su voz a los que promovían a votar «No».

Por disposición del gobierno militar que, se dice, solo aceptó la realización del acto por la presión internacional, la reunión fue a puertas cerradas y la cobertura de prensa se limitó a una transmisión en línea de las radios Cooperativa, Chilena y Santiago. En el masivo recinto había un ambiente de festejo y temor: corría la adrenalina entre los concurrentes, que se sentían participando de un hecho histórico, en tiempos en que para juntarse en pequeños grupos era necesaria una autorización.

Frei llegó al Teatro Caupolicán acompañado de un séquito de dirigentes de su

proscrito partido, la Democracia Cristiana, y con ellos se ubicó en las primeras filas del recinto. No hay registro de quienes acompañaron a Millas ni de dónde se sentó, pero pocas personas deben haberse acercado a él a su ingreso ya que no era muy conocido en ese ambiente. A su llegada y a la salida, poco después de la diez de la noche, Millas tuvo que sortear a los carabineros que merodeaban por el lugar. La policía tenía como refuerzo un carro lanza-agua, con el que cerraron el paso a los asistentes media hora antes de que empezara el acto. Los que quedaron afuera pudieron escuchar los discursos por parlantes ubicados en la calle San Diego.

Enjuto, pequeño, vestido con modestia, Millas debe haber desaparecido en el podio al lado de la imponente figura de Frei. Habló antes de un intervalo musical, a la espera de las palabras del ex-Presidente, el plato fuerte de la reunión. Pero lo de Millas no fue un simple relleno a la espera del discurso principal: su figura se agigantó cuando empezó a exponer lo que la revista Hoy llamó una «clase magistral sobre la democracia».[33] Muchos intelectuales y figuras políticas estuvieron ahí presentes. Edwards recuerda haber estaba sentado al lado del escritor Francisco Coloane, y que ambos escucharon a Millas en silencio, embargados por la admiración de su discurso, «valiente, tajante, dicho con palabras certeras que parecían golpes como pedradas en los andamiajes del adversario». El mismo autor dice que el discurso fue «un ataque a fondo, admirablemente bien estructurado, contra la idea con la que gustaba jugar al régimen militar, de una democracia protegida, autoritaria. Era la defensa, por el contrario, de una democracia sin adjetivos y cuya fuerza, única y poderosa, provenía del correcto ejercicio de la soberanía popular». Carlos Peña, quien también estuvo esa tarde de agosto en el Caupolicán, observa:

Nadie, o casi nadie, escuchó cuando se anunció a Jorge Millas. Pero de pronto cuando partió su discurso, sin ninguna estridencia, se empezó a hacer poco a poco el silencio, como si la inteligencia de sus palabras y la cadencia que les imprimía poseyeran un efecto hipnótico que solo pudo terminar con los aplausos que siguieron a su invitación final: «decir no, con reflexión y sin ira».

E

Millas utilizó la tribuna del Caupolicán para invitar a todos los chilenos a reflexionar con el sentido común, sin prejuicio alguno, echando mano a su optimista creencia de que el diálogo entre opositores es posible y puede desembocar en soluciones mutuamente compartidas. En su discurso extendió

incluso su invitación a los que apoyaban al régimen militar irrestrictamente y se negaban a cuestionarlo; a aquellos que, en sus palabras: «creen que Chile, después de 150 años de régimen constitucional, no está preparado para la deliberación ciudadana».

También invitó a conversar a los que votarían a favor del plebiscito constitucional, que «consideran que la Junta de Gobierno habría podido darnos graciosamente una Constitución sin consultar a la ciudadanía y que esta debiera conformarse, reverente, con la magnificencia de aquella al invitarnos a este plebiscito, aunque se dé en medio de las más adversas circunstancias a la plena información, el libre debate y el espontáneo sentir del pueblo convocado». Como dijimos antes, Millas usó su discurso del Caupolicán para difundir más ampliamente el porqué pensaba que la democracia era el mejor sistema que se ha inventado para conseguir un orden auténtico, y asimismo una autoridad que no sea «dogmática, mesiánica ni personalista»; y lo hizo de una forma memorable y digna de ser citada en su integridad.

El orden democrático, les dijo a las miles de personas que lo escuchaban, «es un ideal sencillo y permanente: es la comunidad de hombres que, desiguales como personas, convierten sus desigualdades naturales en fuentes de dinamismo y, corrigiendo las desigualdades antinaturales, buscan un mínimo de concordia para vivir en común. Todo intento de innovación en esto es rechazo a la democracia misma». No era fácil lograrlo, tomaba tiempo y determinación. Así explicó esa tarde la ruta de Chile hacia la democracia plena:

A través de más de 150 años aprendimos, no sin tribulaciones ni sobresaltos, a escucharnos y ejercer el derecho a ser escuchados… Nos familiarizamos con la aspereza de los debates, con la intransigencia de los planteamientos doctrinarios, hasta con el vocerío a veces inquietante de la multitud. Pero siempre confiamos en la fuerza del orden interior de los espíritus y de la profundidad histórica de las instituciones que triunfaban siempre.

Vacilábamos, a veces, sobre el camino a seguir, pero nos animaba la fe de poder encontrarlo, como en el pasado, mediante el esfuerzo común de todos. Discutíamos, pero sin odio y sin temor. No temíamos a los abusos de poder, porque los abusos eran públicos, y públicamente se juzgaban por una prensa libre.

Cuando llegaba el momento del gran rito democrático de designar mediante

nuestros votos al ciudadano a quien se confiaba el mando supremo, pero no soberano, de la nación, juzgábamos, discutíamos, comparábamos a distintas personas y hacíamos que nuestro sentir y nuestro pensar de hombres libres nos ayudara a sortear, sin dogmatismo, la encrucijada práctica entre la incertidumbre y la esperanza.

Desconfiábamos de los partidos únicos y también de los hombres únicos. Y cuando en algún período excepcional, de mínima extensión en nuestra larga historia, esa vitalidad cívica comenzó a perturbarse y se temió la ruptura del equilibrio creado día a día por nuestros desacuerdos —pues eso es la democracia— pensamos que había que reexaminar algunas de nuestras instituciones, no demoler la democracia misma… ni inventar ahora nosotros, de espaldas a la experiencia de las naciones en la historia, una «nueva democracia» (2017).

El plebiscito convocado por el gobierno militar no tenía nada de eso, insinuó Millas en su discurso, de la manera gráfica pero sutil que lo caracterizaba: «de aprobarse lo que el Gobierno quiere, nacerá el orden aparente y compulsivo de unas instituciones sin base moral, por haber sido instauradas sin auténtico consentimiento ciudadano». Reiteró lo dicho con las siguientes palabras: «no hay gracia alguna en proteger la democracia, desnaturalizándola». De lo que se trataba era de tener instituciones realmente democráticas en cuya «autenticidad está su verdadera autoridad».

Cuando Millas terminó, los aplausos fueron ensordecedores. El también filósofo Marcos García de la Huerta, comentó que ese es «el recuerdo más emocionante que tengo de él, porque nos hizo sentir orgullosos de la profesión, y no solo por el coraje, sino por la elegancia de su verbo» (Squella).

Figueroa (2010), quién por su temprana edad en 1980 no estuvo ahí ese día, alabó la actuación de Millas: «En las condiciones entonces existentes, solo el coraje y una capacidad de indignación moral insobornable, junto a un profundo amor a la claridad que aporta la reflexión, pueden explicar que un intelectual como él, dedicado principalmente a la academia, se animara a la defensa pública de los derechos del pensamiento, la libertad humana en momentos en que el imperio de la fuerza no les reconocía ningún valor efectivo».

E

Algunos meses después Millas volvería, con más detalles, a las razones por las que se había opuesto a la Constitución de la dictadura y a la forma de sacarla adelante. En un artículo en El Diario Austral de Temuco,[34] habló de «la conturbación de mi ánimo y el de muchos ciudadanos, y nuestra repulsa intelectual y moral», frente a un texto legal, que dijo, revelaba «mayor preocupación por el statu quo del poder ya instaurado que por su auténtica legitimidad a través del consentimiento y la concordia nacionales; mayor interés en poner a los chilenos en una camisa de fuerza de una filosofía política adoptada a priori por quienes ejercen la autoridad, que en buscar una real y libre concordancia cívica». Por lo anterior, dijo con todas sus letras, que acusaba al proyecto «de insuficiente sinceridad, o, al menos de una insatisfactoria coherencia, en su invocación de los valores espirituales proclamados en los artículos 1.° y 5.°, y en la profesión de la fe democrática del artículo 4.°».

Detalló, asimismo, los que consideraba elementos antidemocráticos del texto constitucional, entre ellos, el hecho de que forzaba «a la nación a prolongar por ocho años un régimen autocrático… [y] a mantener en la presidencia de la República, también por otros ocho años y con expectativas de hacerlo por dieciséis, a un ciudadano que teniendo en sus manos la casi totalidad del poder, no se presenta como verdadero candidato, no se confronta con nadie, no somete a juicio público su gestión, y habría de continuar en el poder de todas maneras si la nación rechazara su proyecto».

Millas no paró ahí. Habló de «un orden que es pasividad y silencio» el cual «deja oculto el desorden de la verdad atropellada, de los derechos conculcados, de los espíritus amedrentados o sugestionados, y de la falta de verdadera alegría y esperanzas cívicas». La «auténtica autoridad de una comunidad política», señaló, solo podía provenir del orden verdadero que es el que solo surge de «la convicción y decisión de ciudadanos libres que participan de su establecimiento, conducción y corrección». No dejó de expresar su opinión de que la convocatoria al plebiscito había sido «solemne y patética», ya que se invitaba al pueblo «a elegir entre la Constitución que se le presenta y el caos». De ahí que revelara «una profunda antipatía hacia las tradiciones políticas de Chile».

Disfrutando en el reino de los animales

«E ste enigmático poeta-filósofo-político nos tenía preparada una sorpresa final producto de su estilo inglés, irónico y bondadoso a la vez, pero igualmente incisivo: Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas », describe Roberto Escobar (2005), académico, filósofo, músico y antropólogo chileno. Con el subtítulo «Divertimientos Lógico-Lingüísticos», esta obra fue publicada en forma póstuma en 1985. Escobar plantea que «por su originalidad y buen humor», el libro «corona la obra trascendente de Millas con una parodia que suavemente lo desliga de la tradición europea y lo coloca como filósofo chileno». Asimismo, especula que en las épocas en que no se sabía qué estaba cocinando Millas, este «estudiaba a Lewis Carroll… ¡En eso estaba Millas mientras llovía en Valdivia!».

Millas atribuye jocosamente Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas a trozos desechados por Lewis Carroll de su obra original, Alicia en el País de las Maravillas. De forma irónica y autodeprecatoria (que se parece bastante a ponerse el parche antes de la herida), Millas agrega que Carroll tuvo razón en no incluir estos trozos, ya que «carecen de gracia, de la poesía, de la consoladora intrascendencia... les falta su infantil bobería. Son más pretenciosos, por lo reflexivo y mal intencionados; y tanto, que tienen algo de filósofo».

Según Escobar, las escenas de Alicia forjadas por Millas están dentro de una tradición anglosajona: «entre ingleses —y Millas lo era de temperamento— ha sido habitual que cuando un escritor crea un personaje de gran realismo, posteriormente otros escritores se encargan de aumentar ese espejismo de la realidad con nuevas aventuras apócrifas». Este divertimento millano refleja las maneras como el joven poeta y el filósofo se relacionan con el mundo, dice su amigo Frederic Smith. Eso explicaría, según él, porqué se entregó «con tal deleite a la composición de esas escenas, preocupándose tanto de cuidar su publicación. Era muy importante para él que pudiéramos leerlas con la misma disposición risueña que tenía para conversar sobre las cosas más profundas o terribles».[35]

Tanto Millas como Carroll (Charles Lutwidge Dogson era su verdadero nombre) tenían en común como rasgos de personalidad una entrega apasionada a compartir con los niños. Mientras al filósofo le encantaba contarle cuentos a sus nietos los fines de semana, el autor inglés compartía largas horas con tres niñitas

con que entabló amistad; se dice que de un paseo en bote surgió de ellas la propuesta de escribir este entretenido relato, desafío que el profesor de Matemáticas materializó en 1865 con la publicación de Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas, que después se conocieron en forma abreviada como Alicia en el País de las Maravillas.

E

Escenas Inéditas en el País de las Maravillas, de Jorge Millas (1985), tiene diez escenas. En estas, «su» Alicia se relaciona con animales que piensan y razonan como si fueran seres humanos. Los animales —que son más filósofos que hombres corrientes— usan la lógica y hablan discursivamente sobre la interpretación de los conceptos y sobre lo que es la verdad. Una especie de los animales de Millas son los académicos; otra son los lingüistas.

Suponemos que Millas usa el libro para ventilar sus visiones personales. Así, por ejemplo, se burla de los matemáticos y de las reuniones académicas. En este último caso, Alicia ayuda a un grupo de académicos, que llama irónicamente «gansos», a encontrar una palabra que se les había perdido. Inadvertidamente, Alicia menciona la palabra «mariposa», causando júbilo entre los gansos que por fin han hallado la palabra perdida. La crítica implícita de Millas a los académicos es que tenían la definición de lo que buscaban —«un insecto lepidóptero con cuatro alas de escamitas imbricadas»— pero la definición no la relacionaban con la palabra mariposa.

En otra escena («Animal de Precisión»), los animales hablan con Alicia de la lógica. El gato comenta cómo la precisión (o sea, la lógica) les permite alcanzar resultados imponentes. «¿No sienten irrumpir en ustedes la alegría de los grandes descubrimientos?», exclama. Millas decía que sentía gran alegría cuando resolvía un dilema filosófico.

El escritor Carlos Cerda, prologador de esta obra de Millas, comenta en su prefacio que el libro —pese a resultarle admirable— no le sorprende, ya que después de todo, Millas había incursionado tempranamente en la poesía y sus ensayos evidencian su riguroso trabajo de escritura: «podría decirse, con radical propiedad, que Jorge Millas no dejó nunca de ser escritor cuando pensaba y, viceversa, que jamás dejó de pensar cuando escribía. Por eso pudo, justamente, hablar indistintamente como escritor y pensador».

Escobar opina que, además de su valor literario, el libro tiene alcances filosóficos vigentes y que, al ironizar el tono didáctico de los animales, Millas quiere llamar la atención «a tanto profesor que no es capaz de reírse un poco de sí mismo…». Añade que «por la elegancia y el humor con que están escritas merecen ser leídas en el original…».

Es tan placentero e inteligente este libro de Millas, está escrito con tanta sabiduría e ingenio, que concuerdo con Figueroa (2011 c) cuando calificó Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas como «una fiesta de ingenio, un divertimento con las paradojas del lenguaje y los límites de la lógica. Un libro del Millas lúdico que se debiera reeditar». Reflexiona también Smith en su columna del Diario Austral antes citada:

Acaso con estos divertimentos, el filósofo haya estado cerrando su obra de la misma forma que la abrió: como poeta. Si así fuera, y para decirlo en sus propios términos, ya no intentaba dar explicaciones de las cosas ni de la deplorable condición humana cuyo aspecto cansado conocía bien. Exigía belleza e imaginación, ni más ni menos que para rehacerlo todo.

Una muerte prematura

¿F ue el «exilio interior» o del alma, como se afirmó, la causa de la muerte de Jorge Millas a los 63 años? El filósofo falleció el 8 de noviembre de 1982 tras quince días de agonía y después de -——_haber estado todo un mes internado en el Instituto de Neurocirugía de Santiago. Hacía apenas un año y medio desde que había sido despedido de la UACh. Según José Miguel Vera, todas las vicisitudes profesionales y académicas que siguieron a este terremoto en la vida del filósofo fueron minando severamente su salud:

Aproximadamente un año antes de su muerte, tuve la ocasión de almorzar con don Jorge en su casa de Monseñor Edwards. Su estado físico era deplorable, tenía una suerte de parálisis que le afectaba todo el costado derecho del cuerpo, se desplazaba con gran dificultad y le costaba mucho comer porque su mano derecha casi no respondía… A pesar de todo, su disposición era de seguir adelante con los mismos bríos de siempre.

Más tarde, Millas empezó a tener convulsiones en el lado izquierdo del cuerpo. Algunos médicos creyeron que eran de origen psicológico, dada la depresión que lo aquejaba. Pero cuando lo llevaron al despacho del doctor Jaime Lavados, en el Instituto de Neurocirugía de la Universidad de Chile, un examen radiológico mostró que tenía un tumor cerebral. Este tipo de tumor no tiene tratamiento; solo se pueden practicar medidas paliativas, y en ocasiones neurocirugía para disminuir la alta presión intracraneal.

En las semanas siguientes se le practicó una cirugía a raíz de una serie de complicaciones inducidas por el tumor, el que terminó finalmente con su vida. Tenía algunos momentos de lucidez y entonces afloraba la filosofía; en sus últimos días conversó con el doctor Lavados nada menos que sobre los juicios sintéticos a priori de Kant, lo que le hizo comentar a Squella que «Millas murió filosofando, fiel a su reiterada declaración: 'irremediablemente filósofo'».

Con la premonición de que le quedaba poco tiempo en este mundo, el 22 de septiembre de 1982, Millas redactó a mano un testamento de seis páginas. Frederic Smith fue nombrado por Millas albacea de su sucesión, pero el testamento no se hizo efectivo porque los sucesores (sus hijos adoptivos) se pusieron de acuerdo sobre cómo repartirse lo poco que había dejado su padre filósofo. «Su hijo adoptivo se quedó con todo el material que no alcanzó a

terminar o nunca publicó», afirma Smith.

E

Monseñor Jorge Hourton, obispo auxiliar de Santiago, ofició la misa fúnebre en la Iglesia de la Asunción, ubicada en avenida Mackenna esquina de Marcoleta, a escasas dos cuadras de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, donde Millas enseñó por tantos años y desarrolló sus ideas sobre Filosofía del Derecho. El templo estaba tan abarrotado de gente que muchas personas, tales como Squella y otros profesores de Valparaíso, se quedaron afuera.

Desde ahí, más de cien personas partieron al entierro en el Cementerio Católico, entre ellas varias conocidas, tales como Edgardo Boeninger, último rector de la U. de Chile antes de la dictadura; Raúl Rettig, quien fuera profesor de la Escuela de Derecho y senador; Gabriel Valdés, senador y canciller en el gobierno de Eduardo Frei Montalva; y sus amigos de juventud, el poeta Nicanor Parra y el científico Herman Niemeyer, quien dio un discurso muy emotivo. Junto con Niemeyer, al menos otras veinte personas hablaron ese día en el cementerio, entre ellas, Giannini, quien se refirió a «la estatura humana de este hombre extraordinario, diáfano, brillante. Una de esas personas que seguirá multiplicando su vida en nosotros».

E

Los artículos de prensa recordando a Millas llovieron en los días y tiempo siguiente.

Humberto Giannini (1982):

Quien puso un poco de atención en esa misteriosa y atrayente humanidad, clara y enigmática, distraída y atenta a la vez…; quien siguió de cerca y con afecto la vida del filósofo, acaso haya percibido algo de lo que ocurre verdaderamente en el alma adentro de ese saber desgarrado que es el ejercicio de la filosofía, socráticamente vivida como actividad cotidiana... Oculto o sublimado, el desgarro marcaba todos los movimientos de Jorge Millas.

El periodista Luis Sánchez Latorre, alias «Filebo» (1982):

Escritor-pensador, pensador-escritor, se distingue por la luminosa consistencia

de sus ideas. Por el aire limpio, transparente, que envuelve cada uno de sus conceptos.

Muerto en mitad, quizá, de la batalla [por la restauración del Estado de derecho], asignémosle como honor póstumo el título de haber sido el más brillante y valeroso de los maestros que han visto reflejarse en la independencia académica la plena autoridad del derecho.

La muerte de Millas traza una parábola histórica. Un adalid que cae. Un campeador que rompe todas sus lanzas y destroza el corazón en la batalla.

El poeta Nicanor Parra (2005):

El filósofo Jorge Millas Jiménez

conceptuado por moros y cristianos

como el hombre más lúcido de Chile

el más humilde

el más desinteresado

como también más insobornable

motivo por el cual

la dictadura lo privó de su cátedra

condenándolo a una muerte prematura

por asfixia

por hambre

por insomnio

la dignidad en Chile es un delito.

Jorge era un búho que no podía vivir

sino en la caverna de las ideas platónicas.

No podemos expresar en palabras

el dolor que nos causa su vía crucis.

¡Hasta cuándo Sras. y Sres.!

Su también amigo, el poeta Gonzalo Rojas, compuso asimismo una poesía con motivo de su muerte. Aquí algunas estrofas:

Seguramente el cerebro vio mesmo lo

que vio el antiguo y fue acabándose

entrado que hubo al quirófano La Fiura, unos helechos

Liliáceos a poco que empezamos a aparecer

Nubes de caballos por todas partes de las cortinas

a las lámparas parapléjicas, ¡y eras tú

Jorge y tu pensamiento el

trepanado

que se nos moría por la cumbre!

[…]

Pensar que estuviste aquí a mi mesa tan gozoso

comiendo, tomando como un rey

en el viejo oleaje de los adivinos sin

pompa, tan lejos

de los humildes muelles sucios de Santiago

Discursos, maleza

en el Católico. Fuera de esto

¿cómo estás?

El escritor Carlos Cerda reflejó el pensamiento de muchos cuando estampó en el prólogo del libro póstumo de Millas, Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas:

Cuando se escriba… la verdadera historia de la sociedad chilena del siglo

XX

, la figura ascética, mesurada e irónica de Jorge Millas cobrará, sin duda, un sentido radical. Este discípulo de Ortega, Husserl y Bergson; este hombre que hizo de su vida un perpetuo ensayo de esclarecimiento, siempre trabajó, pensó y escribió para el futuro. No podía ser de otro modo. El futuro es, en verdad, el horizonte por excelencia de la libertad humana…

Su temprana partida dejó trunca la obra de Jorge Millas. «¿Qué es lo que Jorge Millas habría podido aportar si su heredero entregara los escritos, que me consta, dejó inconclusos?», insiste Smith.

Esta importante pregunta todavía no tiene respuesta.

Anexos

Frases memorables

«L a vida me ha llevado a la conclusión de que el bien más preciado que podemos perseguir es la bondad, más que el deber» . [36]

«La política es una empresa intelectual y moral, pues se trata nada menos que de organizar la sociedad, medio en donde, por ser social el hombre, tienen que cumplirse todos sus afanes, desde el pan cotidiano hasta el apetito de Dios».[37]

«La sinceridad es 'un verdadero lujo ético del alma…'».[38]

«La experiencia y la imaginación humanas, probadas a través de la historia, no han podido inventar una cosa mejor que la democracia para conseguir aquel orden auténtico y esa autoridad que lo hace posible… La democracia puede mejorar siempre, porque se identifica […] con el libre examen y la búsqueda de lo razonable».[39]

«La democracia es el sistema que se acomoda mejor que ningún otro régimen político a la condición humana, justo porque su esencia es el riesgo, y el riesgo va siempre implicado por la historicidad y la libertad del hombre».[40]

«El orden democrático es un ideal sencillo y permanente: es la comunidad de hombres que, desiguales como personas, convierten sus desigualdades naturales en fuentes de dinamismo y, corrigiendo las desigualdades antinaturales, buscan un mínimo de concordia para vivir en común». [41]

(Durante la dictadura militar). «Yo sigo hablando de estas cosas en la esperanza de que, antes que el daño sea mayor, las autoridades escuchen y recapaciten. Lo peor que puede ocurrirle a este país, en horas tan aciagas, es que perdamos toda esperanza en el poder redentor del pensamiento».[42]

«La educación es, en efecto, el proceso autorregenerativo de la sociedad, a través de la formación espiritual del individuo. Educa a sus miembros en cuanto educa a los individuos para hacerse a sí mismos. Los educa como personas, en verdad, según una aspiración que en la sociedad democrática alcanza su apogeo…».[43]

«Ahora, como pocas veces en la historia, es una necesidad fundamental lo que, en mi concepto, es el principio eterno de la educación: 'humanizar'. Todo debe

concurrir a organizar una personalidad integralmente humanizada, esto es, apta para vivir como hombres entre los hombres. Debemos, por eso, abominar del ciego practicismo que pretende hacer de la educación un proceso de habilitación profesional. El hombre no ha venido a este mundo a ser médico, ni mecánico, ni marino, ni esto ni lo otro, sino a vivir, y vivir es hacer, además, multitud de cosas que no son prácticas profesionales».[44]

«El artista y el pensador están llamados a la guarda del espíritu, siempre expuesto a los peligros de su embotamiento en la costumbre y de su secuestro por el poder social organizado […]. Si en las nuevas sociedades los intelectuales se han convertido en complacientes panegiristas del statu quo y en siervos del poder político, han abandonado esa guarda y traicionan sumisión…».[45]

«La gente pide mucho más al filósofo de lo que el filósofo puede darles […]. El filósofo —con las luces de la inteligencia— solo puede ayudar a clarificar los problemas vividos. Plantea mejor los problemas que la gente vive, pero no los resuelve».[46]

«La mayoría de la gente no quiere nada con el intelectual y la inteligencia. Tomarlo en serio significa amagar la tranquilidad de la rutina, desprenderse de cómodos prejuicios, abandonar el seguro refugio de las actitudes aprendidas por imitación y temor…».[47]

«Una nación que carezca de libertad intelectual tiene el triste destino de anquilosarse en el pasado, y vivir anacrónicamente a partir de viejas ideas que ya no funcionan o de nuevas ideas que de nada sirven si no pueden ser pensadas de verdad, es decir, libremente debatidas… Eso es todo lo contrario del desarrollo».[48]

(Sobre si un intelectual como él, que denuncia y polemiza, podría ser visto como un peligro por la dictadura). «Yo soy una persona que no ofrece otro peligro que el de la palabra, ni tiene ningún poder tras de sí, que no sea el de la fuerza de sus convicciones».[49]

«Lo peor que puede ocurrir a una sociedad es que en medio de sus males el escritor sea el primer anestesiado y que no quede nadie en ella capaz de cumplir el papel del tábano socrático y de afrontar la cicuta».[50]

«Filosofía es la experiencia de pensar no 'en' el límite, sino 'hacia' el límite».[51]

«La filosofía me ha enseñado a ser tolerante y a rechazar todo dogmatismo. También me ha llevado a ejercer un control medianamente racional sobre mis instintos y mis frustraciones».[52]

«Tengo sobradas razones para estimar como insólita la vocación auténtica para el filosofar… Semejante vocación requiere, entre otras cosas, la virtud de una introversión profunda que la gente desdeña por mal conocimiento de su verdadera esencia. En efecto, el introvertido no es quien vive en el ensueño… ni tampoco el que carece de interés y de cuidad para la percepción del mundo… Al introvertirse, el hombre descubre, si no lo que es, al menos cómo es eso que él tiene por realidad suya, y este conocimiento de su manera de ser lo coloca en la realidad integral, por lo tanto, en un estado de máxima vigilia. Por otra parte, la posesión más plena de su ser le permite percibir más claramente el mundo, al separarlo de su intimidad».[53]

(Sobre el razonamiento). «Nuestro ser opera como un autómata que alguna desconocida potencia manejara con ignorados fines. Pero hay ocasiones en que el ser adquiere una súbita plenitud: es el instante en que no solo vive, sino que se ve vivir, en que no solo está en el mundo, sino ante el mundo. Su vida se haya entonces proliferada: es, a la par que vida, conciencia de la vida. Esta es la única circunstancia en que el alma del hombre logra el cumplimiento acabado de su destino…».[54]

«La acción desatada irresponsablemente, sin la dirección de una conciencia madura, es o bestial o caótica y, en todo caso, envilece la vida…».[55]

«A fuerza de decirnos los unos a los otros que somos desdichados, nos hemos venido convenciendo de ello… transmitiéndonos un patético mensaje de melancolía y desesperación. Pero son lágrimas innecesarias, lágrimas que empañan la visión histórica; cesa el llanto y al momento surgirá más diáfana la remota figura del porvenir. En efecto creo que nunca como ahora ha vivido el hombre mejor…».[56]

«La responsabilidad es ese deber que nos hace solidarios del dolor compartido por los miembros de una comunidad… ¿Con qué conciencia estudian los jóvenes realmente? ¿Con verdadera conciencia moral, puestos los ojos en algo más que en la futura seguridad personal de sus vidas, puestos los ojos por ejemplo, en su pueblo?».[57]

«El rol del estudiante universitario es no dejarse embaucar... Es, en realidad, el deber de mantenerse libres allí en donde se halla la más segura fortaleza de la libertad: la mente que duda e inquiere, reclamando hechos, razones y valores».[58]

«Ojalá los jóvenes universitarios pudieran aprender el arte difícil de comprender primero y exaltarse después».[59]

(Sobre la dictadura). «Se llegó a la ruptura… lo que constituye un desafío para todos los chilenos… Un desafío que necesita mucha reflexión, mucha sabiduría, mucha generosidad para no identificar el problema del país con el problema propio. Con los intereses que uno tiene —por muy justificados que sean— con la perspectiva estrecha de la clase social a que se pertenece, de la profesión que se ejerce, de los bienes que se procura defender. El desafío está en poder superar esta ruptura y volverle a franquear al país una continuidad».[60]

«Entre Dios y yo no ocurre nada. Si me ha creado, no lo sé; si su Providencia me conserva, no lo noto. No conozco ni el terror de su justicia, ni la confianza en su amor, ni la bendición de su misericordia. Digo 'Dios' y me envuelven la tinieblas; pierdo al instante lo único que me salva del aturdimiento frente al misterio de la rutina del universo que es mi pequeña capacidad de pensar […]. Yo soy demasiado concreto y finito, demasiado personal y próximo a mí mismo, como para sentirme en relación, sobre todo de amor, con algo tan lejano e inconmensurable, tan dentro de sí, como es Dios. Sin embargo, a pesar de todo, contradictoria y absurda como es su idea, admito que Dios podría existir, y que tras el sentido que nuestra inteligencia acierta a descubrir en algunas cosas del mundo, podría imperar el total sin sentido de un Dios personal».[61]

«La tendencia de ciertos espiritualismos a desentenderse de la vida del hombre, comienza ya en la vaguedad con que se usa el concepto mismo de lo espiritual. El término evoca más asociaciones adjetivas que sustantivas: es lo noble, lo inspirador, lo trascendente, lo creador, lo superior, lo eterno y […] lo vago por excelencia».[62]

«De una manera u otra […] el hombre se ha hallado siempre expuesto a ser rebajado por el hombre a la condición de cosa. Los ejemplos del esclavo y del siervo, por lo obvios, son los menos interesantes de señalar. Los modos más sutiles como la sociedad capitalista y mercantil ha hecho también del hombre una cosa, al tratar el trabajo humano como mercancía o al obrero como una pura fuerza de producción, son un ejemplo quizás más elocuente».[63]

Lo que dicen de él

Carla Cordua:

«Jorge Millas se me presenta primero por la vertiente de su inconfundible originalidad personal: no se asemejaba a nadie, no tenía dobles, ni tampoco por ahí hay gentes de su tipo».[64]

Nicanor Parra:

«Ha dejado de existir en este país / el profesor Jorge Millas / el orador / el poeta / el filósofo Jorge Millas Jiménez / conceptuado x moros & cristianos / como el hombre + lúcido de Chile / el + humilde / el + desinteresado». [65]

Humberto Giannini:

(en el funeral de Millas). «Jorge Millas ha sido de esas personas que siguen multiplicando su vida en nosotros».

Hernán Díaz Arrieta, Alone:

«He aquí un escritor chileno que habita la región de las ideas como su atmósfera natural, que ve el mundo en función filosófica, que se pasea sin esfuerzo por las grandes corrientes superiores. Grande alivio en tiempo de pequeñas pasiones, pequeños intereses, pequeños pensamientos».[66]

Juan Enrique Serra:

«La presencia del profesor Millas contribuyó a elevar el nivel de nuestras preocupaciones e inquietudes habituales. Fue una permanente y alerta conciencia crítica y ética de su época, reforzó y clarificó las condiciones morales del diálogo intelectual, puso a nuestra disposición un instrumental conceptual que favoreciera una más certera visión del mundo y del curso de la vida humana».[67]

Maximiliano Figueroa:

«Jorge Millas pensó y ejerció como pocos entre nosotros la tarea pública que se espera del intelectual».[68]

Jorge Edwards:

«Todo en él era orden, rigor, lógica, y en un estilo que jamás cayó en la tentación del hermetismo […] sembró los dones de su intelecto con la generosidad natural con que un manantial derrama sus aguas; un pensador que infundía respeto, y que era autoridad, en el sentido esencial de esta palabra, un símbolo de honestidad, de libertad, de conciencia política a toda prueba».[69]

Carlos Peña:

«Millas sorprende por su talento, su brillo y, sobre todo, por su rara capacidad de pensar al revés de la mayoría y diagnosticar procesos culturales que recién hoy día vivimos plenamente».[70]

Jorge Edwards:

«Jorge Millas, desde su artículo de 1975 sobre la universidad vigilada, encarnaba en sí mismo un despertar de las nociones de libertad: libertad de cátedra, libertad de expresión, libertades públicas. Nos señalaba un camino lento, ajeno a toda violencia y toda demagogia, perfectamente seguro».[71]

Carlos Peña:

«Su prosa era la de un virtuoso, llena de sonoridad y de ritmo, como si todo lo que escribiera —epistemología, análisis cultural, escritos polémicos, teoría del derecho y filosofía rigurosamente técnica— estuviera preparado para ser leído en público, para hipnotizar a un auditorio. Y esto era lo que, cada vez que hablaba, ocurría…».[72]

Agustín Squella:

«Jorge Millas es el paradigma del universitario al que se debe imitar… es el ejemplo del intelectual insobornable… que cree que lo más importante en esta vida es ser fiel a lo que uno cree y piensa y nada más».[73]

Humberto Giannini:

«Arrastrando con dignidad el 'exilio interno', tan duro como el otro, 'con reflexión y sin ira' siguió llevando a todas partes su pensamiento vigilante, insobornablemente reflexivo y ético por el que se caracterizó su vida».[74]

Luis Sánchez Latorre:

«Fue un campeador que rompe todas sus lanzas y destroza el corazón en la batalla».[75]

Roberta Basic:

(sobre Millas, profesor). «Lo primero que me llamó la atención fue su prudencia, su modestia y su distante materialidad… y desarrollaba su clase con una erudición que me aturdía. La lógica en el desarrollo del concepto o idea era nítida, parecía obvia y emanaba como consecuencia natural del orden en que don Jorge compartía con los alumnos su sabiduría. Uno se sentía transportado por ese carril y la propiedad del conocimiento en sí».[76]

Humberto Giannini:

«Era diáfana su palabra; abierto y afable su trato; todo esto lo más remoto del estilo oracular de Heráclito. Modesto por naturaleza, objetivo por vocación y disciplina, Jorge Millas era, no obstante, un ser a tal punto reservado que casi tocaba el misterio. En su rica y dilatada actividad intelectual, jamás daba un flanco personal ni osaba tocar el de otro».[77]

Iván Jaksic:

«Jorge Millas debe ser considerado como uno de los fundadores del profesionalismo filosófico en Chile, no solo por su versatilidad filosófica, sino por el esfuerzo por institucionalizar la disciplina en el ámbito de la educación superior».[78]

Agustín Squella:

«Jorge Millas fue también un pedagogo, en el sentido más encomiable y estricto de esta maltratada ocupación, un inconfundible hombre de sala de clases, de mesa de seminario, de lugares de coloquios, congresos y jornadas; un hombre, en fin, de esos que dejan pasar su vida y su palabra en los rincones silenciosos y apartados, a veces oscuros y algo melancólicos, pero dotados también de una inestimable tibieza humana, en los que suele tener lugar la tarea siempre incierta de enseñar y debatir en torno al conocimiento humano, la figura de Jorge Millas se avenía con estos lugares que acabamos de describir, alcanzando esa misteriosa y palpable analogía que algunos hombres consiguen con el medio en que se

desenvuelven, y que solo es posible cuando estos aman verdaderamente lo que hacen y dónde lo hacen».[79]

Maximiliano Figueroa:

«En las condiciones entonces existentes [la dictadura militar], solo el coraje y una capacidad de indignación moral insobornable, junto a un profundo amor a la claridad que aporta la reflexión, pueden explicar que un intelectual como él, dedicado principalmente a la academia, se animara a la defensa pública de los derechos del pensamiento, la libertad y dignidad humanas, en momentos en que el imperio de la fuerza no le reconocía ningún valor efectivo ni mucho menos incondicional».[80]

Humberto Giannini:

«Varón retraído, inexperto por propia confesión, para la vida pública, fue empujado por los hechos a los primeros planos de la vida nacional y en un momento tuvo que levantar la voz a nombre de los miles de seres silenciosos que no nos atrevíamos a hablar. Y el ejercicio honesto y mesurado de este derecho le valió, no ya la desconfianza, sino una guerra sistemática y demoledora… Ganó una batalla importante contra la prepotencia del poder. Pero en el fondo de su alma, Jorge Millas había perdido la guerra».[81]

Agradecimientos

Para este libro conté con la valiosísima ayuda de varias personas. Agradezco en primer lugar al abogado y académico Frederic Smith, quien trabajó por años en la UACh con Jorge Millas y me entregó todo lo que sabía y pensaba sobre él. Me prestó generosamente todos los libros del autor que disponía y me indicó a las personas con las que sería imprescindible conversar para escribir una biografía sobre el filósofo. Tengo también una gran deuda con Maximiliano Figueroa, doctor en Filosofía Moral y Política y destacado académico universitario. Su excelente libro Jorge Millas. El valor de pensar, fue un texto fundamental en la escritura de este libro. El Prof. Figueroa también compartió generosamente conmigo sus apreciaciones sobre Millas y su obra, y diversas fuentes documentales. Agradezco asimismo al Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, Agustín Squella. Disfruté y aproveché su ensayo «Jorge Millas, Irremediablemente Filósofo», contenido en su libro Deudas Intelectuales, así como la conversación que sostuvimos en una de sus venidas desde Viña del Mar a Santiago. Finalmente agradezco al Prof. de Filosofía José Miguel Vera, quien compartió casi tres décadas con el filósofo en la U. de Chile y posteriormente en la UACh. Él me dio copia de su inédita biografía novelada de Jorge Millas, texto que me entregó pistas sobre el Millas abuelo, en su parcela de Nos cerca de Santiago, y sobre sus difíciles últimos años en la vida universitaria.

Bibliografía

Barchino, Matías y Jesús Cano Reyes, eds. 2013. Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales. Madrid, España: Calambur.

Barchino, Matías y Niall Binns. 2011. Una plaga de romances: el impacto de la muerte de García Lorca en la poesía chilena. América sin nombre, nro. 16 (diciembre). Universidad de Alicante, España.

Basic, Roberta. 2005. Jorge Millas en los territorios de la memoria (en En Recuerdo de Jorge Millas). Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 45-51. Universidad de Valparaíso, Chile.

Calderón, Alfonso. 1970. Simplificar lo insimplificable. Revista Ercilla, nro. 1841.

Castro, Víctor, comp. 1953. Poesía nueva de Chile. Santiago, Chile: Zig-Zag.

Cordua, Carla. 2005. Idea de la individualidad, recordando al profesor Millas (en En Recuerdo de Jorge Millas). Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 187-97. Universidad de Valparaíso, Chile.

Cristi, Renato. 2006. La república en Chile: teoría y práctica del constitucionalismo republicano. Santiago, Chile: LOM.

De Rokha, Pablo. 1943. Cuarenta y un poetas jóvenes de Chile. Santiago, Chile: Multitud.

Díaz Arrieta, Hernán. 1943. El escepticismo, padre de la ciencia y de la libertad (en torno de la 'Idea de la Individualidad' de Jorge Millas). Revista Atenea, nro. 216. Concepción, Chile.

Edwards, Jorge. 2005. El improvisador discordante (en En Recuerdo de Jorge Millas). Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 53-62. Universidad de Valparaíso, Chile.

Ehrmann, Hans. 1975. Jorge Millas. Presencia de un hombre tímido. Revista Ercilla, (septiembre). Santiago, Chile.

Escobar, Roberto. 2005. Mensaje póstumo de Jorge Millas (en En Recuerdo de Jorge Millas). Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 37-43. Universidad de Valparaíso, Chile.

Figueroa, Maximiliano. 2010. Jorge Millas. Filosofía chilena en tiempos de oscuridad. Revista La Cañada, nro. 1: 70-99. Santiago, Chile.

. 2011 a. Jorge Millas. El valor de pensar. Santiago, Chile: Ediciones UDP.

. 2011 b. Filosofía y violencia en Jorge Millas. Revista de Filosofía, vol. 67: 145-165. Universidad de Chile.

. 2011 c. A propósito de Millas. Revista Paula, (noviembre). Santiago, Chile.

Giannini, Humberto. 1982. Jorge Millas, o el difícil ejercicio de pensar. Revista Hoy, nro. 287 (noviembre). Santiago, Chile.

. 1992. Acerca de la dignidad humana en la experiencia moral. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

. 1999. Los peligros de la distracción (a propósito de Jorge Millas a diez años de su muerte). Revista Hoy, nro. 796: 50-2 (octubre). Santiago, Chile. (Consultada en USACh).

. 2011. Prólogo. En Jorge Millas. El valor de pensar, 17-27. Santiago, Chile: Ediciones UDP.

González, Ignacio.1982. El filósofo de la libertad. Revista Hoy, (noviembre). Santiago, Chile.

Hayek, Friedrich. 1975. Fundamentos de la libertad. 9.a ed. 2014. Madrid, España: Unión Editorial.

Jaksic, Iván. 1985. Jorge Millas: Filósofo entre la política y el espíritu. Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50. Universidad de Valparaíso, Chile.

Lago, Tomás. 1939. Ocho nuevos poetas chilenos. Santiago, Chile: Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile.

Magnet, Odette. 1981. Quién es y cómo es Jorge Millas, los pasos del lobo estepario. Revista Hoy, (septiembre-octubre). Santiago, Chile.

Millas, Jorge. 1935. Soledad humana y expresión estética. Revista Nueva, nro. 1: 5-11. Santiago, Chile.

. 1936. La individualidad y el sentimiento de la vida. Revista Nueva, nro. 2. Santiago, Chile.

. 1937. Homenaje Poético al Pueblo Español. Santiago, Chile: Ediciones Revista Nueva. Talleres de Editorial Nascimento.

. 1937. Carta a Ortega y Gasset. Revista Atenea, nro. 147: 561-73. Concepción, Chile.

. 1939 a. Teoría del Pacifismo. Revista Universitaria de la Federación de Estudiantes de Chile, nro. 1: 17-33; y nro. 2: 147-158.

. 1939 b. Los Trabajos y los Días. Santiago, Chile: Ediciones Revista Nueva.

. 1943. Idea de la Individualidad. 2.a ed. 2009, UDP. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

. 1949. Goethe y el espíritu de Fausto. Puerto Rico: Editorial Universitaria de la Universidad de Puerto Rico.

. 1956. Ortega y la responsabilidad de la inteligencia. Anales de la Universidad de Chile, nro. 114: 29-38. Santiago, Chile.

. 1960. Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

. 1961. Discurso a los graduados de inglés. Boletín nro. 27 de la Universidad de Chile.

. 1962. El desafío espiritual de la sociedad de masas. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

. 1969. Universidad y Sociedad. Revista de Educación, (mayo). Santiago, Chile.

. 1970. Idea de la Filosofía: el conocimiento. Vol. 1. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

. 1972. Democracia y Educación. Boletín de Educación, nro. 11. Universidad Austral de Chile.

. 1974. De la tarea del intelectual. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

. 1975. Las máscaras filosóficas de la violencia. Revista Dilemas, nro. 2 (diciembre). Universidad de Chile.

. 1977. La ciencia en una cultura del hastío. Estudios Sociales, nro. 13: 9-18.

y Edison Otero. 1978. La violencia filosófica y sus máscaras. Santiago, Chile: Editorial Aconcagua.

. 1981. Idea y defensa de la universidad. Santiago, Chile: Editorial del Pacífico.

. 1982 a. Fundamentos de los derechos humanos. Revista Análisis, (noviembre). Santiago, Chile.

. 1982 b. Naturaleza y deterioro del amor. En La Eficacia del Amor, X Semana Social, Conferencia Episcopal de Chile. Instituto de Estudios Humanísticos. Santiago, Chile.

. 1985. Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas. (Divertimentos lógico-lingüísticos). Santiago, Chile: Editorial Pehuén.

. 1996 a. La concepción de libertad-poder de Friedrich von Hayek. Anuario de

Filosofía Jurídica. Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social: 449-67. Valparaíso, Chile.

. 1996 b. Frei entra en la historia. En Lecciones para el futuro. Análisis del gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970). Santiago, Chile: Editorial Atenea.

. 2017. Irremediablemente filósofo. Entrevistas y discursos. Selección y prefacio de Maximiliano Figueroa. Valdivia, Chile: Ediciones UACh.

Morales, Leonidas. 1972. La Poesía de Nicanor Parra. Santiago, Chile: Anejos de Estudios Filológicos, nro. 4. UACh y Editorial Andrés Bello.

. 1991. Conversaciones con Nicanor Parra. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

Moreno Laval, Jaime. 1980. La lucha por la libertad. Revista Hoy, (abril). Santiago, Chile.

Neruda, Pablo. 1937. España en el Corazón. Santiago, Chile: Editorial Ercilla.

Oyarzún, Luis. 1958. Crónicas de una generación. Revista Atenea (abril-septiembre).

. 1967. Temas de la Cultura Chilena. 2.a ed. 2016, Ediciones UACh. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

. 1995. Diario íntimo. 2.a ed. 2017 Ediciones U.V. Santiago, Chile: Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.

Parra, Nicanor. 1937. Cancionero sin nombre. Santiago, Chile: Editorial Nascimento.

. 2005. Cuando murió Jorge Millas (en En Recuerdo de Jorge Millas). Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 555. Universidad de Valparaíso, Chile.

Peña, Carlos 2015. Ideas de Perfil. Santiago, Chile: Ediciones UDP.

Quezada, Jaime. 2004-5. Jorge Millas en/y la poesía chilena. Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 541-50. Universidad de Valparaíso, Chile.

Riveros, Luis. 2005. Jorge Millas y su defensa de la universidad (en En Recuerdo de Jorge Millas). Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 63-79. Universidad de Valparaíso, Chile.

Sánchez, Cecilia. 1997. Filosofía universitaria y política. Chile en el período 1950-1973. Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, año XII. Universidad de Talca, Chile.

Sánchez Latorre, Luis. 1982. Jorge Millas: una clase magistral. Revista Hoy, nro. 279: 14 (noviembre). Santiago, Chile.

Serra Heise, Juan. 2005. Recordando al Profesor Millas (en En Recuerdo de Jorge Millas). Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50: 15-36. Universidad de Valparaíso, Chile.

Sierra, Malú. 1977. Jorge Millas, Chileno, filósofo, agnóstico y demócrata. Revista Hoy, (junio). Santiago, Chile.

. 1980. Jorge Millas, filósofo y académico: «Soy una persona que no ofrece otro peligro que el de sus propias convicciones». Revista Cosas, nro. 100 (agosto). Santiago, Chile.

. 1982. La gota de agua sobre la piedra. Revista Hoy, (agosto). Santiago, Chile.

Smith, Frederic. 1995. Volver a Millas. Talón de Aquiles, año I, nro. 3.

Squella, Agustín. 2013. Deudas intelectuales. Santiago, Chile: Ediciones UDP.

Vélez de Valencia, Rosa. 1952. Nuevo «evangelio» de Fausto: la acción. Estudio preliminar al Fausto de Goethe. 5.a ed. (1975). Universidad de Puerto Rico.

Ediciones Universidad Austral de Chile

Director

Yanko González C.

Ana Traverso M. (s).

Representante Legal

Rector Óscar Galindo V.

Producción Editorial

César Altermatt V., Coordinador de Producción Editorial.

Silvia Valdés F., Diagramación y Diseño.

María Jesús Hernández G., Secretaria.

Leopoldo Ardiles A., Coordinador del Comité Ciencias de la Salud.

Jorge Arenas B., Coordinador del Comité Ciencias de la Ingeniería y Tecnologías.

Víctor Gerding S., Coordinador del Comité de Ciencias Silvoagropecuarias.

Pablo Szmulewicz E., Coordinador del Comité de Ciencias Sociales,

Artes y Humanidades. Con la asesoría de María Angélica Illanes O.

Carlos Oyarzún O., Coordinador del Comité de Ciencias Exactas y Naturales.

---

1 En entrevista personal con la autora, Santiago de Chile, 2016.

2 Cf. reseña «Desde la familia» en http://www.fundacionmillas.org/jorge-millas-2/resena-desde-la-familia (consultada el 28 de agosto de 2017).

3 En entrevista personal con la autora, Santiago de Chile, 2015.

4 Jorge Millas, filósofo y maestro. Biografía novelada, inédita.

5 En «Un académico a prueba del paso del tiempo», publicado en diario La Nación, 18 de diciembre de 2006..

6 En «Jorge Millas: poeta y filósofo», revista Huelén, nro. 11, 1983. Santiago.

7 Entrevistado por María Eugenia Oyarzún, «Las universidades son torres de marfil». Diario La Tercera, agosto de 1981.

8 En entrevista personal con la autora, Santiago de Chile, 2016.

9 Nro. 40. Madrid, mayo de 1938.

10 «El poeta irreductible», artículo inédito.

11 Entrevista realizada por estudiantes de Ingeniería Comercial de la Universidad Austral de Chile en 1977; posteriormente fue editada y publicada en 1997 en el primer nro. de la Revista Austral de Ciencias Sociales de la misma casa de estudios, pp. 42-52.

12 Agustín Squella, «Evocación de Jorge Millas», El Mercurio, 1983.

13 En «Nada entre Dios y yo», El Mercurio, 16 de octubre de 1977, sección Revista del Domingo.

14 En «Nada entre Dios y yo».

15 Véase la nota 5.

16 Véase la nota 13.

17 Véase la nota 11.

18 Discurso contenido en su libro posterior publicado en 1974, De la tarea del intelectual.

19 Conferencia de cierre del «

I

Congreso Iberoamericano y

XXVIII

Jornadas de Filosofía del Derecho y Filosofía Social». Asociación Argentina de Filosofía del Derecho, Ciudad de Buenos Aires, Argentina, 2014.

20 Raúl Rettig, «Jorge Millas», Las Últimas Noticias, Santiago, noviembre de 1982.

21 «Agonía y lucidez de Jorge Millas», artículo inédito.

22 Sostenido en un trabajo presentado al Seminario Regional sobre Finalidades y Teorías de la Educación, Santiago, Chile, noviembre de 1979.

23 José Miguel Ibañez, «Sobre la violencia», El Mercurio, Santiago, 27 de septiembre de 1976.

24 Entrevista de Meche Garrido a Jorge Millas, «Terrorismo. Para reprimirlo hay que remover los pretextos que lo ennoblecen», Las Últimas Noticias, 1 de marzo de 1981.

25 Fernando Muñoz León, «Jorge Millas y la universidad: Reflexiones críticas«, www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2014/03/25/jorge-millas-y-la-universidad-reflexiones-criticas (consultado el 25 de marzo de 2014).

26 Esta obra en particular la abordaremos en el capítulo subsiguiente «Disfrutando en el reino de los animales».

27 «Discrepancia con filósofo: Pensamiento sobre la universidad actual», El Mercurio, 21 de julio de 1980.

28 Jorge Millas, «Dolorosísima renuncia a la Universidad», El Correo de Valdivia, marzo de 1980.

29 «Reintegrado a la Universidad Austral el profesor Millas», El Correo de Valdivia, abril de 1980.

30 «La grave situación universitaria», texto completo de la carta renuncia de Jorge Millas a la Universidad Austral de Chile, diario El Sur, Concepción, junio de 1981.

31 «Reflexiones del profesor Jorge Millas ante su alejamiento», El Correo de Valdivia, agosto de 1981.

32 Corriente que refunda el liberalismo clásico de los siglos

XVIII

y

XIX

, seguida durante la década del cuarenta en Europa y otros países. En Chile, por los llamados «Chicago Boys» durante la dictadura militar.

33 Edición de la semana del 3 al 9 de septiembre de 1980.

34 Jorge Millas, «La falsa opción entre el orden y el caos», El Diario Austral de Temuco, 10 de septiembre de 1980.

35 Frederic Smith, «Cuidó su verbo», El Diario Austral de Valdivia, enero de

1978, columna semanal «A Nadie».

36 En M. E. Oyarzún, «Las universidades son torres de marfil», La Tercera.

37 En Millas, «Frei entra en la historia» (Lecciones para el futuro).

38 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales, nro. 49-50. U. de Valparaíso.

39 En Millas, Irremediablemente filósofo.

40 En Millas, De la tarea del intelectual.

41 En Millas, Irremediablemente filósofo.

42 En Magnet, «Quién es y cómo es Jorge Millas», Hoy.

43 En Millas, El desafío espiritual de la sociedad de masas.

44 En «Millas: poeta y filósofo», Huelén.

45 En «Millas: poeta y filósofo».

46 En Ehrmann, «Jorge Millas. Presencia de un hombre tímido», Ercilla.

47 En González, «El filósofo de la libertad», Hoy.

48 En Millas, «La concepción de libertad-poder», Anuario de Filosofía Jurídica y Social.

49 En Millas, «La concepción de libertad-poder».

50 En Millas, De la tarea del intelectual.

51 En «Millas: poeta y filósofo», Huelén.

52 En «Millas: poeta y filósofo».

53 En Millas, Idea de la individualidad.

54 En «Millas: poeta y filósofo», Huelén.

55 En «Millas: poeta y filósofo».

56 En «Millas: poeta y filósofo».

57 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales.

58 En Millas, Irremediablemente Filósofo.

59 En Millas, Irremediablemente Filósofo.

60 En Sierra, «Jorge Millas, filósofo y académico», Cosas.

61 En Millas, Irremediablemente filósofo.

62 En Millas, Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente.

63 En Millas, El desafío espiritual de la sociedad de masas.

64 En Squella, Deudas intelectuales.

65 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales.

66 En Díaz Arrieta, «El escepticismo, padre de la ciencia y de la libertad», Atenea.

67 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales.

68 En Figueroa, Jorge Millas. El valor de pensar.

69 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales.

70 En Peña, Ideas de Perfil.

71 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales.

72 En Peña, Ideas de Perfil.

73 En Squella, Deudas intelectuales.

74 En Figueroa, Jorge Millas. El valor de pensar.

75 En Sánchez Latorre, «Una clase magistral», Hoy.

76 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales.

77 En Giannini, «Jorge Millas, o el difícil ejercicio de pensar», Hoy.

78 En «En Recuerdo de Jorge Millas», Revista de Ciencias Sociales.

79 En Squella, «Evocación de Jorge Millas», El Mercurio.

80 En Figueroa, Jorge Millas. El valor de pensar.

81 En Giannini, «Jorge Millas, o el difícil ejercicio de pensar», Hoy.